

University of Nebraska - Lincoln

DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln

Theses, Dissertations, Student Research: Modern
Languages and Literatures

Modern Languages and Literatures, Department of

3-2017

LA VIOLENCIA: LOS SEMAS DE RASGOS DIEGÉTICOS Y MIMÉTICOS DE LA LITERATURA COLOMBIANA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX.

Omar Fernando Sánchez Forero

University of Nebraska, omforer@gmail.com

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.unl.edu/modlangdiss>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#), and the [Latin American Literature Commons](#)

Sánchez Forero, Omar Fernando, "LA VIOLENCIA: LOS SEMAS DE RASGOS DIEGÉTICOS Y MIMÉTICOS DE LA LITERATURA COLOMBIANA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX." (2017). *Theses, Dissertations, Student Research: Modern Languages and Literatures*. 38.

<http://digitalcommons.unl.edu/modlangdiss/38>

This Article is brought to you for free and open access by the Modern Languages and Literatures, Department of at DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln. It has been accepted for inclusion in Theses, Dissertations, Student Research: Modern Languages and Literatures by an authorized administrator of DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln.

LA VIOLENCIA: LOS SEMAS DE RASGOS DIEGÉTICOS Y MIMÉTICOS DE
LA LITERATURA COLOMBIANA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX.

by

Omar Fernando Sánchez Forero

A DISSERTATION

Presented to the Faculty of
The Graduate College at the University of Nebraska
In Partial Fulfillment of Requirements
For the Degree of Doctor of Philosophy

Major: Modern Languages and Literatures
(Spanish)

Under the Supervision of Professor José Eduardo González

Lincoln, Nebraska

March, 2017

LA VIOLENCIA: LOS SEMAS DE RASGOS DIEGÉTICOS Y MIMÉTICOS DE LA LITERATURA SOBRE LA VIOLENCIA COLOMBIANA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX.

Omar F Sánchez Forero, Ph.D.

University of Nebraska, 2017

Advisor: José Eduardo González

Los fenómenos de la realidad tienen repercusión en la ficción literaria. La ficción se vale de elementos reales para develar las problemáticas sociales. Podría ser comprendido como una forma de decir “verdades usando mentiras; la mentira de los personajes, con una trama muy real” (Monroy 3). Es oportuno entonces analizar la posible relación casi simbiótica existente entre la realidad y la ficción, presente en la praxis literaria colombiana de gran parte del siglo XX, e incluso de nuestros días. Argüimos que los personajes de las obras utilizan semas, o rasgos de significado distintivo mínimos, tanto diegéticos como miméticos que caracterizan y definen la época de La Violencia. Se arguye también que los autores nos presentan la realidad social colombiana de dicha época en un ramillete de panoramas sobre el conflicto, que a su vez deben ser leídas como símbolos polisémicos que delatan la esencia de los conflictos sociales. El bipartidismo, la injusticia social, la repartición de la tierra, la falta de educación, el desinterés por los sucesos del entorno etc. se nos presentan como las realidades subyacentes generadores del conflicto. Si no existiese una realidad novelable, no existiría una praxis literaria. Para Todorov “la literatura es imitación por el lenguaje, así como la pintura es imitación por la imagen” (354). Tanto la ficción como la realidad se afectan una a la otra en una aparente simbiosis en la cual la primera necesita de la segunda para existir, nutrirse de ella y reflejarse en su contraparte. La época de La

Violencia ha servido de inspiración y ha nutrido la ficción literaria con un lenguaje proveniente de la sociedad misma y arraizado en los acontecimientos sangrientos ocurridos en ella. Los autores representan tanto el conflicto como la sociedad en la cual éste ocurre. A través de este estudio se analiza la representación del conflicto de la época de La Violencia, y de la sociedad representada en dichas narrativas. Además, se estudia el hecho histórico primordial que genera luchas internas en la sociedad civil del país: el Bogotazo. Este hecho indeleble presente en la memoria histórica nacional es el inicio del periodo conocido como La Violencia. En este trabajo se definen los términos y periodos tanto históricos como literarios que han de fundamentar la búsqueda de la representación narrativa del conflicto de la época de La Violencia en la literatura colombiana, y se analizan las implicaciones de esta aparente relación simbiótica entre la realidad y la ficción.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco la valiosa colaboración del profesor José Eduardo González quien dedicó mucho de su tiempo y amplio conocimiento para la terminación de esta tesis. También agradezco a los miembros de mi comité de doctorado. El apoyo incondicional de mi familia. A mis padres, esposa e hijo que me apoyaron en mis planes, y las historias de mi abuela que aún resuenan en mi mente.

Tabla de contenidos

Prefacio.....	1
1. Una breve introducción a la problemática social de la época de La Violencia en Colombia.....	11
i. Descripción breve del periodo histórico- literario de La Violencia.....	11
ii. Jorge Eliécer Gaitán y El Bogotazo.....	17
iii. Estudios sobre violencia en general	30
iv. Estudios literarios sobre la época de La Violencia.....	43
2. Violencia y literatura: un breve marco teórico – conceptual.....	82
3. Representaciones de la sociedad de la época de la Violencia en la literatura colombiana.....	115
i. La sociedad representada en <i>El Cristo de espaldas</i> (1952)	116
ii. Representaciones de la sociedad en <i>Siervo sin tierra</i> (1955).....	131
4. Representaciones del conflicto político de la época de La Violencia en la literatura colombiana.....	146
i. El conflicto y la política representadas en <i>La mala hora</i> (1962).....	149
ii. El conflicto y la política representada en <i>Cóndores no entierran</i> <i>todos los días</i> (1971).....	159

iii.	Conclusiones	180
5.	Obras Citadas	187

Prefacio

Los principales motivos por los cuales se ha hecho esta investigación son básicamente tres. El primero corresponde a la necesidad de analizar las causas de La Violencia vistas a través de los semas polisémicos usados por los personajes de las obras escogidas, que además evidencian las características simbióticas existentes entre la realidad y la ficción. La realidad, por un lado, aparece como los hechos trágicos indelebles de la época de La Violencia presente en la mente de los colombianos. Uno de estos hechos trágicos es el periodo histórico de barbarie social que sacudió a la sociedad colombiana después del Bogotazo. Esta fue una guerra civil no declarada como tal que los historiadores han denominado como la época de La Violencia, es decir, un periodo de efectos funestos para el país durante el siglo XX. Este conflicto armado que ha desolado al país durante los últimos 60 años, no apareció simplemente de la nada. Es un proceso que probablemente se venía gestando desde hacía muchos años y en el que entran en juego diferentes actores de todos los estamentos sociales de la nación. De alguna manera, se ha presentado un caldo de cultivo favorable que ha permitido que esta violencia sin sentido haya persistido desde mediados del siglo XX hasta el siglo XXI, bajo diferentes nombres: La Violencia, o el conflicto armado interno. Sin embargo, el periodo que vamos a tratar en esta disertación constituye los aproximadamente 20 años que transcurrieron desde El Bogotazo hasta el periodo post-Violencia en el que fue escrito *Cóndores no entierran todos los días* (1971). Para poder analizar a fondo la relación entre la realidad y la ficción empleo en esta disertación un término tomado de la biología para explicar la influencia que una tiene sobre la otra en el caso específico de la literatura colombiana del periodo establecido. Simbiosis, es el término escogido y utilizado a través de la

disertación para referirse a esta relación estrecha existente entre los acontecimientos de la realidad, y la narrativa sobre la época de La Violencia que encontramos en la ficción literaria. Se podría definir, si se quiere, como una relación en la cual la ficción se nutre, o se basa en la realidad en ciertos aspectos estructurales. Por su parte la ficción aparece presente en la realidad en forma de narrativas que delatan las causas y consecuencias del conflicto y se convierte en parte estructural de la interpretación del periodo. Aparece en forma de novelas y relatos que caracterizan una época histórica y ayuda a definir un periodo difícil de la nación. Las novelas se nos presentan como una propuesta de aprendizaje dialógico sobre una época pasada. No podemos comprender en el siglo XXI la época de La Violencia sin tener que referirnos a las páginas de las obras escritas sobre este periodo desde perspectivas históricas, sociales, políticas e incluso artísticas.

Tampoco podría existir una literatura basada en dicha época si no existiera un conflicto al cual develar. Es como si se tratara de dos organismos distintos, pero que se necesitan el uno del otro para poder existir, al menos durante este periodo de conflicto. Por un lado, los escritores escriben sobre el conflicto basándose en la realidad, y por otro lado los lectores internalizan algunos de estos hechos de la realidad a través de las narrativas de ficción basadas en hechos reales en su gran mayoría. Si miramos con detenimiento los hechos históricos de la segunda mitad del siglo XX en Colombia, podremos ver que esa relación simbiótica de la que hablamos tal vez sea bastante evidente. Reiteramos que no existiría una ficción literaria como la que vamos a estudiar si no hubieran ocurrido todos los hechos de violencia lamentables que evidentemente sucedieron en la sociedad colombiana del momento. Nuestro periodo histórico establecido es completamente verificable. La época de La Violencia sirve de telón de fondo, o mejor el escenario para la

narrativa de ficción que incluye unos personajes, situaciones, partidos políticos, hechos históricos y otros componentes que evidentemente provienen de la realidad. Es claro que aquello a lo que llamamos realidad es bastante difícil de exhibir en su totalidad en unas pocas páginas de una investigación. Es prácticamente imposible poder explicar a ciencia cierta todo lo que ha ocurrido en una sociedad en un periodo histórico determinado a cabalidad. Sin embargo, sí podemos efectivamente encontrar la representación que de ella aparezca en la producción literaria de la segunda mitad del siglo XX en el país. La literatura de este momento histórico aporta bastantes elementos presentes en las creaciones de los autores que definen la esencia del conflicto. Con esto me refiero a que existen relatos tanto históricos, casi testimoniales, como ficticios sobre lo ocurrido, pero ¿cuánto es verídico y qué tanto es ficción? Podemos dar un ejemplo sencillo al analizar los móviles del asesinato de Jorge Eliecer Gaitán. No sabemos las razones, ni conocemos a los autores intelectuales del asesinato de Gaitán. Por ejemplo, no sabemos si existieron personas, líderes políticos, o grupos económicos que se beneficiaran con su muerte. A manera de ilustración y para explicarlo con otro ejemplo me puedo referir al caso del asesinato de J.F. Kennedy en los Estados Unidos, tan sólo 15 años después de la muerte de Gaitán. Nadie sabe si se trató de un complot de alto nivel para asesinarlo, o si simplemente fue un acto aislado de intolerancia llevado a cabo por sólo un hombre: Lee Harvey Oswald. Se pueden tejer varias teorías plausibles y se puede favorecer la que mejor explique las circunstancias específicas de los hechos, pero corresponde a los historiadores poder establecer la verdad de estos acontecimientos. Ninguna persona inmersa en una sociedad conoce todo lo que ocurre al interior de su entorno vital. Esto nos obliga a pensar que tal vez sea bastante complicado para cualquier persona común y

corriente poder enterarse por completo de todos los hechos que ocurren en su realidad, así esté inmerso en ella en su día a día. Es decir, necesitamos de narrativas sencillas e incluso entretenidas que nos ayuden a enterarnos de lo que sucede. Dichas narrativas pueden ser crónicas periodísticas, artículos, análisis e incluso obras literarias que ayuden a complementar ese desconocimiento de las realidades sociales. Probablemente éste sea el espacio vacío que viene a rellenar la ficción, la cual podría ser comprendida en este caso como la representación de los hechos ocurridos en la realidad, pero manipulados por los autores con una intención de denuncia de las atrocidades del conflicto. Hay un trasfondo real que se debe analizar y comprender, o sea las problemáticas que causan este conflicto. Los autores nos dan pistas en forma de símbolos analizables que nos develan lo que no es tan obvio a simple vista y que puede pasar desapercibido por el lector. También podríamos precisar que hay un interés por parte de los autores de mostrar las circunstancias y las razones por las cuales ocurre esta guerra bipartidista. Hay una sociedad, un sistema político, y un conflicto perteneciente a la realidad pero que se representan en la ficción a modo de espejo en el cual se puedan reflejar el rostro de una época.

En la actualidad sabemos que la relación que nuestra mente establece con lo que la rodea se puede denominar como realidad, pero en verdad es nuestro cerebro el que le da sentido a todo lo que existe a su alrededor. Por lo tanto, cada ser humano podría probablemente tener una cosmovisión distinta. Se puede pensar entonces que el conjunto de diferentes realidades individuales viene a formar lo que podríamos llamar una realidad colectiva. Esto implicaría que todos los hechos que ocurren en una ciudad, región en particular, o en un país, ayudan a formar parte de esa realidad colectiva que compartimos

con otros miembros de nuestra comunidad. La literatura, la prensa, la radio, la televisión, el cine y en general todos los medios de comunicación o difusión de información masiva, con sus respectivas cargas ideológicas, ayudan también a difundir y a generar esa red de ideas, sucesos, acontecimientos, logros y tragedias, etc., que llamamos la realidad de una sociedad. Podemos ver y analizar muchísimos elementos en conflicto en las obras literarias de esta época. La literatura nos ofrece un gran abanico de problemáticas que probablemente ocurren en la realidad y que son perceptibles más fácilmente gracias a ella. Es por eso que al analizar estas obras podemos explicar con lujo de detalles la representación que se hace del periodo establecido. La representación de ciertos elementos sociales provenientes de la realidad ha estado siempre presente en la literatura universal, porque han existido periodos importantes de la historia de diversos países que se representan en historias de ficción, o en relatos subjetivos sobre las problemáticas que los autores vieron en sus respectivas realidades. Por ejemplo, la época de la conquista del Nuevo Mundo, el Exilio republicano durante y después de la Guerra Civil Española, el Holocausto judío durante la Segunda Guerra Mundial, , etc. Estos relatos nos ayudan a revivir épocas ya pasadas y que no podemos volver a vivir o experimentar sin tener que referirnos necesariamente a sus páginas. Es precisamente por esta razón que es vital poder describir esa representación de la realidad que proviene de la ficción de la época de La Violencia en Colombia, y ¿por qué no? El efecto que la ficción tiene sobre la realidad misma, es decir, la manera en que esta producción de ficción ha subvertido el imaginario popular de la nación, y la idiosincrasia misma. Por ejemplo, si no se hubieran escrito obras literarias ni hecho películas sobre El Holocausto de la Segunda Guerra Mundial, no tendríamos ninguna idea, ninguna imagen, o ninguna representación de lo que les ocurrió

a los judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Únicamente los eruditos, estudiosos de la historia sabrían de los ocurrido, pero no habría una representación o narrativa popular de dicho conflicto. También es muy interesante considerar el efecto de la ficción en la realidad. Como otro ejemplo podemos pensar que algunas cosas que consideramos como parte de la realidad en el presente, fueron en su momento parte de la ficción. Tal vez Julio Verne no haya sido el primero en describir un viaje a la luna en una especie de nave tripulada disparada desde la tierra a una increíble velocidad, pero al menos su relato es uno de los más reconocidos. En la época en la que escribió su novela nadie se podía imaginar que esto fuera realizable en el futuro. Hay quienes atribuyen a H. G Wells la invención, al menos en la ficción, de la primera bomba atómica hacia 1914. En esa época nadie había inventado en la realidad algo así. Ni siquiera el término mismo existía. Como sabemos, solo fue hasta 1945 que esta especie de premonición de la ficción se hace presente en la realidad del siglo XX, con los efectos devastadores que se le atribuyen. Las obras de Dickens con narrativas sobre la insalubridad de Londres, a lo mejor lograron que las autoridades pertinentes atendiesen y buscaran soluciones a estos problemas. Lo anterior nos sirve para poder ver que la ficción también puede tener el efecto de generar nuevas ideas en las mentes de aquellos que viven en la realidad, y que probablemente gracias al ingenio humano lleguen a materializarse en un momento determinado de la historia, como es evidente en los ejemplos antes descritos. Es decir, que esa ficción literaria crea ideas probablemente factibles en la mente de los lectores que las hacen suyas. Esta relación paradójica nos hace pensar necesariamente en la búsqueda de las imágenes verificables a ambos extremos del espectro de esta relación binaria, o sea tanto de la ficción como de la realidad. Lo que describo como imágenes verificables no son

más que fragmentos o pedazos de un todo que podemos palpar, ver, sentir, analizar, y explicar. Las obras que analizaremos a través de esta disertación nos ofrecen pedazos o fragmentos explicables de esta relación entre la realidad y la ficción. Se puede argüir que estos fragmentos no sirven para explicar fenómenos sociales en su totalidad, y es probable que este argumento sea válido. Pero también se puede argüir que, al tratar de hacer encajar los fragmentos, se puede lograr tener una visión bastante pertinente de la realidad, así sea solamente desde lo literario. Estos fragmentos se podrían comprender como pedazos de un espejo roto. Si se trata de recomponer este espejo, se pueden reacomodar los fragmentos hasta que se recuperen todos los componentes del espejo y se pueda reconstruir el mismo. No será una imagen clara y precisa como la del espejo antes de romperse, pero muy probablemente nos ayude a ver nuestra propia imagen reflejada de manera más o menos clara. De igual manera cuando un escritor recibe información de su entorno, la descompone en varios fragmentos que trata de recomponer a través de las páginas de sus escritos para darnos una imagen clara. Esto también se podría entender como lo que Galdós denominaba metafóricamente “el hilo de la historia” que a su vez pertenece a una “maraña” difícil de desenredar. La idea del hilo la utiliza Galdós para referirse a la narración de un suceso, o a la idea de retomar una historia desde un comienzo hasta un final. A lo mejor se corta esta historia en alguna parte y se vuelve a retomar haciendo el hilo de la punta y halándolo para poder ver lo que sigue de la historia misma. Es una forma de visualizar lo que no se puede ver, es decir, una historia no tiene forma física alguna, pero se le puede conectar con la idea de algo largo y delgado, manipulable y conectable. Metafóricamente, una historia cualquiera proveniente de su mente creativa, o de algún suceso que el escritor haya vivido al cual se le puede hilar

hábilmente hasta crear un objeto visible, o se puede estirar o cortar para reconectar más tarde. Podemos crear muchas más metáforas con componentes tomados de la realidad. Estas metáforas no tienen por qué ser necesariamente como las que creaba Galdós tan hábilmente, sino que podrían ser a su vez símbolos que probablemente dejan los autores en sus páginas para que sean los lectores mismos quienes los descubran, los interpreten y los reconstruyan; como si mágicamente se estuviera recomponiendo esa imagen del espejo que nos muestra la realidad.

La otra motivación relevante para esta disertación es poder reconstruir desde la ficción literaria los sucesos ocurridos el 9 de abril de 1948. Como se verá claramente durante esta disertación, con el magnicidio del caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán en esa fecha, se desata en el país uno de los periodos más sangrientos y oscuros de la historia reciente colombiana. Durante este periodo prolifera la aparición de narraciones en las que se denuncian los desmanes de esta guerra bipartidista inicial, de intereses económicos particulares disfrazados con rasgos políticos, y que sirve de caldo de cultivo para los futuros problemas de la nación, que incluirán otros actores en el conflicto futuro. Si retrocedemos un poco en el tiempo, podremos ver que la denuncia de injusticias, crímenes, matanzas o abusos de poder, ha servido a otros escritores como telón de fondo para su creación literaria.

La tercera motivación para la realización de este trabajo es poder analizar las imágenes que predominan en este tipo de narrativa literaria del periodo que vamos a tratar. Si bien es cierto que la época de La Violencia funciona como un telón de fondo, o un escenario que sirve para enmarcar las historias que nos cuentan los autores, es necesario descomponer ese escenario en las partes que lo conforman. Con esto quiero

decir, que es probable que los autores hayan escogido algunas imágenes, o situaciones específicas provenientes del conflicto, o algunos símbolos ocultos que deber ser interpretados como tal. Es imposible que un escritor pueda incluir todas las variables de algo tan complejo como el periodo de La Violencia en Colombia en una sola historia. No obstante, existe la posibilidad de que el escritor escoja algunos aspectos determinados que contribuyan a formar una representación acertada de la época de La Violencia. Al poder analizar varios escritores con diversas historias y diversos aspectos específicos de este periodo, podemos entonces tener una imagen más panorámica del mismo. Por lo tanto, es probable que existan algunas imágenes, símbolos, iconografía, o representaciones que sean iguales, o al menos muy parecidos en cada una de las obras estudiadas. Pero también es probable que dichos símbolos sean bastante distintos.

Argüimos que los personajes de las obras plasman las realidades de la época de La Violencia, y que los autores nos presentan la realidad en un ramillete de representaciones sobre los hechos de violencia. Dichas representaciones deben ser leídas como símbolos polisémicos que delatan la esencia de los conflictos sociales. El bipartidismo, la injusticia social, la repartición de la tierra, la falta de educación, etc. se nos presentan como las realidades subyacentes generadores del conflicto. Dichos símbolos polisémicos se pueden interpretar, percibir, analizar, e intercalar de manera concisa con el estudio de las obras escritas más representativas sobre este periodo. *El Cristo de Espaldas* de Eduardo Caballero Calderón (1952), *Siervo sin tierra* (1955) del mismo autor, *La Mala Hora* de Gabriel García Márquez (1962), y *Cóndores no entierran todos los días* de Gustavo Álvarez Gardeazabal (1971), se cuentan entre las obras más relevantes y conocidas de este periodo de la literatura colombiana del siglo XX. La premisa planteada es que los

escritores desean mostrar la sociedad, la política y el conflicto mismo para proponer un aprendizaje dialógico a sus lectores sobre los efectos nefastos de esta guerra mediante la denuncia sistemática de algún aspecto determinado de La Violencia empleando imágenes en su narrativa que ayuden a develar las pasiones nefastas provenientes del abuso del poder, el sufrimiento, el pavor, y la impotencia generada por los conflictos armados. La importancia del estudio de esta narrativa radica en el hecho mismo de percibir y analizar las causas subyacentes del conflicto. La comprensión de fenómenos intrínsecos literarios pero fundamentados en hechos reales, nos ayuda a exorcizar la perturbación angustiosa que puede provenir de un daño real o imaginario procedente del conflicto, y a prevenir a generaciones futuras sobre esta realidad mediante la lectura detallada y analítica del fenómeno literario particular colombiano. Esto es posible gracias al aprendizaje dialógico sobre este periodo histórico propuesto por los autores. Al comienzo de la disertación se establece el contexto histórico que delimita estas producciones literarias propuestas anteriormente. Luego, se analizan las obras para encontrar la representación literaria de la época de La Violencia como tal, y como periodo histórico colombiano verificable. Se hace un análisis de las implicaciones de esta representación literaria de la época de La Violencia, y se sacan unas conclusiones con respecto a éste periodo de la literatura colombiana en la conclusión.

1. Una breve introducción a la problemática de la época de La Violencia en Colombia

En esta sección se analizan con una perspectiva tanto histórica como literaria, las problemáticas sociales del periodo correspondiente a los años finales de la primera mitad

del siglo XX y la repercusión de dichos hechos en los inicios de los años ochenta. También analizamos cómo esta problemática permea diversos estamentos sociales e influye directamente en la producción literaria del país. Se repasan los acontecimientos históricos más importantes de ese lapso de tiempo que será denominado como la época de La Violencia. Como se explicará más adelante, el conflicto armado interno de este periodo de La Violencia, con mayúsculas, se establece de esta manera con el objetivo de diferenciar el periodo histórico nacional del vocablo mismo. Se revisan algunos estudios importantes sobre la violencia en general para luego centrarnos en los estudios literarios representativos dedicados al estudio de La Violencia en la literatura como tal. Finalmente se sacan unas conclusiones sobre dichos estudios basándose en sus fortalezas o sus falencias, para así establecer una nueva aproximación al asunto en cuestión.

i. Descripción breve del periodo histórico- literario de La Violencia

El objetivo de esta sección, es poder demostrar la posible relación existente entre el sistema político colombiano, las decisiones político militares, y la generación de violencia en diferentes periodos de la historia nacional, desde el mismo momento en el que se instauró la primera República y hasta la primera mitad del siglo XX.

Desde sus inicios, la República de Colombia ha tenido un marcado sistema político bipartidista que comparte el poder por periodos presidenciales establecidos en la constitución política. A finales del siglo XIX se presentó un crecimiento de la economía del país había que había sido establecido como estado independiente después de la Guerra de Independencia. El mayor beneficio económico fue la “reducción de los impuestos, incluidos los diezmos” (Kalmanovitz¹³). Tras la desintegración de la Gran

Colombia en 1830, se creó, según el Convenio de Apulo del 28 de abril de 1831, el estado independiente llamado La Republica de la Nueva Granada, de la cual Domingo Caicedo fue su primer presidente tras recibir el mando a manos del último presidente de la Gran Colombia, o sea del general Rafael Urdaneta. Esta primera república se disolvió y se creó la Confederación Granadina con la nueva constitución de 1858. La diferencia principal con las repúblicas anteriores es que se favorecía un tipo de estado federalista, distinto a los estados centralistas copiados del modelo francés. De esta manera aparecieron los Estados Unidos de Colombia, nombre que recibió la nación copiando un poco los nombres de otras repúblicas recientemente fundadas. Dichos estados se terminaron de constituir hacia 1886, después de varios sucesos importantes como la secesión del Estado Soberano del Cauca y la toma de Bogotá por parte del general Tomás Cipriano de Mosquera quien deseaba ampliar el poderío del Cauca en la confederación, y es precisamente gracias a él que el país fue renombrado. En 1863, tras la culminación de la guerra civil de 1860 se consolidó la constitución de Rionegro, que implementaba un modelo federalista para la nación. Se daba igual poderío a los estados constituyentes y se disminuía el poder del gobierno central. Esto tuvo como consecuencia la formación de ejércitos regionales con un poder relativamente importante y con intereses expansionistas a la vez, lo cual generó violencia entre regiones por el poder. Hubo varias guerras regionales, y una gran guerra nacional que ocurrió entre los años de 1876 a 1877. Según Hernández durante el siglo XIX hubo “ocho guerras civiles nacionales, catorce guerras civiles locales, dos guerras internacionales con Ecuador, dos golpes de Estado y la guerra de los mil (1000) días” (239). Sin embargo, el modelo centralista defendido por Rafael Núñez es el que gana la guerra de 1885, aboliéndose así el modelo federalista y dándose

mayor poder al gobierno central, gracias a una nueva constitución que finalmente crea la República de Colombia. Este modelo de gobierno, más las guerras entre los estados iniciales del modelo federalista crearon un sinnúmero de problemas dentro de los estratos de poder de la nación. Con este nuevo sistema centralista, los estados pasan a ser llamados departamentos, y el papel de la Iglesia dentro del estado colombiano vuelve a tener importancia, es decir, que existe un grado de poder eclesiástico importante parecido al de épocas anteriores como la Colonia. Con este sistema centralista aparece el bipartidismo colombiano, con los liberales por un lado a favor del libre comercio, la libertad de prensa y asociación, y los conservadores que defendían el papel de la iglesia y que estaban a favor de un sistema de gobierno centralizado, más parecido al de una monarquía constitucional. Durante esta época aparecen los diarios de la nación que aún circulan hoy en día, como es el caso de *El Espectador* fundado por Fidel Cano en 1887. También durante estos años aparecen varias imprentas en las ciudades y prolifera el número de periodistas y de escritores regionales. Las élites de la época movían masas y con la creación de un discurso nacionalista ayudan a generar el caldo de cultivo óptimo para generar más violencia en el país. Se empiezan a crear las primeras industrias manufactureras en las zonas de la región antioqueña, Medellín, el Valle del Cauca, y Bogotá, primordialmente. En Antioquia, por ejemplo, “el mayor nivel de consumo alcanzado por los campesinos parcelarios y aparceros” de la zona “se manifestó en el gran crecimiento demográfico de la provincia durante el siglo XIX, superior en un tercio al promedio republicano” (Kalmanovitz 77). Pero con el desarrollo incipiente también vinieron más guerras a causa de los intereses particulares provenientes de las riquezas generadas por las nuevas industrias. De nuevo la imagen nefasta de la guerra está

presente en las postrimerías del siglo XIX y los inicios del siglo XX. La Guerra de los Mil Días, la cual tuvo lugar entre 1899 y 1902, ha sido la mayor guerra civil declarada en el país. La lucha se produjo inicialmente entre el partido liberal y el partido Nacional cuyo representante principal era el entonces presidente Manuel Antonio San Clemente. El partido conservador encabezado por José Manuel Marroquín derrocó al presidente Sanclemente el 31 de julio de 1900. Con esto la guerra se torna entre conservadores y liberales. Los conservadores con su ejército gubernamental luchan contra los ejércitos liberales regionales y el partido conservador toma el poder de un país en bancarrota económica. Una consecuencia importante de esta guerra civil es la desaparición del partido Nacional, además de aproximadamente cien mil muertos. Bejarano afirma que “la construcción de ferrocarriles se detuvo durante la guerra de los Mil Días (1899-1902), un periodo en el que se destruyeron, confiscaron, o deterioraron muchos de los ferrocarriles existentes. Además, se destruyó más de la mitad de las embarcaciones del río Magdalena y se incrementó el costo del transporte” (386). También esta guerra se presentó como oportunidad coyuntural para la separación de Panamá del territorio de la república colombiana. Hasta 1903 Panamá era otro departamento de la nación. A causa de la pérdida del territorio de Panamá, el entonces presidente Rafael Reyes se vio obligado a renunciar a su cargo. Los primeros años del siglo XX transcurrieron con una relativa calma social, y un auge económico insipiente durante el periodo conocido como de hegemonía conservadora. Se instauraron unas reformas importantes hacia 1910. Hacia 1919 se funda la Sociedad Colombo Alemana de Transporte Aéreo, o Scadta, junto con capital alemán, la segunda aerolínea comercial del mundo, y predecesora de Avianca, la primera y más importante aerolínea colombiana. Un año después aparece un importante

sector de servicios y se empieza a formar una clase dirigente urbana. En 1930 llega al poder el primer candidato presidencial liberal del siglo XX, tras una hegemonía conservadora de casi cinco décadas. Los papeles se invierten y son entonces los liberales los que permanecen en el poder desde 1930 hasta 1946. Jorge Eliecer Gaitán se presenta como el seguro ganador de los comicios de 1948, pero es asesinado. Como se había explicado anteriormente, con el asesinato del candidato liberal Jorge Eliecer Gaitán se da inicio al periodo de La Violencia en Colombia. Para Augusto Escobar “la violencia política partidista colombiana que tuvo lugar entre 1947 y 1965 fue, para la clase dominante, un estigma que ha pretendido borrar por todos los medios” (322). Booth también delimita en aproximadamente los mismos años los efectos de La Violencia: “Between the years 1948 and 1963 rural Colombia was lashed by political conflict so intense that it has become known by its generic name, La Violencia” (657). Builes et al en el libro *Las migraciones forzadas por la violencia: el caso de Colombia* (2008) aseguran que “en 1948, con el asesinato del político liberal Jorge Eliécer Gaitán, se desata el alzamiento popular llamado el ‘Bogotazo’ que se extiende a todo el país. Tiene lugar la guerra civil no declarada conocida como ‘La Violencia’, que dura desde 1946 hasta 1958” (1653), según los datos presentados por estos autores. Lucila Inés Mena también verifica este hecho diciendo que “el asesinato del líder liberal Jorge Eliecer Gaitán ocurrido en Bogotá en 1948 recrudeció la ola de violencia que se había originado unos años antes a raíz del cambio de los partidos políticos en el poder” (95). Desde los inicios mismos de la República de Colombia, el país ha sido gobernado por un sistema bipartidista que se turna el manejo de los asuntos de estado. Este bipartidismo ha sido empleado con intereses económicos por los abanderados de uno u otro partido, generando

inseguridad política y conflicto. Esta inseguridad política creada por el sistema bipartidista muy probablemente contribuye en el ambiente de tensión social que ha existido en la nación prácticamente desde sus inicios. Esta tensión social ha generado hechos de violencia, guerra civil, conflicto armado interno, golpes de Estado y abuso de poder. Con este panorama, no podemos afirmar que exista tan sólo una forma de violencia política en el país desde su creación misma, sino que la política con su narrativa bipartidista candente ha contribuido para que aparezcan en el país diversas formas de divergencia y conflictos de intereses entre individuos, empresas, sectores empresariales e instituciones, que junto con los casos aislados de violencia por necesidad económica han generado una red de violencias que forman una especie de maraña difícil de desenredar. Y es precisamente la literatura la que se beneficia de esta maraña de narrativas, ya que, durante este periodo, e incluso muchas décadas después se escriben novelas basadas en estos años de conflicto. Jaramillo et al nos sugieren que a partir de los hechos trágicos de La Violencia aparece en el país una importante producción literaria:

El Bogotazo y La Violencia conforman el eje temático de, al menos, setenta y cuatro relatos escritos, la mayoría de ellos entre 1946 y 1965. Han sido, además, consignados en documentales y películas, recreados por los medios cada año, evocados a través de testimonios, y permanecen en la memoria del pueblo colombiano que, sin embargo, no ha dimensionado sus consecuencias y su impacto sobre la nación. (31)

Evidentemente, el impacto de este hecho ha repercutido a través de las décadas siguientes del siglo XX. Los hechos ya mencionados ayudaron a crear un estilo de novela

urbana cuyo eje central gira en torno a los hechos del bogotazo. Jaramillo et al explican que para tener en cuenta este suceso en la literatura hay que tener en cuenta dos factores:

La novela urbana moderna se articula con la narrativa de La Violencia porque, en la mayoría de los casos, alude al desplazamiento de los campesinos, que huyeron del terror para enfrentarse con extrañeza al nuevo entorno; segundo, muchos de los relatos de la Violencia han sido considerados como pseudo-literatura por su cercanía del documento sociológico y del testimonio. (32)

Hay que recalcar que algunos de estos relatos efectivamente contienen componentes histórico- literarios importantes por su valor testimonial que no deben ser olvidados. Aunque no constituyen una crónica precisa verificable, sí tienen elementos estéticos que han generado redes de intertextualidad que se divisan en las letras colombianas de dicho periodo.

ii. Jorge Eliécer Gaitán y El Bogotazo.

El objetivo de este aparte es presentar a un personaje importante de la historia de la segunda mitad del siglo XX en Colombia, y poder dar un marco histórico aproximado sobre su vida y las repercusiones que tuvo su fatídico asesinato el 9 de abril de 1948. Este es el día en el que estalló El Bogotazo, o la especie de revolución fallida que ocurrió tras el asesinato del candidato presidencial del partido liberal, Jorge Eliécer Gaitán. Es de una importancia especial para este estudio porque el asesinato de este líder político tiene muchas consecuencias en el país, e incluso llega a tocar las fibras mismas de la producción literaria. Se sabe que Jorge Eliécer Gaitán nació el 23 de enero de 1898,

“un año antes de que estallara la Guerra de los Mil Días, en Las Cruces” (Braun 41). Un barrio popular y “respetable pero ya no de moda” (Braun 81). Era hijo de Eliécer Gaitán Otálora, quien era miembro activo del partido liberal y desempeñaba varios oficios. Su madre era Manuela Ayala de Gaitán. Era una maestra de escuela y muy activa y progresista, quien además influyó muy positivamente en la crianza de su hijo. “Los orígenes sociales de Gaitán eran distintos a los de la mayoría de los personajes principales de su generación” (Braun 82) La familia Gaitán estaba conformada por ocho personas: los padres y seis hijos. Por tal motivo, la familia siempre tenía muchas dificultades económicas. La familia se mudó al barrio Egipto y a los doce años de edad Gaitán ingresó a una escuela en Facatativá, de la cual se graduó en 1911. Se graduó de bachiller del Colegio Martín Restrepo Mejía. En 1920 ingresó a la facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional, de la cual se graduó obteniendo el título de abogado. Su tesis fue controvertida en su tiempo porque abordaba *Las ideas socialistas en Colombia*. Al parecer participaba activamente en política y apoyó la candidatura de Guillermo Valencia en 1918. También fue orador en manifestaciones en contra de Marco Fidel Suárez. Su carrera política se inició cuando fue elegido a la Asamblea de Cundinamarca entre 1924 y 1925. Por aquella época formó parte del movimiento estudiantil liberal que se oponía a la hegemonía conservadora del momento. Tras muchos esfuerzos económicos y personales, logró reunir el dinero necesario para viajar a Italia donde ingresó a la Real Universidad de Roma. La renombrada escuela de derecho estaba dirigida por Enrico Ferri quien era un reconocido penalista del momento. Se graduó con el título de doctor en jurisprudencia con una tesis que recibió la calificación de *Magna Cum Laude* y el premio Enrico Ferri. Su tesis llegó a ser implementada en los textos de

estudios de la época. Se titulaba *El criterio positivo de la premeditación*. Tras su afortunado viaje a Italia, regresa a Colombia en 1928, en donde es elegido representante a la Cámara. Estando ejerciendo este cargo, investigó los hechos de la masacre de trabajadores de la United Fruit Company, a la cual se le ha llamado la masacre de las Bananeras. Con dicha investigación logró que las familias de los caídos fueran indemnizadas. Por esta razón logró crear una imagen de líder que le fue muy favorable en su carrera política. Fue elegido presidente de la Cámara de Representantes y presidente de la Dirección Nacional Liberal, con lo cual fue nombrado como el segundo Designado del partido a la Presidencia. Al año siguiente fue nombrado rector de la Universidad Libre. Hacia el año de 1933 crea la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria (UNIR). Este grupo se presentaba como una alternativa al tradicional sistema bipartidista de la nación y apelaba las conciencias de la clase trabajadora, tanto de liberales como de conservadores. La UNIR tuvo bastante influencia en las zonas cafeteras del norte del Tolima, Caldas, Valle y Cundinamarca. Es precisamente en Cundinamarca donde la guardia departamental hace disparos para disolver una manifestación liderada por Gaitán en 1934. En este hecho quedaron varios campesinos muertos. Hechos similares ocurrieron en Ibagué el 14 de agosto del mismo año. Como el partido de Gaitán promovía la carnetización de sus miembros, y el uso de camisas rojas para uniformar a sus seguidores, al igual que ciertos ejercicios físicos de calentamiento que parecían tener un componente militar, sus detractores asociaron estas prácticas con unas supuestas ideas fascistas similares a las que se estaban popularizando en Europa con Benito Mussolini, y con Adolfo Hitler. Por tal motivo al parecer se le veían lineamientos políticos con los partidos fascistas de Europa, además del hecho de haber vivido y estudiado en Italia. Pero

Alape en su libro *El Bogotazo: memorias del olvido* (1983) proporciona argumentos que no justifican dicha afirmación:

No creo que él tuviera tendencias fascistas. Claro que él vivió en Italia en la época del esplendor de Mussolini y seguramente lo impresionaron todas esas demostraciones de poder que hacía el fascismo y vio la importancia que tiene el líder. Pero que él hubiera aceptado la ideología fascista, yo no lo creo. Él fue un demócrata, un hombre que abrazó desde temprano la causa del pueblo y que quería, y fue siempre leal a ese pueblo. (Alape 133)

Alape sugiere además que, por el hecho de haber vivido en Italia durante el auge del fascismo de Mussolini, al líder liberal le llamaba la atención el orden de los desfiles, y los uniformes, aunque su posición distanciaba bastante de las tendencias fascistas. La intención política de la UNIR era intervenir en el Estado con un criterio social y económico planteando una reforma agraria y la organización de cooperativas campesinas. En cuanto a la política exterior, se promulgaba un nacionalismo antimperalista. También proponía la creación de un banco de previsión social constituido con aportes provenientes de capitalistas hasta un 50 %. Su movimiento tuvo muchos partidarios y uno de sus principales logros fue hacer pensar al pueblo sobre la posible estrategia de disolución del mismo por parte de la burguesía, tanto liberal como conservadora. De nuevo Alape nos proporciona algunos de esos planes específicos de gobierno de Gaitán, que muy probablemente, no le traían muchos adeptos en algunos sectores productivos del país:

Gaitán sí hablaba de la posibilidad de nacionalizar algunas industrias que se habían convertido en básicas para el país. Concretamente lo dijo delante de nosotros: la nacionalización de las empresas de cerveza, entre otras

Bavaria, con el fin de que el Estado pudiera manejar esas industrias, para producir bebidas más baratas para el pueblo. (Alape 137)

Tal vez su discurso producía algo de inseguridad para algunos de los capitalistas, o inversionistas grandes de entonces con respecto a estas intenciones de nacionalización que tenía Gaitán, aunque no parecía interesarle la expropiación de medios de producción. Años más tarde, el grupo político alternativo UNIR se disolvió en mayo de 1935. En lo personal, Gaitán contrajo matrimonio con Amparo Jaramillo en 1936, año en el cual se posesionó como alcalde de Bogotá. Su labor como alcalde fue corta porque implementó un plan de aseo muy radical que no mostró muchos partidarios dentro de la clase trabajadora. Paradójicamente a causa de un paro popular y por la presión de la derecha tuvo que renunciar al cargo. En 1939, el presidente Eduardo Santos lo nombra ministro de Educación. Durante su periodo como ministro lanzó un ambicioso plan en contra del analfabetismo. En las elecciones de 1946 quedó de tercero en la contienda electoral por la Presidencia de la República con un número sorprendente de votos y un apoyo bastante importante de los centros urbanos del país. Con este hecho se afianzó como candidato único del partido liberal para las siguientes elecciones. El 18 de enero de 1947 hace público su plan de gobierno, denominado el “plan Gaitán” en la Convención del teatro Colón. También hace lo mismo en agosto del mismo año en el Congreso. Promovió también una marcha nocturna de antorchas y proclamó una “Oración a los humildes” en rechazo a los campesinos caídos en una manifestación popular en Manizales en febrero de 1948. Probablemente por este motivo fue excluido de la IX Conferencia Panamericana en Bogotá, a petición del Canciller Laureano Gómez. Un dato curioso es que Laureano Gómez como fundador del periódico *El Siglo*, se mostraba como un acérrimo defensor

del dictador Francisco Franco y del régimen que él había instaurado en España. En el libro de Alape también encontramos una recopilación de entrevistas de personas directamente relacionadas con los hechos, o que fueron incluso testigos oculares de lo ocurrido. Curiosamente hay una descripción de Laureano Gómez de quien se dice que fue partidario del eje formado por Hitler, Mussolini y los japoneses. Escribió un libro llamado el Cuadrilátero. “Un estudio sobre Hitler, Ghandi, Stalin y Mussolini” (Alape 84). Estuvo en contra de los aliados y estaba a favor del golpe de Franco en la Guerra Civil española. Defendía los principios cristianos y se mostraba contrario a los regímenes totalitarios, pero paradójicamente “en la Segunda Guerra, se pone al lado del Eje” (Alape 84). No estaba de acuerdo con la participación de los Estados Unidos en la guerra. Después de haber tenido que marcharse del país por ser acusado de violación reiterada de los derechos humanos durante su presidencia, Laureano Gómez se exilia en España y recibe condecoraciones de parte de Franco por mostrar la imagen más favorable del Franquismo en Latinoamérica en su periódico *El Siglo*.

Otro dato curioso de la IX Conferencia Panamericana en Bogotá es que Fidel Castro se encontraba en la ciudad para participar en unas manifestaciones estudiantiles con motivo de la misma. En su libro, Alape explica que los hechos relacionados con el día del asesinato del líder liberal acaecieron en medio de la celebración de la “IX Conferencia Panamericana” (Alape 11), a la cual asistían los representantes de todos los gobiernos latinoamericanos. Por los Estados Unidos asistió el general George C. Marshall. Alape también asegura que casualmente se encontraba en Bogotá un dirigente estudiantil. Se trataba de Fidel Castro Ruz, quien organizaba “el Congreso de Estudiantes Latinoamericanos” (Alape 11).

Castro fue a la oficina de Gaitán el 7 de abril con el fin de acordar una cita para hablar con Gaitán. La cita le fue asignada para el día viernes 9 de abril de 1948, a las dos de la tarde. A la una de la tarde del 9 de abril de 1948, cuando Gaitán se disponía a ir a almorzar, a unos pocos pasos de su oficina fue asesinado a quemarropa por un joven llamado Juan Roa Sierra. No son muy claros los móviles por los cuales éste joven asesina a Gaitán, sin tener aparentemente ningún motivo de peso para hacer algo semejante. Dentro de las posibles causas del asesinato de Gaitán se podría contar por un lado el interés político del partido conservador de mantenerse en el poder tras haber alcanzado la Presidencia de la República con Mariano Ospina en 1946, y por otro lado las clases altas del país, de ambos bandos, que no veían con buenos ojos los deseos de Gaitán de reformar al Estado a favor de las clases más desfavorecidas del país. Ochoa favorece la tesis de que el “Plan Gaitán” (347) buscaba un cambio en “la dirección de la economía” (347), que afectaba directamente a muchos empresarios del país. Gaitán se apoderó de un discurso de masas populista y era casi seguro que fuera el próximo presidente electo por mayoría apabullante en las elecciones de 1950. Alape en su libro muestra una descripción de las habilidades lingüísticas y del discurso del candidato presidencial:

Es muy claro el sistema de agitación y de consignas revolucionarias que manejaba Gaitán, y el lenguaje político con el cual se expresaba. En primer lugar, Gaitán es el tribuno popular que en Colombia interpretó mejor el sentimiento de las masas. ¿Por qué? Porque tuvo un estilo oratorio y un lenguaje accesible a las masas, mientras que los demás oradores del Partido Liberal utilizaban una oratoria académica-literaria; Gaitán iba directamente a la masa, a hablarle con sus propias palabras. Esa

era la manera de comunicarse directamente con la gente del pueblo.

Cuando se expresaba sencillamente decía: “El hambre no es liberal ni conservadora, y el paludismo no es liberal ni conservador, afecta a la gente del pueblo, a la gente de arriba no la afecta. (130)

Con este discurso de masas aseguraba no solamente votos del Partido Liberal, sino también del partido contrario. Sin embargo, Gaitán es asesinado, y en ese mismo día una turba de sus simpatizantes, en su mayoría personas trabajadoras que estaban cerca al lugar de los hechos, sale a las calles a protestar. La turba enfurecida se arma de escopetas e inicia una revuelta que pretendía derrocar al entonces presidente Ospina. El ejército y la policía salen a la calle y se hacen intercambios de disparos de todos lados, de tal modo que hay una gran cantidad de muertos. Al asesino de Gaitán lo matan a golpes cuando lo interrogaban a pocos metros del lugar en donde le disparó al candidato liberal repetidas veces.

En cuanto a los móviles del asesinato se tejen varias teorías como la propuesta por la hija del candidato asesinado quien explica que es muy probable que el asesinato haya estado muy bien premeditado puesto que había dentro de esa turba una gran cantidad de agitadores. Se presupone que llevaban galones de gasolina dispuestos de antemano para incendiar la zona de la Avenida Jiménez, en donde se encontraban la mayoría de las casas coloniales de algunas familias importantes de la época, y por donde pasaba el viejo tranvía. Se presume que las cifras van desde 500 muertos reportados por un cable de la Embajada Alemana hasta una cifra extraoficial de más de 3.000 víctimas. Los daños materiales correspondieron al incendio y posterior derrumbe de 142 construcciones incluyendo casas particulares, hoteles e iglesias del centro de la ciudad y múltiples

saqueos, siendo el tranvía otra víctima más del Bogotazo. Algunas familias importantes de la ciudad querían que el gobierno de la capital demoliese el tranvía para imponer un servicio de buses, que casualmente dominó las calles de la ciudad hasta finales del siglo XX. Incluso hoy en día quedan remanentes de estas empresas que aún operan muchas de las rutas de buses, que además de dejar bastantes ingresos económicos, no han permitido la implementación de otros medios de transporte masivos más eficaces para una ciudad del tamaño de Bogotá, es decir, que ha existido un monopolio del transporte masivo a manos de particulares como consecuencia de la destrucción del tranvía de Bogotá durante El Bogotazo del 9 de abril de 1948.

Es indudable que El Bogotazo marcó una época importante para la sociedad colombiana en todos los ámbitos. Booth afirma que: “Since the nineteenth century Colombia's two-party political system has been characterized by a deep-seated party identification. Allegiance to the Conservative and Liberal parties has crosscut virtually all social and economic strata” (657). Por causa del Bogotazo y de este bipartidismo recalcitrante promovido por las mismas clases dominantes, se dio inicio a un nuevo periodo de más violencia que parecía no tener fin. En cuanto al entretejido histórico del conflicto en Colombia Booth muestra acertadamente los antecedentes del mismo remontandonos al siglo anterior: “During the nineteenth century the Liberal and Conservative parties were in frequent and bitter conflict, culminating in the devastating War of a Thousand Days (1899-1902) in which 100,000 perished. Most of the combatants were peasants mobilized by hacienda owners in support of the parties” (657). Desde finales del siglo XIX y hasta la segunda mitad del siglo XX imperaba la

polarización social gracias a la influencia directa del bipartidismo cuyos abanderados principales eran las clases dominantes.

Los hechos sangrientos del siglo anterior aún tienen repercusión en la primera mitad del siglo XX, y se recrudecen después del magnicidio de Gaitán, con el que se inicia la época histórica denominada como La Violencia. Se trata de un periodo bastante oscuro de la historia colombiana, en el que el caos social se desplaza desde la ciudad capital hacia las zonas rurales. Al respecto Booth comenta:

In 1948 Gaitán was assassinated and Bogota was rocked for days by an enormous riot, the Bogotazo. Certain Liberal elements then initiated an uncoordinated, abortive attempt at revolution against the Conservatives by arming peasant bands. Conservatives then redoubled the use of arms against Liberals in rural areas. And thus, the deep-seated hatreds and the rapid distribution of weapons on both sides resulted in the snowballing of rural fighting after 1948. (659)

Efectivamente, por motivos políticos y económicos primordialmente, se desplaza esta lucha armada hacia las zonas remotas de la nación. Unos, a favor de los liberales, luchan contra los otros, a favor de los conservadores. Se producen una serie de masacres en fincas y haciendas pequeñas y medianas, y desprotegidas por la policía o el ejército. Como familias enteras eran asesinadas, los sobrevivientes, se armaban y buscaban a los asesinos del bando contrario, generando así un sinnúmero de muertes en ambos bandos. La Violencia fue un período de conmoción social y política que sacudió al país entre 1948 y que va más allá de los años cincuenta e incluso hasta mitad de los años sesenta. Las fechas difieren para muchos autores, que concuerdan en denominar al periodo como

La Violencia. Se trataba de la época perfecta que presentaba abundantes elementos que podrían contribuir con la praxis del escritor por lo intrincado de sus componentes. Para Gonzalo Sánchez et al en el libro titulado *Bandits, Peasants, and politics: The case of “La Violencia” in Colombia* (1983), ese periodo se ubica entre 1945 y 1965 porque hubo acontecimientos anteriores al Bogotazo y posteriores que avivaron la lucha armada y que dejaron como resultado la aparición de grupos armados beligerantes en el país:

The masses responded immediately to Gaitan ´s assesination with a widespread insurrection, although known as the Bogotazo, it was more organized, had a stronger political content, and lasted longer outside the capital, where Juntas Revolucionarias (revolutionary Boards), popular governments, and peasant militias were formed” (Sánchez et al 13).

Los intentos de apaciguar la situación del país con el Frente Nacional, o la repartición por cuatrienios del poder entre liberales y conservadores, no sirvieron para terminar por completo con la época de La Violencia. En Sánchez et al podemos ratificar este hecho:

La Violencia had not ended. During the first National Front governments, it would simply assume different characteristics. Hence, this was the beginning of a new phase, which would run from 1958 to 1965, the particular and dominant-though not only-expression of which was political *bandolerismo*. The scope of Colombian political banditry is unparalleled in twentieth-century

Western history. In 1964, once it had begun to decline, the movement included an estimate one hundred active *bandas* of armed peasants. (Sánchez et al 21)

Nunca se le ha visto a este periodo como una revuelta campesina armada, aunque existían elementos importantes en la repartición de tierras que generaban injusticias sociales y que podrían sugerir que sí lo fue. Además, como puede observarse, hay una ligera variación en cuanto a los años, si se le compara con otros autores; sin embargo, todos los autores coinciden en señalar este hecho histórico como el de mayor peso en la historia de la primera mitad del siglo XX en Colombia. Como ya sabemos, el suceso que acentuó la violencia en este período fue la muerte de Jorge Eliécer Gaitán. A partir del asesinato de Gaitán se desató una “confrontación violenta entre liberales y conservadores, que se agravó por el temor de la clase dirigente a la instauración de ideología comunista en Colombia” (Olaya 2). La ideología capitalista contra la comunista viene a jugar un papel importante en la aparición de grupos alzados en armas. Esta polarización ideológica es similar a la polarización de la lucha entre partidos, aunque con componentes muy diferentes. Como resultado de esta lucha bipartidista, queda el legado de los grupos guerrilleros que aparecieron como a causa del bandolerismo campesino inicial, que fue tomando fuerza y adoptando una ideología antagónica del sistema político del país.

Las dos últimas décadas del siglo XX también se ven manchadas por vendettas sangrientas, y por actos de intolerancia e ignorancia política. La diferencia principal entre la primera mitad del siglo XX y la segunda, es que en esta última se recrudece el estado del orden público y entran a escenario otros actores del conflicto armado que no estaban

presentes al iniciar el siglo. Los grupos de bandoleros del periodo de La Violencia son las bases para la aparición de los grupos guerrilleros que favorecen un discurso de izquierda y que luchan contra el gobierno establecido. Roban, secuestran y se dedican a actividades ilícitas. Luego aparecen los carteles del narcotráfico que se enfrenta contra la guerrilla por las zonas propicias para los cultivos ilícitos. Los terratenientes crean grupos de autodefensa que eventualmente se convierten en grupos paramilitares que se dedican a proteger las tierras de algún personaje importante, pero estos grupos también terminan cometiendo actos ilícitos, masacres, secuestros y robos. Durante las dos últimas décadas del siglo XX ocurren varios actos violentos como la toma del Palacio de Justicia por parte del grupo guerrillero M19, el cual asaltó el Palacio de Justicia en el centro de Bogotá y tomó cientos de rehenes, “entre ellos veinticuatro magistrados de la Corte Suprema de Justicia” (Castro 120). Unos años después hay bombas detonadas en varios centros comerciales de Bogotá, Medellín y Cali a causa de la guerra entre los carteles de la cocaína. La aparición de los carteles distribuidores de droga, especialmente de cocaína que se trafica en Norte América y Europa, y que deja jugosas ganancias económicas a los jefes de los carteles, genera guerras entre los mismos a causa del deseo de dominar las rutas de distribución de la droga. Antes del asesinato del jefe del cartel de Medellín, Pablo Escobar, ocurren varios atentados contra jueces, candidatos políticos opositores, periodistas, policías, educadores, etc. Uno de los actos más violentos de este periodo de carteles de la droga es el asesinato del candidato presidencial del partido liberal Luis Carlos Galán, con el que recrudece otra ola de violencia en el país. A diferencia de la primera mitad del siglo XX, esta nueva ola de violencia tiene muchas más variables en conflicto, es decir, los actores son muchos, al igual que los intereses de los mismos.

Durante estas dos épocas claramente diferenciables, es decir, por un lado, el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán en 1948, y por otro el asesinato de Luis Carlos Galán el 18 de agosto de 1989, se produce en lo literario una gran producción de novelas en las que se puede evidenciar una posible denuncia de la violencia por parte de los escritores colombianos. De esta primera ola de violencia podemos destacar a *El Cristo de Espaldas* (1952) de Eduardo Caballero Calderón, *Siervo sin tierra* (1955) del mismo autor, *El Día Señalado* (1960) de Manuel Mejía Vallejo, *La Mala Hora* (1962) de Gabriel García Márquez, *Cóndores no entierran todos los días* (1971) de Gustavo Álvarez Gardeazabal, y *Crónica de una muerte anunciada* (1981) de Gabriel García. En la segunda mitad del siglo XX, además de obras literarias, aparecen series de televisión, películas, y páginas Web en las cuales se puede también estudiar la representación del conflicto colombiano de ese periodo. *La Mala Hierba* (1982) de Juan Gossaín, *El Leopardo al Sol* (1993) de Laura Restrepo, *La Virgen de los Sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco, y *Angosta* (2004) de Hector Abad Faciolince son algunas de las obras más representativas de las últimas tres décadas del siglo XX.

iii. Estudios sobre violencia en general

La descripción de la violencia en general, no del periodo histórico colombiano, ha sido el objeto de estudio de algunos críticos en otros países de América Latina. Para este estudio es de particular importancia ver cómo se ha abordado la violencia desde otras latitudes y perspectivas, no exclusivamente literarias. Esto nos puede ayudar a comprender mejor el tema en cuestión para poder tener una visión macro del asunto.

Un estudio interesante fue el escrito por Nadine Haas (2010) titulado “Representaciones de la violencia en la literatura centroamericana”. Los efectos traumáticos del dolor producido a las víctimas, ha sido estudiado por Haas quien asegura que “La violencia se manifiesta de diferentes maneras: de manera directa en asaltos y asesinatos o de manera más indirecta en el miedo, la pobreza, la miseria o la contaminación” (Haas 17). En su estudio analiza las representaciones de la violencia en dos novelas del siglo XX cuyo objeto es el de denunciar los desmanes de las guerras civiles en Centroamérica. Haas afirma que *Días amarillos* (2009) no es impulsada sólo por la trama. No es una novela donde la acción sea el aspecto predominante, sino que se trata más bien de un retrato de la capital de Guatemala y de sus habitantes” (17). Los protagonistas están inmersos en la realidad de la violencia urbana que azota la región después de las guerras civiles, y que causa hondas heridas en la población civil. Haas también nos propone una relación directa entre el lenguaje y la violencia. Una relación estrecha en la que el lenguaje es el arma principal del protagonista que escribe en periódicos amarillistas y que se ve obligado a emplear un estilo morboso y cruel para “encontrar títulos que describan la violencia de tal manera que capten la atención de los lectores” (Haas 20). Este lenguaje violento parece contribuir con el morbo proveniente de los hechos sangrientos y avivar la llama misma de la violencia. Haas concluye sobre la importancia de analizar la situación de violencia de postguerra en Guatemala y El Salvador y sobre “la necesidad de tratar temas de delincuencia e inseguridad a nivel colectivo” (Haas 22). El hecho mismo de lograr que exista un aprendizaje dialógico al poner estos acontecimientos dentro del dominio público ayuda a sensibilizar a los lectores

y constituye una denuncia pública de los sucesos desagradables que ocurren al interior de una sociedad.

Los efectos traumáticos de la violencia pueden ser contados en forma de testimonio de los acontecimientos, es decir, dichos acontecimientos vienen a formar la memoria colectiva necesaria para que no quede impune, o en el olvido todo lo ocurrido. Teniendo esto en cuenta, vale la pena revisar el estudio titulado “Violencia Y literatura: Acerca de cómo conjurar el pasado traumático latinoamericano (en torno a la narrativa de Roberto Bolaño)” escrito por Paula Aguilar en torno a la memoria vista desde un texto literario. En él nos ofrece el análisis de un “relato en primera persona”, en el cual “se narran los procesos de edificación y significación de una memoria traumática gestada a partir de ese acontecimiento, que funciona como paradigma y metonimia del horror latinoamericano” (Aguilar 158). El concepto mismo de memoria traumática nos ayuda a ver el trasfondo de la violencia analizado a través de la visión de los sobrevivientes, que son en última instancia los que reviven a diario los acontecimientos que debieron haber padecido. Son hechos indelebles que no se pueden borrar de la mente. Se debe reconstruir la memoria colectiva que de otra manera se pueda perder en cifras estadísticas frías. Esta memoria es traumática y está apresada por el horror. “Se ancla en dos sitios: en el registro histórico, en el ámbito de lo real con la contundencia de lo ocurrido, con las cifras de los muertos, con la precisión del testimonio, con un “efecto de realidad”. Pero también, como experiencia traumática, lo real se vuelve fantasma, adquiere aristas irreales, convoca espectros” (Aguilar 158). El efecto de memoria dentro de un texto literario sirve como un recordatorio de los acontecimientos. La realidad ha tenido un efecto tan grande que incluso llega al terreno de la ficción, creando voces espectrales que no pueden dejar de

recordarnos lo sucedido. Aguilar concluye que es necesario denunciar la problemática de la amnesia selectiva proveniente de “una memoria política sujeta a una reparación modelada dentro de un sistema de resolución de conflictos” (Aguilar 166). No podría existir una verdadera reparación sin el ejercicio exhaustivo de todos los componentes de esta memoria. Es allí que los escritores deben analizar cuál ha sido su papel dentro del proceso de denuncia de los hechos. Nos parece que en el caso específico de la literatura colombiana del periodo propuesto se podría ver cómo los escritores han aportado unas voces espectrales que nos traen a la memoria el sufrimiento de las víctimas. De esta manera explican dialógicamente el conflicto de la época de La Violencia, que se podría ver como una especie de patrimonio colectivo indeseado, lo cual tiene mucha validez para los colombianos. Se podría pensar que los colombianos no han podido superar el trauma de muchos años de violencia indiscriminada en el país y que ven a los hechos del 9 de abril de 1948, y los años subsiguientes, como un trauma que se ha legado de generación en generación, al menos en las últimas cuatro o cinco generaciones de colombianos. También se puede afirmar que en la mayoría de ellos existe alguna narrativa sobre la época de La Violencia, que se solapa con la nueva ola de violencia¹ y narcotráfico de los últimos años del siglo XX. Tenemos entonces que pensar en el dolor real que se causa. Hay una inevitable descripción de unos hechos desagradables, incomunicables por la naturaleza misma de los hechos. Muchas veces las víctimas no

¹ Según Pecaut (891), desde 1980 “Colombia es nuevamente escenario de una desconcertante magnitud. Con una tasa de muertes cercana al 80 por 100.000 habitantes, se ubica a la cabeza de todos los países del mundo, con exclusión de aquellos que se encuentran en abierto estado de guerra. Colombia aventaja, por una considerable distancia, a los países latinoamericanos en los que la violencia constituye, sin embargo, un problema mayor. La tasa de homicidios es de 24,6 por 100.000 habitantes en Brasil, 22,9 en Panamá, 11,5 en Perú. Es de 12,2 en Sri Lanka, y de 8 en los Estados Unidos. Pecaut, Daniel, and Liliana González. "Presente, pasado y futuro de la violencia en Colombia." *Desarrollo Económico* (1997): 891-930. Print.

pueden contar lo que les ha ocurrido porque corren el riesgo de seguir siendo atacados o exterminados por sus agresores. Se podría ver a la atrocidad como algo que tiene un significado específico. La literatura entra a actuar como un agente que ayuda a estabilizar el horror y que prescribe fórmulas de rechazo. Al narrar un hecho traumático este se normativiza, o probablemente se ayuda a que éste se comprenda y a que haya un acto contestatario, generalmente en contra de dicho acto traumático. En el caso de la violencia generalizada como ocurrió en Centroamérica, se ha sugerido la reacción de la sociedad ante la violencia como un proceso de negociación. La sociedad percibe y reacciona ante la violencia y la delincuencia de alguna manera y esto depende del proceso de negociación de la definición misma de la violencia y la delincuencia o sea que “depende más del discurso sobre estos fenómenos— que de los actos de violencia o delincuencia como tales” (Huhn et al 80). Es en esta clave que funciona el mecanismo de análisis de la violencia. No puede existir una enunciación sin que exista un significado. Con esto nos referimos a que los autores que deciden usar narrativas de violencia en su praxis literaria pretenden hallarles un sentido a los hechos, además de denunciarlos. Los autores están en la búsqueda del trasfondo; de lo que no es tan evidente; de lo que no se ve, pero que sin embargo está ahí presente para ser analizado. En este sentido podemos ver cómo desde los inicios de la América Hispana ha habido esa necesidad de denunciar los hechos de violencia y de encontrar un significado que logre explicar, justificar o repudiar esos hechos. Es precisamente en el proceso de recuperación de los traumas que se escriben estas narrativas sobre dichos fenómenos.

Otro estudio que vale la pena recalcar por el enfoque particular que tiene, es el escrito por Héctor Galindo, Jorge A Restrepo y Fabio Sánchez de 2009, titulado

“Conflicto y pobreza en Colombia: un enfoque institucionalista”. Aunque este estudio no ofrece un análisis literario de la producción hecha sobre La Violencia, aporta una visión clara de las causas de la violencia en general, y de la aparente complicidad institucional en el conflicto de mediados del siglo XX en el país. Según estos autores, el conflicto es “causa de la pobreza en la medida en que produce destrucción y odio” (Restrepo 315). Aseguran además que la pobreza hace que los individuos se vean cada vez más involucrados en actividades criminales que produzcan dinero para poder sobrevivir y sostener a sus familias. Un estado que no trate de proporcionar las herramientas necesarias para que sus ciudadanos encuentren medios de sustento legítimos, y que por el contrario parece ensañarse en contra de ellos, es probablemente el causante de muchas de las problemáticas sociales que se evidencian diariamente en la nación. En la raíz misma de los conflictos armados de la nación hay un complejo conjunto de factores que contribuyen a generar dicho conflicto. Según estos autores hay un desbalance en las oportunidades de participación política, económica y cultural entre grupos diferentes al interior de la sociedad, y carencia de mecanismos participativos democráticos que involucren a todos en la solución pacífica de los problemas. Aseguran además que una de las falencias de gran parte de la literatura económica del país es que se han enfocado en demostrar que la pobreza es la consecuencia directa del conflicto, sin atender a la evidencia fundamental que evidencia que es prácticamente todo lo contrario, es decir, que es la pobreza la causante directa o indirecta del conflicto. Este enfoque institucional ayuda a percibir en las obras literarias de la época de la Violencia, un componente fundamental del conflicto que se soslaya en las narrativas del momento.

Otro estudio sobre la violencia en Colombia que vale la pena destacar fue escrito por Ruth Solarte titulado *Las representaciones de la mujer en la literatura de violencia: El universo narco-sicaresco de Rosario Tijeras de Jorge Franco*. Aunque este estudio no se centra en la época propuesta en nuestro estudio, nos interesa por la visión que aparezca de la influencia que pueda tener la época de La Violencia en el conflicto colombiano de las últimas décadas del siglo XX. En este estudio la autora examina cómo en las obras plásticas y literarias sobre la violencia se incluye a la mujer tanto como víctima como victimaria, e incluso como protagonista principal, ya sea como heroína o como mártir perjudicada por dicha problemática. La autora asegura que en los años cincuenta se presentó un periodo de producción literaria importante en Colombia, que va desde 1948 hasta los años setentas e incluso los ochentas, y que hay una continuidad de violencias, que no son estructuralmente idénticas y que poseen como componente importante al narcotráfico en las últimas tres décadas del siglo XX. “Treinta años después, más exactamente entre los años 1984 y 1993, la violencia hace su segunda irrupción con la aparición de Pablo Escobar y el narcoterrorismo” (Solarte 3). A diferencia de la Violencia de los años cincuenta, en esta ocasión el centro de los acontecimientos violentos deja de ser el campo y se sitúa en los centros urbanos, aunque claramente la violencia en el campo no desaparece del todo. Es en este ambiente nuevo que aparece la figura del sicario, o el asesino a sueldo al servicio de los patrones del narcotráfico del momento, que emplean sus servicios cuando quieren deshacerse de sus adversarios. El sicario es entonces un individuo que “opera a merced de un círculo consumista que actúa como motivante de sus acciones para alcanzar un bienestar material, el cual a su vez mercantiliza al sicario” (Solarte 3). La autora además afirma que se han escrito a partir de

los años 80 varias novelas² que representan el narcotráfico y el conflicto, además de la imagen misma del sicario, como un componente estructural muy importante de esta novelística. Estos nuevos componentes estructurales se suman a otros anteriores, que podrían entenderse como precursores, tales como la guerrilla, y los bandoleros de los años cincuenta y sesenta. Todos estos nuevos actores ayudan a generar la situación de conflicto que se vive en el país, avivando la llama de años anteriores y creando nuevas situaciones en las que cada vez aparecen más y más variables bastante complejas que ayudan a crear una nueva coyuntura política, social y económica que transforma de alguna manera la misma sensibilidad de la nación. Esta nueva sensibilidad permea las capas de la sociedad y cambia paradigmas anteriores. La imagen de la figura femenina es uno de estos cambios de paradigmas, según afirma Solarte. El papel de la mujer se ve ahora como un actor más del conflicto, que no necesariamente es diferente de lo vivido en la realidad social del país, puesto que, desde años anteriores, las mujeres siempre han tenido un papel importante en la lucha armada, como guerrilleras o bandoleras o como ayudantes de pájaros, o bandidos de la época de La Violencia. No se trata, de ninguna manera, de un nuevo papel anteriormente inexistente, sino que se ha venido transformando hasta llegar al periodo del sicariato, en el cual la mujer se convierte en un elemento mercantilizado por esa sociedad de la que ella hace parte, y en la que debe sobrevivir a cualquier precio. De este análisis se concluyen varios aspectos importantes de la novelística del conflicto armado persistente de las últimas décadas del siglo XX en

² Entre estas novelas se encuentran: *El sicario* (1988), de Mario Bahamon Dussan, *No nacimos pa' semilla* (1990), de Alonzo Salazar, *La virgen de los sicarios* (1993), de Fernando Vallejo, y *Sangre ajena* (1998), de Arturo Alape, entre otras. El tema del narcotráfico y el sicariato también fue desarrollado en producciones cinematográficas colombianas tales como *Rodrigo D no futuro* (1989) del director Víctor Gaviria, y la adaptación al cine de la novela *La virgen de los sicarios* en el año 2000 del director Barbet Schroeder.

Colombia. Se produce un fenómeno de producción artística en la cual la figura del narcotráfico es omnipresente, y en la cual se idealiza el papel del traficante como generador no solamente de ingresos económicos para sí y para sus secuaces, sino también para los políticos. Algunos personajes siniestros de la política nacional se ven involucrados de alguna manera en este negocio. También, se muestra como la figura de la mujer se ve trasformada de un ser que da la vida, a un ser que puede quitarle la vida a cualquiera en cualquier momento por la cantidad apropiada. Su cuerpo es un campo de esta violencia, ya que se transforma, y se ve exageradamente delgado a causa del uso de drogas. Este uso de drogas del sicario es necesario para que puedan soportar las vicisitudes de su labor sangrienta y descarnada. La figura de Rosario se ve trasformada por su labor económica, y por las pérdidas emocionales y familiares que ha tenido en esta lucha. Rosario no sólo se identifica con la muerte, sino que llega incluso a afirmar que ella misma es la muerte. Según la autora “Esta idea se ilustra con su representación gótica, la cual adquiere después de ser parte de un culto satánico, práctica común en la subcultura del sicariato” (Solarte 109). Existe además una representación del mundo marginal de las comunas de Medellín; un contexto bastante proclive o propenso al crimen del narcotráfico a causa de la pobreza de sus habitantes. Finalmente, además de la visión del narcotráfico, este estudio sirve como un vínculo de violencias distintas de años anteriores y la violencia nueva del conflicto en Colombia a finales del siglo XX, y comienzos del siglo XXI.

Salomé Arias Arévalo escribió un ensayo sociológico titulado “Memorias de un sobreviviente de la época de la Violencia de los años cincuenta”. Claramente, una perspectiva sociológica puede aportar en la lectura de las producciones literarias de la

época de la Violencia colombiana. En este análisis crítico, Arias asegura que a través de la historia colombiana se ha presentado un fenómeno bastante particular. Los ciudadanos del territorio nacional se han visto enfrentados a la “violación de sus derechos fundamentales” (Arias 416), agravado por el hecho de que se ha “vivido un encubrimiento de las faltas” (Arias 416). Obviamente, la época de La Violencia no es la excepción. Arias asevera que durante los años más cruentos de La Violencia entre 1946 y 1963 nos encontramos con un momento histórico que se caracteriza por “la amnistía por parte del Estado y los actores involucrados, generando las condiciones para una sociedad sin la capacidad de procesar lo experimentado” (416). De alguna manera se están produciendo las condiciones necesarias para insensibilizar a la propia población sobre los acontecimientos que ocurren en su interior. Se produce así una sociedad inerte que no recapacita y piensa en las causas del conflicto, y muchos menos en posibles soluciones, sino que por el contrario se ve supeditada a la repetición de los acontecimientos de violencia una y otra vez. Durante La Violencia se produce una fragmentación de lo fundamental de lo social, y una aniquilación de lo político caracterizado como una guerra de “mil cabezas” (416); una guerra entre clases, una guerra civil, de movimientos populares e incluso vandalismo, entre muchos otros factores contribuyentes. Arias asegura además que la Violencia no es más que el re despertar de unos resentimientos anteriores que vuelven a revivirse gracias a las coyunturas políticas especiales que caracterizaron a la época, lo cual no es muy diferente de la violencia actual proveniente del conflicto armado, que a su vez es producto de “secuelas de viejas heridas que han cicatrizado apenas por encima” (416). Para su investigación ancla sus conceptos teóricos en las teorías de Tzvetan Todorov sobre la memoria literal o memoria ejemplar. Narra la

experiencia biográfica de una persona que vivió en carne propia los horrores de la Violencia. También emplea algunos conceptos de Daniel Pécaut tomados de su artículo titulado “Memoria Imposible, Historia Imposible, Olvido imposible” (2004), en el cual dicho autor analiza las interrelaciones existentes entre las características del conflicto y la memoria que se tiene de éste. Las víctimas no pueden encontrar un sentido a tanta violencia y no pueden relacionar todos los elementos presentes en sus casos particulares. Dicha violencia se caracteriza por la pérdida de referentes espaciales, los actores de esta violencia no están bien definidos y la narrativa que se permite es la individual, subjetiva y descontextualizada. Todos estos elementos hacen inviable la construcción de memoria. Existe en cambio una memoria atemporal. “Se toman los procesos actuales de violencia como la repetición de la época de los cincuenta, y ésta última como la de las guerras civiles del siglo XIX. La violencia es percibida como un agente supra-terrenal, sin actores claros ni momentos fijos” (Arias 418). Todos esto hace que no se haya reconstruido la memoria en un relato histórico que contribuya con la creación de la misma. Dentro de los aspectos más relevantes que Arias muestra como aporte a la construcción de memoria, se encuentran algunos apartes de la entrevista que le hiciera a un sobreviviente de la violencia. Uno de los pasajes más relevantes es cuando el entrevistado recuerda vívidamente los camiones de muertos: “En el área urbana de Versalles, para mí fue impresionante un hecho. Yo a veces analizo eso y digo: ¡No puede ser!, ¡qué horror! Yo vi bajar de la montaña unas volquetas cargadas de cadáveres, chorreando sangre y no lo vi una vez, lo vi varias veces” (Arias 426). Arias asegura que la identidad política del entrevistado se asemeja a la de su padre, con una marcada simpatía por los liberales por quienes ha votado en diversas oportunidades en las elecciones. La filiación política de los

años cincuenta es primordial en la creación de identidad política, es decir, que los hechos históricos hacían que las personas fueran acérrimas defensoras de su partido, hasta un punto enfermizo que probablemente podría llevarlos hasta la muerte misma. Esta identidad política contrasta con el hecho de que el entrevistado hubiera estado al cuidado de una familia conservadora, de la cual mantiene recuerdos positivos. Arias asegura que la posición política del entrevistado concuerda con los hechos históricos y con el hecho de que pertenecer a un partido u otro servía como elemento en la construcción de identidad. El entrevistado identifica a los actores del conflicto como varios familiares suyos. A unos tíos (conservadores). Entre los liberales se encontraba su padre, y gran parte de su familia, y algunos allegados. Identifica a la policía y a la Iglesia como copartidarios de los conservadores. Sobre estos últimos afirma que:

En esta época era muy común. De noche aparecían unos carros fantasmas curiosamente negros, cargados de bandidos armados. La tipología era el sombrero, y la ruana. Aparecían dando bala y sí tenían ubicado un personaje liberal, a veces tumbaban la puerta y lo mataban, en el mejor de los casos. Esos eran los famosos carros fantasmas. (427)

Esta es una descripción que aporta elementos sobre las identidades de los victimarios, aunque no aporta nombres que los identifiquen. Sobre la Iglesia asegura:

Lo que te voy a decir lo viví, lo palpé. Yo vi sentado en una banca de la plaza principal de Versalles, el parque principal, al cura párroco del pueblo, vestido con su sotana [...] repartiendo armas a los conservadores del pueblo para que se defendieran de los liberales, hijos del diablo,

comunistas, que había que matar. Era con beneplácito del Alcalde, de la policía. ¡Terrible eso! ¡Terrible! (428)

En los recuentos históricos de tradición oral de la Violencia esta es una imagen bastante repetida. De nuevo hay una descripción clara de un miembro de la Iglesia abiertamente luchando en contra de un aparente adversario político, pero de nuevo, es difícil establecer identidades, que sin embargo pueden ser verificables. De otro lado identifica a la policía como los actores estatales presentes en el conflicto. Al ver a la policía prefiere escapar que confiar en su presencia: “Yo me encuentro con un muerto, bien matado. Tenía un pedazo de madera enterrado en el corazón [...] Yo me asusto y salgo corriendo, cuando en la curva veo que viene la policía, más corro” (429).

Finalmente, hace una descripción de los liberales a quienes identifica como personas que ayudaban a su padre durante el periodo de persecuciones políticas, motivo por el cual se tiene que separar de su familia. El entrevistado presenta a un personaje, abogado de nombre Carlos Holmes Trujillo García, quien, pese a ser perteneciente al partido liberal no actuó en favor de su padre, ya que desistió de defenderlo ante un cargo impuesto que era injusto:

Mi mamá con la inocencia de que un Liberal defendía a un Liberal inocente. Él la atendió, la escuchó. Al final le dijo: “Doña Carmen, yo defiende a Abelardo si me paga dos o tres millones de pesos” ¡De la época! Mi mamá muy inteligente le dice: “Doctor Carlos Holmes si usted por defender a un liberal inocente cobra tanto, no tengo condiciones de pagar tanto”. (429)

No se trata de un liberal bueno que defienda a otro liberal, sino más bien de un liberal con intereses y que en vez de defender a su copartidario, no parece querer tenderle una mano. Finalmente, Arias concluye que el entrevistado tiene una memoria literal. “Se presenta cierta yuxtaposición de los tiempos, hay presencia de dolor y la violencia se percibe como un agente supra-terrenal” (Arias 429). Los traumas mismos sirven para explicar lo sucedido, pero no parece existir una correlación de todos los hechos en forma clara. En su identidad se nota claramente que ser miembro del partido liberal lo identifica como víctima del conflicto, y que ve a la contraparte política reflejada en la Iglesia, la policía y en general, a los conservadores como los victimarios. “Sin embargo estas divisiones poseen ambivalencia” (429). La memoria del individuo parece basarse en los traumatismos. Asegura que no hay una versión histórica de lo que sucedió en esta época sino versiones singulares individuales. Sin embargo, nos parece que estas versiones sirven para apreciar desde perspectivas personales específicas el espejo roto de la Violencia. La socióloga sirve para poder abordar el problema de la violencia, sus causas y consecuencias. Esto es de particular importancia para la creación de memoria y para que se establezcan mecanismos de aceptación de culpas, necesario para que exista una verdadera reparación de víctimas.

iv. Estudios literarios sobre la época de La Violencia

Como vimos anteriormente, se han hecho varios estudios sobre las distintas formas de violencia que han brotado en el país en varias décadas. Dichos estudios provienen de varias perspectivas que van desde los estudios sociales e históricos, hasta los literarios. En esta sección, nos incumben particularmente los estudios literarios que se han escrito

sobre la época de La Violencia, para poder tener una visión global del asunto en cuestión. Se pretende también concluir sobre las virtudes o falencias de estos trabajos y poder proponer una nueva aproximación a este objeto de estudio. Debemos aclarar que se incluyen algunos estudios que recorren la época de La Violencia, o mejor, que se remontan a ella para poder explicar las raíces del conflicto armado de finales del siglo XX en el país.

Gerardo Suárez Rendón escribió en el año de 1966 un estudio titulado “La novela sobre la violencia en Colombia”. En este estudio, Suarez establece el periodo de estudio entre 1946 y 1965. Esta delimitación temporal le permite dividir su trabajo en dos partes. En la primera parte presenta las instituciones nacionales y su aparente acercamiento o distanciamiento con el conflicto, de acuerdo a una perspectiva sociológica. Esta parte denota el compromiso estatal con el conflicto visto como la representación de las partes más evidentes involucradas en él, es decir, los partidos políticos, tanto el liberal como el conservador, la policía y el ejército, y el Clero entre otros. En la segunda parte de su trabajo subdivide el mismo en tres secciones fundamentales. En la primera sección examina la relación existente entre la novela como producción literaria y el tema de la violencia; en la segunda sección se dedica a analizar el valor testimonial de este tipo de producción literaria, es decir, la forma en la que esta literatura aporta descripciones validas de los sucesos históricos ocurridos por aquella época que ayuden a esclarecer las razones primordiales de los acontecimientos. En la última sección, Suárez hace un análisis estructural de las obras literarias teniendo en cuenta cronotopos, personajes, temalogía, aspectos léxicos y gramaticales, además de las características psicológicas de algunos de los personajes. Aunque este tipo de distribución en su análisis parece a

simple vista ser bastante completo, quedan por fuera del mismo los componentes estructurales del conflicto que no son evidentes a simple vista. No hay un análisis de las causas que llevan a que las partes entren en conflicto. El autor hace unas valoraciones que se basan en lo estético y arguye cierto compromiso partidista de parte de los autores, que caen en una “pasión sectaria que les movió su pluma” (133). Se trata de una afirmación apresurada que desconoce el contexto general de las obras y los autores que las escribieron. Sin embargo, sí está claro que al analizar diversas producciones literarias post Bogotazo, nos enfrentamos a textos que no pueden ser vistos como obras literarias sino como simples intentos de dejar testimonios escritos. Troncoso afirma que tales testimonios presentan tintes políticos claros puesto que las obras están escritas “en su mayoría por autores liberales, planteando la problemática del compromiso político del escritor” (31). Óscar Osorio, en su ensayo titulado “Siete estudios sobre la novela de la Violencia en Colombia, una evaluación crítica y una nueva perspectiva”, afirma que el trabajo de Suárez “está viciado (comprometido) por la posición ideológica del tesista que no logra tomar la necesaria distancia ideológica en el análisis tanto del fenómeno político como de las novelas” (88).

Contemporáneo con análisis de Suarez Rendón es el de Robert Kirsner escrito en una reseña crítica sobre algunas obras ejemplares de la literatura de La Violencia titulado “Four Colombian novels of La Violencia”. Inicia su breve reseña crítica con una descripción del contexto político del país antes e inmediatamente después del asesinato de Gaitán. Hace especial énfasis en la polarización bipartidista del país de aquella época, y la señala como la posible responsable de esta oleada de violencia generalizada del momento. Con esta violencia inicial bipartidista se dan los elementos necesarios para la

creación de guerrillas que ayudan a incrementar el problema en las zonas de conflicto. Para los jóvenes se trata de una nueva ola de violencia que incluye a estos grupos de antisociales, y para los viejos es una forma nueva de retaliación fundamentados en luchas del pasado no muy lejano. Aún se percibe el efecto claramente polarizador de la política bipartidista. Según Kirsner el tema de la violencia como tal probablemente ha sido ignorado por los críticos literarios locales, aunque claramente no se puede negar la influencia directa de este tema en la producción literaria de la segunda mitad del siglo XX. Para poder comprender esta novelística hay que comprender los fenómenos sociales del momento.

[The] fact is that some of the most important Colombian novels of the last decade can be fully understood only if we are sensitive to the social conditions out of which the novelists have forged a new reality. La Violencia is no less significant to the understanding of much of Colombian contemporary literature than is the awareness of the racial situation in the appreciation of much of ours. (70)

Kirsner ve en los fenómenos sociales de una región, los componentes esenciales para la comprensión de la producción literaria. Tal vez en algunos casos sea la guerra, como en el caso colombiano de La Violencia, y en otras latitudes pueden ser fenómenos raciales, que producen intolerancia e injusticias, las cuales son empleadas como elementos esenciales al momento de producir literatura a nivel local. Para apreciar en su totalidad este tipo de novelística hay que comprender dichos fenómenos anclados en las realidades locales. Kirsner incluye en su análisis una novela de Ernesto León Herrera titulada *Lo que el cielo no perdona, novela histórica* (1954). La publicación de dicha

novela había sido prohibida por el gobierno conservador del momento. Por este motivo obtener una copia de la misma era bastante difícil al momento de hacer su análisis.

Kirsner asegura que la obra “is not great literature” (70), pero no es ni mejor ni peor que otras obras escritas por los mismos años en Colombia o en otros lugares. Asegura que la falla principal de esa novela es la filiación política aparentemente liberal que ella posee. Se nota la intención de mostrar una supuesta coalición entre el gobierno conservador y la Iglesia, lo cual desencadena en los actos iniciales de violencia, es decir, que se les ve como los responsables directos de las primeras hostilidades bipartidistas. En lo literario Kirsner percibe que la obra es un tratado en defensa de los guerrilleros. El padre que conoce bien la situación política y sabe de las necesidades y sufrimientos de los parroquianos pobres es quien se rebela en contra de estas injusticias y se convierte en rebelde alzado en armas. Kirsner asegura que, aunque la obra carece de elementos literarios rescatables, sí sirve para comprender el fenómeno de La Violencia. Tal vez el hecho de que haya sido tan inquisidora sobre los orígenes del conflicto haya servido para su exclusión del panorama literario, por las verdades en ella descritas. Sin embargo, la obra constituye un testimonio que debe ser apreciado tanto por literatos como por historiadores. En cuanto a lo literario, Kirsner hace un contraste evidente entre la novela anteriormente descrita y *El Cristo de Espaldas* (1953) de Eduardo Caballero Calderón, “because of its high literary merits” (71). En su estructura interna se destaca el desarrollo del padre, quien es el personaje principal de la misma, y que a su vez se decide a resolver un crimen cometido en la región por el momento de su llegada a la parroquia. Kirsner asegura que la búsqueda de este personaje de la verdad y justicia, lleva a los lectores a obtener una perspectiva histórica de La Violencia. Los liberales en esta novela se ven

obligados a escapar hacia los llanos orientales ya que su maleva contraparte política tiene la ley y las armas a su favor, y no dudan en emplearlas en su beneficio. Además, asegura que la caracterización introspectiva del joven cura es excelente. El personaje se enfrenta a los acertijos que le plantea la región y sus feligreses. Es un hombre comprometido con su fe y poder develar esos acertijos no le ha contribuido en el plano personal, ya que no ha podido acertar sobre el suyo propio. En la introducción del libro, Kirsner incluye los versos dieciséis al veintidós del capítulo X de San Mateo. Las palabras finales del libro contienen una alusión religiosa evidente: “¡Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen!” (Kirsner 71). Esto es lo que les dice el cura a sus superiores que lo castigan por inmiscuirse en los asuntos locales, motivo por el cual es removido de sus funciones en su parroquia. La crítica que hace Kirsner del texto es muy favorable, ya que considera todos los aspectos relevantes del mismo, especialmente la relación de la Iglesia y el conflicto, no como actor directo, pero si como involucrado en las acciones de las congregaciones, y que se ven en la necesidad de tomar partido de alguna manera, aunque no sea directa. Esas acciones hacen que los altos mandos de la Iglesia impongan su concepción del papel de la misma en el conflicto, así esté en contradicción con los mismos preceptos por ella establecidos. La tercera obra que Kirsner analiza en su trabajo es *La mala hora* de Gabriel García Márquez. Dicha obra fue la ganadora del Premio Esso de literatura del año 1961, motivo por el cual logró ser publicada y distribuida por varios países de habla hispana incluida España, donde fue publicada un año después de la obtención del premio. Kirsner asegura que la obra de García Márquez presenta los horrores internos de la Violencia con una técnica narrativa similar a la de *El Cristo de Espaldas*. En ambas obras hay un crimen, o un misterio por revelar. En el caso de *La mala hora* hay un misterio que

envuelve el pasaje de los pasquines. Los pasquines son escritos anónimamente y contienen verdades bien conocidas de algunos de los habitantes de la región. Estos pasquines contienen chismes y embustes, en algunos casos, y verdades a pleno sol, en otros casos. El efecto que dicha anonimidad causa en la región es la de generar miedo y desconfianza entre la población. Cada familia siente pavor de que algunos de sus secretos más oscuros o íntimos sean revelados. Sin embargo, el misterio no se resuelve por completo, y los pasquines vendrían a funcionar a favor de las guerrillas revolucionarias que buscan desestabilizar tanto la población como el gobierno local. Kirsner asegura también que la obra fue escrita en una época bastante candente, por la proximidad con el fenómeno histórico que recrea, y por los posibles compromisos ideológicos bipartidistas que critica. La obra termina dejando una sensación de guerra y aseverando que Colombia no está lista para la paz, y que hay guerrilla por todas partes, aunque algunos personajes aseguran no haber visto nada. Finalmente, Kirsner termina su análisis con la obra *El día señalado* de Manuel Mejía Vallejo. Asegura que dicha obra es bastante sobresaliente y más digna de recibir un premio Nadal que varios de los libros que han recibido ese premio recientemente. Describe las alegrías y tristezas de los habitantes de la población de Tambo, según Kirsner. Además, agrega que el pueblo parece estar sucumbiendo al odio durante la época de la Violencia. Es en este tiempo que el cura y el sepulturero parecen ser los únicos habitantes de la población que trabajan regularmente. El prólogo comienza con el epitafio de un hombre sencillo que ha muerto a causa de la violencia. Un hombre que amaba a su mujer, su caballo y su guitarra. El hombre murió tratando de recuperar a su caballo que fue robado por los soldados. A pesar de todas estas vicisitudes, José Manuel no es un hombre amargado según Kirsner. Sentía una profunda lastima por

el mundo a su alrededor y por todo aquello que no funcionaba bien en él. Pero este personaje amaba la vida, a pesar de sus contratiempos. Después de su muerte, como es de esperarse, la vida continúa igual que antes, igual que siempre, así ya no se esté en este mundo. En la población se escuchaban los rumores sobre lo que le había sucedido a este hombre, pero ni el gobierno ni dios mismo parecía inmutarse por dichos acontecimientos. Hasta su propia madre que le quería mucho, siguió por el camino de la vida con su existencia monótona. Kirsner asegura que en tan sólo seis páginas se encuentra toda la existencia de un hombre, y que esta constituye el coro principal, o una especie de estribillo principal del trabajo del autor. La obra presenta, al igual que otras contemporáneas la inevitable crueldad de la Violencia. Muestra las personas ejecutadas violentamente. Hay personas decapitadas, mutiladas, y madres a las que les sacaron sus hijos de los vientres. En fin, una increíble cantidad de hechos espeluznantes que enmarcan las realidades sangrientas de la época, lo cual es verificable en los datos históricos de la nación. Según Kirsner, La Violencia no es la preocupación principal del autor. Las circunstancias desagradables y sangrientas de las vidas de los personajes se ven reivindicadas por el hecho de ser personas que intentan con todas sus fuerzas de sobrevivir y superar todo ese conflicto en torno suyo, y del cual no pueden escapar, ni pueden cambiar. Sin embargo, a pesar de toda esta maldad, son personajes que demuestran lo importante de la vida, lo importante de vivir y el esfuerzo por llevar una vida normal en paz y armonía, lo cual se les arrebató de las manos por factores externos más fuertes que ellos. El libro deja una sensación de tranquilidad porque el personaje misterioso que busca venganza por la muerte de su madre, finalmente deja a un lado su deseo de sangre, en un giro repentino en el cual se denota que el bien triunfa sobre el mal,

y en el cual el amor es la única respuesta a todo ese odio alrededor. Según Kirsner hay un contraste interesante porque aunque el autor evidentemente simpatiza con los guerrilleros, sus sentimientos de pena y remordimiento no muestra límites. Hasta los personajes más sangrientos muestran algún grado de remordimiento y de pena por sus acciones. Estos personajes no son guerrilleros sino soldados asesinos, como por ejemplo el sargento Mataya, que a pesar de sus actos claramente criminales se cuestiona a sí mismo por sus acciones, y llega incluso a preguntarse cómo habría hecho él al mundo si hubiese sido Dios. Con estos cuestionamientos se puede apreciar una inclinación hacia el bien, aunque predomina en él el instinto malevo. Kirsner termina asegurando que no todos los personajes del libro muestran esas características de arrepentimiento, y que si todos los personajes lo hicieran, el libro perdería un rasgo distintivo importante y se convertiría en un cuento de hadas. A pesar de que se vea la época con desesperación o con optimismo por el futuro, la realidad de La Violencia es la preocupación principal del autor, como lo es también para otros escritores del momento. Finalmente, Kirsner muy someramente describe cuatro de las novelas que a su parecer son de las más representativas de todas aquellas escritas durante la época de La Violencia. No muestra una tesis concisa sobre ninguna de ellas, pero sin embargo hace un análisis sencillo y rápido que no va más allá de la descripción de algunos personajes y de algunos pasajes de las obras, sin estudiar detenidamente otras circunstancias que pueden ser leídas de las páginas de estos mismos libros.

Gustavo Álvarez Gardeazabal escribió en 1970 un estudio titulado *La novelística de la violencia en Colombia*, en la que las delimitaciones temporales corresponden a los años de 1946 hasta 1956. En este estudio el escritor afirma que existen tres segmentos

estructurales que le dan forma a la literatura de la violencia en Colombia. En un primer segmento se encontrarían los textos escritos especialmente después de los hechos del nueve de abril de 1948. Dichos textos son en su gran mayoría, como lo verifica Troncoso, carentes de virtudes literarias puesto que fueron escritos por autores desconocidos, que no se dedicaban profesionalmente a la literatura, y cuyo objeto primordial era el de dejar un testimonio para la posteridad de los hechos ocurridos en aquella época. Estos textos, sin embargo, representan aportes viables a la discusión sobre historicismo e historia. El simple hecho de que hayan sido escritos por alguien, implica la subjetividad que entra en juego al momento mismo de ser plasmados en el papel. Aunque carezcan de valor literario profundo, si pueden tener valor histórico y testimonial, pero al igual que en el caso de la ficción literaria, habría que dilucidar qué tanto es verídico y qué tanto es manipulación del autor. Este segmento estructural es denominado como “recuento” por dichas características testimoniales. En el segundo segmento, o segmento de “búsqueda”, nos encontramos con un grupo mucho más reducido que el anterior, ya que los autores son escritores profesionales de larga data, que se dedican al oficio literario, en clara distinción con el segmento anterior. Dichos autores presentan un afán de búsqueda estética que plasme la esencia del fenómeno social y del momento histórico. Según Álvarez Gardezabal, los escritores en su afán “intentaron asimilar el fenómeno, por cualquiera de sus aspectos, en busca de una caracterización estética de él” (99). En el último segmento, Álvarez Gardezabal ubica a “los autores consagrados”. Obviamente se trata de un segmento muchísimo más selecto que los dos anteriores, en el que pone a escritores reconocidos por la crítica del momento tales como García Márquez, Eduardo Caballero Calderón, y Manuel Mejía Vallejo. Estos autores son los que han logrado

plasmar la esencia de La Violencia meritoriamente y por eso sus obras tienen un lugar especial en el campo literario nacional. Esta tipología de la narrativa de la violencia está mucho más acorde con la realidad histórica de la época de La Violencia, y con la aparente manipulación política de las clases altas que arguye el autor. Muy estéticamente estas obras representan la manipulación de las masas por parte de los terratenientes, o de los personajes políticos locales que mueven intereses y conciencias de acuerdo con sus necesidades. Este estudio hace a un lado otros tipos de aproximaciones al problema de violencia que pueden ser estudiados como, por ejemplo, los estudios de género, feminismo, estudios culturales, estudios de traumas, e incluso estudios lingüísticos y semánticos del fenómeno.

Laura Restrepo hizo un estudio en 1976 titulado “Niveles de realidad en la literatura colombiana”. En este estudio Restrepo se centra más en la interpretación del fenómeno como tal que en una recopilación histórica detallada ceñida a los acontecimientos sociales del momento. En su tesis propone que hay factores externos a la vida rural, como, por ejemplo, el comunismo que influyen en las acciones de estos campesinos pobres e iletrados que ven en la lucha armada la única manera de defenderse de los abates de una clase superior que los apabulla en todo sentido. Estaríamos frente a una lucha de clases en la cual se enfrentan los intereses de los terratenientes con sus políticas capitalistas contra los pequeños propietarios de tierra y los trabajadores de la misma. Asegura que la aparición de la literatura sobre la violencia en Colombia ha provocado como resultado más de tres décadas de narrativa sobre dicho conflicto armado, aunque no especifica ni cuando empieza ni hasta donde se extiende exactamente. Tampoco deja claro si esta tendencia narrativa ha llegado a su límite o si por el contrario queda mucho por verse

sobre este periodo en cuanto a producción literaria se refiere. Por otro lado, afirma que este tipo de literatura ha evolucionado de una producción poco meritoria hasta llegar a obras de gran calibre literario. En una primera instancia se producía en lo literario tan solo una especie de inventario “de muertos y horrores registrados por las primeras denuncias” (127). No existía una narrativa estructurada, sino que todo se limitaba a la denuncia y al registro testimonial de los hechos ocurridos. Los personajes se presentan como prototípicos y carentes de identidad creíble dentro de estas narrativas y solo son empleados por los autores para plantear sus propias tesis sobre los sucesos, aunque paulatinamente fueron evolucionando estas construcciones de personajes a formas menos maniqueístas o esquemáticas. Se pasó paulatinamente de las descripciones visuales de la manera como se asesinaba a las personas a obras en las cuales se lograba plasmar la esencia de la violencia con tan solo un crimen, que ejemplifica o magnifica estéticamente el horror del periodo sin tener que dar detalles amarillistas de los hechos. Sin embargo, su valor testimonial es evidente y no se debe dejar de apreciar su valor en este sentido. Estas primeras obras o intentos estéticos de mostrar una realidad vivida en el momento tienen un valor especial para la memoria testimonial colectiva, que no se debe perder y que se debe esclarecer. Los autores establecen ciertos niveles de realidad a medida que se adentran en sus relatos, es decir, que en algunas partes específicas se limitan a describir los sucesos casi que exactamente igual como ocurrieron, mientras que en otras partes hacen creaciones literarias bastante subjetivas, pero ceñidas a la realidad. Esta misma escritora colombiana hace una combinación de diferentes técnicas en su trabajo creativo. Mezcla el periodismo, y sus técnicas narrativas con elementos tomados de la historia, y con elementos literarios. De esta manera crea un texto híbrido entre el periodismo y la

literatura. Es tal vez por ese motivo que está muy consciente de estos niveles de realidad y los puede identificar en los trabajos de otros escritores con mucha habilidad.

Hacia 1985, Manuel Antonio Arango escribió un ensayo titulado “Gabriel García Márquez y la novela de la violencia en Colombia”. En este trabajo se establece en periodo de la Violencia entre los años de 1946 y 1965, es decir, un par de años antes del asesinato de Jorge Eliecer Gaitán. De tal manera se sugiere que hubo sucesos anteriores a la muerte de Gaitán que contribuyeron al enfrentamiento bipartidista tan evidente después de 1948. Pero, el bipartidismo desde sus mismos inicios en el siglo XIX viene a ejercer una fuerza polarizadora social que parece desgarrar la sociedad misma en vez de unificarla hacia objetivos comunes. El fenómeno del bipartidismo ayuda de alguna manera a crear los componentes necesarios para que se dé la “novela de la violencia”, que por sus características estructurales correspondería a un trabajo literario comprometido con uno u otro partido. Arango sugiere que los autores escriben por lo general una historia sobre una tragedia y esperan que los lectores sean partícipes y sientan empatía por los personajes y lo que les sucede. Asegura a su vez que el país es uno de los países de la región con más “tradicón hispánica” (13), por lo tanto, se hereda del hombre español un fanatismo cerrado que lo limita a no aceptar ciertas cosas, como por ejemplo la aceptación de las causas reales de la violencia. Esto se puede interpretar como la necesidad con la que se tratan varios aspectos de la vida en sociedad, como por ejemplo la política. No importa el bien común sino el beneficio personal, o del partido, es decir, se puede sacar un beneficio particular de la actividad proselitista que beneficia a aquellos que compartan mis ideales, pero se perjudica a todos aquellos contrarios ideológicamente. Este tipo de actitud mental perjudica las relaciones económicas,

interpersonales, financieras, etc., y causa consecuentemente luchas por la defensa de los intereses de cada partido. Evidentemente, a través del siglo XIX y del siglo XX se ven las consecuencias bélicas de estas desavenencias ideológicas, que se traducen en guerras en distintos periodos históricos, con los resultados sangrientos ya conocidos. En esta manipulación de intereses partidistas caen como víctimas ideológicas las masas de campesinos ignorantes y analfabetas de las distintas regiones. Estas masas son utilizadas fácilmente en la consecución de los objetivos particulares de los partidos, y por ende son las que arrojan más muertos a las estadísticas históricas del conflicto. Son víctimas de su propia ignorancia y de su vulnerabilidad por encontrarse en zonas remotas en las cuales muy pocos se enteran de los acontecimientos. También se encuentran en zonas de particular interés para los terratenientes que desean aumentar sus posesiones, convirtiéndose en objetivos militares a su vez. Dentro de este contexto describe la novela de La Violencia como una narrativa que “surge de estos hechos” (Arango 96). A su vez, curiosamente dentro de esta categoría incluye a 3 obras importantes de Gabriel García Márquez: *Cien años de soledad*, *La hojarasca* y *La casa grande*. Estos libros incluidos por Arango no deberían estar incluidos dentro de la delimitación temporal que ha dado de su estudio porque ellos se ubican en periodos históricos anteriores y posteriores a los que él mismo ha establecido. Si bien es cierto que tienen narrativas de violencias, no son estructuralmente ni estéticamente encasillables en el género de la novela de la Violencia. Aunque estas obras sí tienen mucho que aportar al entendimiento del fenómeno del bipartidismo, en el caso particular de *Cien años de soledad*, hay que hacer una distinción historicista de las violencias que en ella se representan. En ella, García Márquez nos presenta personajes de filiación política liberal en la Guerra de los Mil Días, del siglo

XIX. Además, transcurren acontecimientos importantes de la vida nacional que son representados en la novela y que son plenamente identificables. Dichos acontecimientos pertenecen a los inicios del siglo XX. Por esta razón no es clara esta delimitación histórica que hace Arango al inicio de su trabajo, ya que tendría que abarcar casi dos siglos. No parece estar claro el por qué una temática de violencias anteriores sea entremezclada con la época de La Violencia. Podría tal vez ser representativa de algunos episodios de dicho periodo en la representación diacrónica que se hace de la vida nacional de los últimos dos siglos, pero no es apropiado catalogarla como novela de La Violencia. Como vemos, en este estudio no hay una ni delimitación ni una definición completa de la época de La Violencia. Tampoco se hace una distinción entre los términos. Las palabras violencia, violencias y La Violencia parecen ser intercambiables. Debería haberse establecido una diferenciación clara tanto de los términos como de los periodos históricos que se pretenden abarcar. A pesar de que el corpus establecido tiene obras de autores representativos de la época en cuestión, además de ser escritas en dicho periodo, el autor no hace un recuento de las diferencias estructurales entre las primeras obras y aquellas escritas después a manera de análisis de la evolución de dichas narrativas. Finalmente, aunque sí ofrece explicaciones al fenómeno de La Violencia como tal desde el punto de vista político, existen muchas otras variables importantes que no son tenidas en cuenta y que ni siquiera se mencionan tales como la violencia contra la mujer, los discursos de poder en pugna en los altos estamentos sociales, educativos, laborales, y policiales, etc.

Por el año de 1997, Augusto Escobar Mesa escribió un estudio titulado “Literatura y violencia en la línea de fuego”. En este trabajo delimita la época de La Violencia entre

los años de 1947 y 1965. Asegura que para la clase dominante dicha época representa “un estigma que ha pretendido borrar por todos los medios” (321). De acuerdo con sus planteamientos, es la clase dirigente la que crea el “clima de conflicto” (321) propicio que desencadenó en una guerra civil sin cuartel que se prolongó por “casi veinte años” (321). No parecen coincidir las fechas que propone al inicio de su estudio con las aseveraciones que él mismo hace al respecto de la duración del mismo. Esto es particularmente interesante ya que en muchos estudios se hace referencia a unos años anteriores y posteriores al Bogotazo en los que recrudecieron los hechos de violencia generalizada en el país. Sin embargo, no se ofrece una fecha específica ni del inicio ni del final del mismo. Por el contrario, se hacen aproximaciones temporales que no parecen concordar con la realidad del conflicto en el país. Asegura además que por sus implicaciones a todo nivel se trata de la época más impactante del siglo XX en Colombia, que de alguna manera permea todos los estamentos sociales, e incluso artísticos. En cuanto a las explicaciones del asunto en cuestión, asegura que se han dado tesis que van desde lo económico hasta lo cultural y étnico. Estas tesis ayudan de alguna manera a encontrar una explicación más plausible del fenómeno, pero dejan campos inexplorados en los que bien vale la pena internarse. La realidad del asunto, según Escobar Mesa es que durante muchos años se instaura en el país un “imperio del terror” (322) cuya zona de influencia principal se encontraba ubicada en las zonas rurales. De tal manera que son los campesinos los que lidian con este conflicto, y son las víctimas principales del mismo. Al campesino se le amenaza, y persigue para así poder ser despojados de sus tierras, o forzados a venderlas a un menor precio. La mayoría de estos campesinos vislumbran el éxodo hacia las grandes ciudades como la única manera de poder seguir viviendo

dignamente. Es tal vez por tal motivo que hubo un crecimiento exponencial de las zonas urbanas durante estos años. En su estudio hace referencia al texto de Caballero Calderón, *El cristo de espaldas*, como una aproximación estética en la cual el protagonista se pregunta cómo tanto enañamiento contra el pueblo genera tal estado de descomposición social. Nos parece muy acertado la aseveración que hace en cuanto a la memoria o, mejor, desmemoria del conflicto. Para algunos intelectuales y para la clase dirigente es bastante apropiado tratar a toda costa de que se olviden los sucesos de la realidad, e impedir que se investigue profundamente las causas del conflicto. Con esta manera de “eludir la realidad” (322) se logra evadir responsabilidades. Pero es el pueblo el que no debe olvidar, y el que en verdad debe cuestionar las versiones oficiales. La verdad del asunto es que son los mismos intelectuales los que han mantenida viva la llama de los acontecimientos a través de los años con el fin de poder esclarecer los hechos algún día. Nos parece que en su mayoría no han sido campesinos, ni personas iletradas las que han indagado sobre la época de La Violencia en diversas ramas, pero que gracias a ellos es que tenemos una visión más clara, aunque no lo suficientemente analizada del conflicto de mediados del siglo XX en Colombia. Escobar Mesa arguye que ha habido varias etapas que ha dado la literatura colombiana.

En una primera etapa, la literatura sigue paso a paso los hechos históricos. Toma el rumbo de la violencia y se pierde en el laberinto de muertos y de escenas de horror. Se nutre y depende absolutamente de la historia. Pero poco a poco, a medida que la violencia adquiere una coloración distinta al azul y rojo de los

bandos iniciales en pugna, los escritores van comprendiendo que el objetivo no son los muertos, sino los vivos. (323)

Probablemente sea más valioso hacer una praxis literaria creadora que abogue por la vida en contraposición a la guerra, a manera de oposición binaria, típica de la literatura, que ayude al menos metafóricamente a revalorar los componentes estéticos de la misma. También, se puede entender como un esfuerzo desde lo estético para demostrar que la vida tiene más valor que una simple pugna política sin fundamento. Una lucha así, sin sentido, ayuda al discurso dominante mientras que subyuga a los militantes políticos más intransigentes a cometer actos sangrientos. El trabajo de Escobar Mesa en particular ayuda a tener una visión estadística de la producción literaria de la época de La Violencia, ya que aporta tanto gráficos como datos útiles para cuantificar la producción literaria del momento. Escobar Mesa asegura que los datos que da pueden ser escrudiñados más detenidamente:

De la lectura de las novelas escritas entre 1949 y 1967 que abordan la violencia de diversas maneras, podemos sacar ciertas conclusiones estadísticas susceptibles de mayor precisión. De las setenta novelas conocidas que tratan de la Violencia: 54 (77%) implican a la Iglesia católica colombiana como una de las instituciones responsables del auge de la violencia; 62 (90%) comprometen a la policía y a los grupos parapoliciales (chulavitas, pájaros, guerrillas de la paz, policía rural) del caos, destrucción y muertes; 49 (70%) defienden el punto de vista liberal y se atribuye la Violencia a los conservadores; 7 (10%) novelas reflejan la

opinión conservadora y endilgan la Violencia a los liberales; 14 (20%) hacen una reflexión crítica sobre la Violencia, superando de esta manera el enfoque partidista. De los 57 escritores, 19 (33%) habían escrito por lo menos una obra antes de su primera novela sobre la Violencia, 38 (67%) se inician escribiendo sobre ella. (330)

Aunque los datos estadísticos sirven para tener un mejor panorama del fenómeno, sería interesante saber la metodología empleada para llegar a proponer dichos datos. Lo que más salta a la vista es que hay un desfase temporal entre las afirmaciones iniciales que delimitan el estudio hasta 1965. Sin embargo, ahora se alarga dos años para ofrecer estos datos estadísticos. Como se dijo anteriormente, no es clara la manera en que se obtuvieron dichos datos, o si simplemente se trata de una aproximación somera a partir de la lectura de los textos. Lo que sí es evidente es que los actores del conflicto saltan a la vista de manera muy clara, y concuerdan con una revisión histórica concienzuda de este periodo. Otro dato interesante y que es que una gran porción de los escritores del momento hizo un esfuerzo por crear novelas con un tema netamente colombiano. Sin embargo, muchos de ellos no eran escritores profesionales. Se podría pensar entonces que hace falta revisar muchas de estas obras con una visión no solamente historicista, sino también estética para tratar de rescatar los textos con un valor literario, pero que además tengan valor testimonial. Finalmente, aunque se trata de un ensayo que ayuda a comprender la época de La Violencia desde lo literario, político y social, no ofrece un abanico de críticas posibles que abarquen un espectro más amplio de dicho periodo en lo literario. Los datos estadísticos no aportan un conocimiento sobre la estética ni sobre las percepciones que se pueden tener sobre estos textos. El hecho de que se pueda saber el

porcentaje de novelas que incluyen a uno u otro actor de la violencia no especifica ni las razones, ni el modus operandi que pudieron emplear dichos autores del conflicto, ni el significado mismo de estas acciones dentro de un contexto determinado. La parte semántica del conflicto, o sea los significados de las palabras mismas o de las oraciones dentro de un texto no son clarificados en lo absoluto. Se sobreentiende que pueda existir un significado global pero no se llegan a aproximar los significados más profundos y detallados.

Pablo González Rodas publicó un libro en el año 2003 titulado *Colombia: Novela y Violencia*. En él ubica su periodo de estudio entre los años de 1946 a 1966. Asegura que los antecedentes de la Violencia fueron inicialmente políticos, y luego económicos, lo cual se ajusta un poco a la realidad histórica. Inicialmente los partidos se aprovechan de la ignorancia de las masas para convencerlas de las razones por las cuales deberían luchar contra el contrario político, y a medida que se iban dando esas luchas, se aprovechan de los beneficios de las mismas. Estas aparentes ganancias están representadas en dinero, poder regional, y tierras cultivables. Luego, nos ofrece las razones tanto literarias como sociológicas para seleccionar las obras que critica en su análisis. Asegura que ha escogido unas pocas debido al escaso mérito literario de algunas obras que escasamente pueden ser vistas como relato novelado con características sociopolíticas y propagandísticas.

Desecha obras cuyo contenido está muy ligado con la ideología partidista, y sectaria propia de ambos partidos políticos existentes en aquella época. Dichas obras carecen de rasgos literarios importantes y solamente se pueden ver como panfletos ideológicos de fácil consumo. A pesar de haber señalado que su estudio se ubicaba cronológicamente entre 1946 y 1966, alarga el periodo de influencia de la época de La Violencia en lo

literario hasta el año de 1975, es decir, el año en que *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez fue publicado. Utiliza fechas muy cambiantes que no se ajustan a los 10 años iniciales que propone en su estudio y por tal motivo termina incluyendo obras escritas una y hasta dos décadas después. Esto hace que se vea su estudio como desordenado y carente de fundamentos históricos. También podría haber hecho un análisis historiográfico más ceñido a la realidad. Carece de una perspectiva más amplia del desarrollo del fenómeno de la literatura sobre La Violencia. Tampoco tiene un criterio que defina el fenómeno literario de la literatura de La Violencia. El termino mismo se solapa y hace difusa la idea de la producción literaria. Esto implica que no es claro para el lector si una obra determinada es sobre la época de La Violencia, o con un contenido de violencia genérica pero escrito en ese periodo, o después. Tampoco da luces sobre las razones de peso que tiene para incluir un libro de cuentos en un trabajo de análisis de novela. Es decir, desde una perspectiva netamente literaria, hay una confusión de géneros literarios que hace nebulosa la tesis del autor. Por tal motivo Osorio ve este trabajo como “desequilibrado en su concepción” (102), de pocos alcances y que no aporta mucho a la comprensión del fenómeno de la novelística de la Violencia.

Hacia el año 2004, Marino Troncoso escribió un ensayo sobre la literatura colombiana titulado “De la novela en la violencia a la novela de La Violencia” en el cual establece un grupo de obras llamadas “Novela de la Violencia” (30) en el que ubica por lo menos cincuenta obras que “no han sido suficientemente estudiadas individual y conjuntamente” (30). El autor no especifica cuáles son dichas obras. Sin embargo sí sugiere que el término “novela de la violencia” (30) fuera acuñado por el crítico Hernando Téllez. Asegura, además, que de acuerdo a las características temáticas de

dichas obras se podrían incluso establecer subgéneros del mismo, pero de nuevo no especifica cuáles son. En este ensayo hace referencia a dos estudios en particular sobre violencia y literatura. El escrito por Gerardo Suarez Rendón titulado, que ya hemos visto, que a pesar de ser “tendenciosamente sociológico, se hizo pasar como literario” (30), y el de Román López Tames, el cual asegura que no han existido, en los últimos años, novelas que no se refieran al tema de la violencia. Troncoso afirma en este ensayo que los acontecimientos expuestos en este tipo de literatura narran los acontecimientos ocurridos hacia 1947, antes del asesinato de Gaitán, y que la mayoría de los escritores son militantes del partido liberal, pero que, a partir de los años 60, hay un cambio de paradigma y empieza una creación literaria más ecuménica que contempla el problema de La Violencia desde varias perspectivas. En su ensayo nombra los estudios más importantes sobre La Violencia que se realizaron a principio de los años 60 y le da especial importancia a la narrativa que sobre la misma se generaba en los círculos literarios, políticos y religiosos del país que sentían la necesidad de encontrar una voz que ayudara a describir el fenómeno en su totalidad. Troncoso sugiere la posibilidad de que esta literatura en sus inicios obedeciera a servicios partidistas, y que no necesariamente denota alguna virtud literaria concreta. Es tan solo hasta los años sesenta, gracias al premio Esso de literatura (1961), que se empieza a observar una producción menos comprometida y de más méritos literarios. Sin embargo, hay que recalcar que la novela, como género literario ha sido un poco desdeñado por las clases altas del país. Siempre la crítica se muestra a favor o en contra de los trabajos literarios teniendo en cuenta los intereses particulares de unos y otros. Troncoso además insiste en el estudio interdisciplinar de las obras de La Violencia de modo que se abran los caminos hacia la

“investigación y una mayor toma de conciencia de la realidad” (35). A pesar de que su ensayo es muy esclarecedor de los acontecimientos relevantes de los años posteriores a la muerte de Gaitán, desconoce por completo la narrativa futura que se habrá de escribir en torno a dicha época. Mezcla además con mucha facilidad términos como violencia y no la separa de la época histórica de La Violencia, aunque evidentemente se refiera a ella. Su texto sin embargo incita a que se promueva una investigación más concienzuda e interdisciplinaria sobre el fenómeno literario. Sugiere que, dadas las proporciones del tema en cuestión, sería necesario que se implementaran grupos de investigación dedicados al tema, ya que los esfuerzos individuales no alcanzan a cubrir la envergadura total de la producción literaria.

Jorge Eduardo Suárez Gómez escribió un artículo titulado “La literatura testimonial de las guerras en Colombia: entre la memoria, la cultura, las violencias, y la literatura”. Este artículo abarca un gran espectro de análisis de las causas de la violencia en el país, y hace particular énfasis en la importancia de la memoria como mecanismo de reparación de víctimas, y como la única forma posible en que se pueda dar un paso hacia una verdadera paz. No se trata de hacer ceses al fuego, para luego seguir luchando, sino tener un diálogo verdadero en el cual todas las partes discutan lo sucedido, se esclarezcan los hechos, haya culpables y se repare a las víctimas. La reconstrucción de la memoria es importante para se dé este paso hacia la reparación. En el país ha habido intentos de diálogo que no logran lo anteriormente expuesto y por el contrario tiende a olvidarse los hechos. Para Suárez “esta imposición del olvido hace que las formas de terminación de las guerras dejen sin resolución el contenido de la memoria” (280). No ha habido una manera viable para transformar los conflictos del pasado porque en verdad no ha habido

una discusión real sobre el mismo. Según Suárez el vencedor es quien dictamina e impone una memoria social en favor del mismo, no del vencido. Se debería incluir en la memoria las peticiones de los rebeldes por controvertibles que sean porque de esta manera se asegura que se reconozca la versión de todas las partes, según Suárez. También sugiere que se han presentado ciclos de guerra y amnistías que carecen de “verdad, justicia y reparación, no dejando espacio para que las memorias colectivas de las víctimas salgan del espacio íntimo y se incorporen a la memoria nacional” (281). Solo mediante la recolección de dicha memoria colectiva y con la creación institucionalizada de unas políticas de la memoria, que incluya todas las versiones, se podrá dar un paso hacia la reparación y el perdón. De esta manera se podría garantizar una paz duradera en las zonas afectadas por la violencia en el país. Esto es particularmente cierto si se piensa que el aspecto relevante de la memoria no se ha trabajado suficientemente en el país, y tal vez sea por eso que en verdad no ha habido una paz real en los últimos años. Por otro lado, Suárez sugiere que la literatura testimonial viene a constituir un género discursivo:

No es el objetivo de este trabajo hacer un estudio de los enunciados de las obras testimoniales que narran memorias de las guerras en Colombia. En otro trabajo he realizado esta labor (Suárez, 2010) y encontré la identidad entre tema, estilo y composición de la que habla Bajtín. Es necesario, sin embargo, evidenciar la perspectiva teórica de la que parto para poder proponer, entonces, entender la literatura testimonial sobre las guerras en Colombia como un género discursivo. Por esta vía se vislumbra cómo el establecimiento de una tradición no es arbitraria, sino que parte de un diagnóstico académico. (282)

Esta es sin lugar a dudas uno de los aspectos más relevantes para lo literario del trabajo de Suárez. Parece bastante evidente que varios de los textos escritos a partir de los hechos de la época de La Violencia, e incluso de años subsiguientes, vengán a conformar un género discursivo propio con características específicas, estilo, y obviamente el tema transversal a todas ellas. Se podría pensar tal vez acertadamente que el tema particular de esta narrativa genera una independencia estilística de otras zonas geográficas porque las historias tienen un contenido exclusivamente local. Estas historias poseen una clara identidad regional por las delineaciones de los sujetos cuyas historias se han escogido para ser narradas, el lenguaje, las costumbres, la idiosincrasia descrita, etc. Suárez además sugiere que gracias a estas características estructurales se puede hablar de un género literario que él denomina literatura testimonial, y que pertenece a su vez a un subgénero llamado novela testimonio. A partir de esta definición hace un análisis de desarrollo de este tipo de literatura en los distintos contextos bélicos en que ha aparecido en el país. También busca ver la influencia de estas narrativas en la memoria cultural de las regiones y su respectiva contribución en la cultura nacional. Esto hace que la literatura colombiana de dicho periodo, tanto la testimonial como la de ficción se aleje de otras tendencias estilísticas prevalentes en otros países. Si se hace un estudio comparativo de obras escritas por el mismo periodo en otros países se podrá ver una diferencia notable en cuanto a las temáticas tratadas por los autores. Para dar un ejemplo conciso podríamos pensar en la novela *Rayuela* (1963) de Julio Cortázar que nos plantea una encrucijada estructural en la que los personajes se leen entre sí y tratan de convencer al lector a través de sus exposiciones anti burguesas y de su humor característico. Este tipo de novela dista bastante de las novelas escritas por estos mismos años en Colombia, en las que los

aspectos desgarradores de la sociedad salen a relucir para mostrarnos el espejo de la realidad, del sufrimiento, la desesperación y la tragedia del conflicto mismo. Estas características estructurales parecen aún repercutir en producciones literarias de finales del siglo XX en el país, de tal manera que su influjo es bastante importante y prolongado en la praxis literaria nacional. Sin embargo, esto podría leerse también como una especie de encasillamiento temático o facilismo al momento de escribir una historia que tenga éxito comercial o que se distribuya fácilmente. De alguna manera se están generando arquetipos estructurales que se evidencian en otras obras a través de los años. Aunque no son necesariamente predecibles porque el funcionamiento de estas temáticas dentro de las historias depende de la habilidad creativa del autor y de su capacidad de crear historias ingeniosas a partir de elementos compartidos con otras obras.

Claudia Ospina hizo un trabajo en el año 2010 sobre *la novela del narcotráfico y el cine colombiano contemporáneo*. Aunque no está directamente relacionado con la época de La Violencia, sí hace referencia a ella como un precursor del conflicto armado de finales del siglo XX en el país, y por tal motivo es necesario revisar su contenido. En él intenta encontrar explicaciones al conflicto través del siglo XX, y logra hacer una descripción acertada de la narrativa que representa “la violencia como problemática nacional a raíz del impacto del narcotráfico” (2). En su estudio descubre que no existe una denominación única sobre este tipo de producciones literarias y audiovisuales, sino que por el contrario existen varias aproximaciones que describen fenómenos particulares pertenecientes al conflicto colombiano. También asegura que hay una carencia de estudios sobre este tema y que ésta es una de las motivaciones para llevar a cabo su estudio. Intenta establecer una relación entre el Bogotazo y los fenómenos de violencia

subsiguientes, y estamos de acuerdo con esta relación, pero podría haber hecho una reconstrucción más completa de la historia de violencias que ha plagado al país desde el siglo XIX, y que de alguna manera sirve para polarizar al país políticamente durante los primeros años del siglo XX. Aunque establece algunos momentos históricos claves para el país, deja de lado muchos aspectos importantes, como el económico, que puede tener una influencia decisiva en la política. Como ella misma lo plantea, no pretende “presentar una historia exhaustiva de la violencia en Colombia” (10), pero sus planteamientos dan luces al juego de “poder que ha predominado por siglos en esta nación” (10), y en el cual el narcotráfico aporta los recursos necesarios para sus jugadores. En cuanto al fenómeno del narcotráfico se refiere, hace una explicación bastante clara de la aparición del tráfico de drogas, sus implicaciones y mercados, y de los alcances que este fenómeno tuvo dentro de la sociedad colombiana de las tres últimas décadas del siglo XX. Ospina finalmente concluye que en las obras que ella ha analizado se nota un interés por mostrar muy fielmente la realidad del narcotráfico, ceñida a los fenómenos reales que ocurrieron en el país, y de develar en general la pugna de poderes en el que dinero fácil juega un papel muy importante. También, recalca la importancia de mostrar los efectos nocivos que el narcotráfico ha infringido a todos los niveles de la sociedad colombiana, especialmente en la mente de los jóvenes, que han visto completamente subvertidos todos sus valores morales. En cuanto a lo literario se refiere, no aporta muchos elementos que ayuden a comprender la época de La Violencia y la influencia que este periodo decisivo de la historia nacional tiene en las letras colombianas, aunque sí hace referencia a algunas de las obras más representativas de la literatura como elementos estructurales, que, desde

la ficción, vienen a corroborar los acontecimientos ocurridos en la sociedad de los últimos años.

Hacia el año 2012, Virginia Capote Díaz escribió un trabajo titulado *Mujer y memoria. El discurso literario de la violencia en Colombia*. En su trabajo, Capote abarca un periodo que va desde la guerra de los Mil Días hasta el conflicto armado de finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI. Se hace un recuento de los aportes en lo literario hecho por las mujeres durante estos periodos históricos diferentes. Nos ofrece además algunas entrevistas con las autoras destacadas de los últimos años. Hay un capítulo entero dedicado a la literatura de la violencia en Colombia y otro capítulo sobre la memoria y lo testimonial, o literatura testimonial relevante, y el aporte de la mujer a la conservación de esta memoria. Se trata de un compendio bastante completo e interesante, pero muy general ya que abarca casi tres siglos de la historia nacional. En cuanto a la delimitación temporal se puede afirmar que es muy complejo, y constituiría un esfuerzo muy grande y de muchísimos años poder abarcar tantos periodos distintos con características y contextos, aparentemente similares, pero claramente diferentes, para poder analizar rigurosamente todos los aportes de la mujer a la literatura nacional. A manera de compendio funciona perfectamente para tener una visión rápida pero concisa del papel de la mujer en lo literario, y para saber quién y cuándo ha hecho aportes valiosos. Dentro de estas autoras femeninas testimoniales se destaca el papel de Patricia Lara, Patricia Sánchez-Blake, Silvia Galvis, y Laura Restrepo. Nos parece de particular importancia la reseña de Silvia Galvis porque ella dedicó gran parte de su vida a escribir sobre los problemas de los partidos políticos en Colombia. También ha escrito la obra *Colombia Nazi* (1986) en la que analiza una supuesta infiltración Nazi en Colombia durante la

Segunda Guerra Mundial. Su obra *El Jefe Supremo, Rojas Pinilla en la violencia y el poder* (1988) recuenta los hechos más dramáticos del único dictador que ha tenido Colombia durante su historia como república, es decir sobre Gustavo Rojas Pinillas. En ella se muestra descarnadamente al hombre, y los hechos relevantes de su dictadura militar. Pero es con su libro *Vida mía* (1993), que Galvis se adentró en el universo femenino con la finalidad de “reivindicar la participación de la mujer en la trayectoria político-social colombiana” (Capote 250). Este libro constituye un compendio de ocho entrevistas realizadas por Galvis a las mujeres más sobresalientes de su generación en el campo político nacional. Con este trabajo se busca darle una voz al papel importante que también ha tenido la mujer en la vida política, pero también busca mostrar la lucha de la mujer en una sociedad hegemónicamente masculina en cuanto a lo político en particular. Es también de interés la visión general de la violencia colombiana y su origen en hechos anteriores al 9 de abril de 1948, e incluso del siglo anterior:

Ha recorrido los vericuetos de la Guerra de los Mil Días y los enfrentamientos entre liberales y conservadores en *¡Viva Cristo Rey!*, en una novela en la que se ofrecen los resultados de exhaustivas investigaciones históricas sobre las estructuras ideológicas de los grupos conservadores a los que la autora siempre se mostró tan contraria. Así, los cuestiona y los ridiculiza con un humorismo mordaz e incisivo y los relaciona con la Iglesia Católica, otro de los grandes blancos a los que apunta la escritora. (261)

Galvis sugiere que los antecedentes de la Violencia en Colombia pueden muy bien remontarse al siglo XIX. Podríamos incluso ir más atrás en la historia nacional para encontrar la polarización ideológica partidista que ha generado guerras de manera directa o indirecta. La visión de Galvis sobre los conservadores y su coalición con la iglesia católica durante la época de la Violencia, parece concordar con ideas similares sugeridas por otros autores que apuntan a teorizar sobre posibles intereses comunes de los conservadores y la Iglesia. Este trabajo es de particular interés para los textos ceñidos a la realidad histórica, es decir textos casi testimoniales por su temática y basados en estudios históricos rigurosos pero que no ofrecen muchos aportes a lo literario, aunque estas autoras también tienen algunas obras de ficción representativas. Finalmente, concluimos que este trabajo es uno de los más completos en cuanto al papel de la mujer en la conservación de la memoria histórica nacional, así como testigo del relevante aporte femenino al devenir político de la nación.

Margarita Correa realizó un estudio, en el año 2013, titulado *La re-escritura de la violencia en Estaba la pájara pinta sentada en un verde limón de Alba Lucia Ángel*, en la que su autora está interesada en ver cómo la mujer experimenta el proceso de la violencia desatada en el país después del asesinato del líder liberal Jorge Eliecer Gaitán. En su estudio nos propone que los fenómenos de violencia desde 1948 a 1965 sirvieron para que los escritores colombianos se desprendieran un poco de los modelos europeos principalmente, pero también estadounidenses más recientemente. En su estudio aporta las ideas de Augusto Escobar de un libro que escribió en 1997 titulado *literatura y violencia en la línea de fuego*, del cual se han analizado algunas ideas sobre la estructura de La Violencia anteriormente en este trabajo. De este libro es que se desprende esta idea

sobre el proceso de creación literario independiente en Colombia durante la época de La Violencia. Se afirma que los escritores de entonces se desprendieron por completo de las influencias extranjeras, de modelos europeos y estadounidenses “ produciendo una literatura con particularidades propias en la que los escritores toman conciencia del oficio de escritor”(Escobar 130). Sin lugar a dudas un fenómeno traumático sirve como elemento de inspiración para muchísimos de los escritores de la época que ven la necesidad histórica de novelar los sucesos del momento, haciendo a un lado las influencias externas en cuanto a modas, o géneros literarios foráneos. La obra que se analizó hace una reconstrucción histórica novelada en la que el personaje principal es una mujer. El estudio de Correa “nos permite hacer una lectura de los hechos históricos a través de la reconstrucción de la voz de la mujer, personaje subalterno en la historia oficial” (Correa 8). Hay una dualidad interesante entre el género del personaje y la violencia misma, lo cual le da una importancia a la novela para los estudios histórico-literarios y de identidad de género. Correa concluye que al incluirse la voz de la mujer como protagonista en el relato se “humaniza la interpretación femenina y le otorga a la mujer el puesto que le corresponde en la historia, resaltando su inteligencia, sensibilidad y participación en el devenir histórico” (Correa 72).

Para finalizar estas notas sobre los estudios literarios de La Violencia incluiremos el ensayo de Óscar Osorio titulado *Siete estudios sobre la novela de la Violencia I en Colombia, una evaluación crítica y una nueva perspectiva*. En este ensayo el autor describe y contrasta los estudios más relevantes que él encontrase sobre el tema de la novelística de la época de la Violencia en Colombia. Aclaremos que los estudios que Osorio analiza ya han sido revisados en este análisis de tal manera que no se entrará

mucho en detalles, pero sí se le dará importancia a las conclusiones a las que llega el autor sobre el tema. Osorio concluye que de su revisión puede destacar tres aspectos relevantes: primero, nota que no todos los estudios “hacen la necesaria mirada general a esta novelística, antes de emprender el estudio de obras concretas” (102). Asegura que el estudio de Suárez Rendón, no se ocupa “del desarrollo histórico o evolución de la narrativa de La Violencia, sino que hace resúmenes de las novelas” (102). Con estos resúmenes de novelas no se puede abordar la problemática de la novelística de La Violencia. Sin embargo, estos resúmenes podrían servir como descriptores de los puntos de vista de los autores sobre dicho periodo. Luego, asegura que Álvarez Gardeazábal “no hace resúmenes sino reseñas, y se ocupa de la novelística de La Violencia en general planteando su evolución de una literatura de testimonio a una de mayor complejidad” (102). Lo fundamental que aporta algo en lo literario es la visión de la evolución de la novelística en dicho periodo. Después, asegura que Restrepo al parecer decide hacer ensayos críticos de las obras en vez de escribir reseñas o resúmenes de las mismas. Posee una perspectiva de análisis lo cual le permite ver tres periodos distinguibles en la evolución de esta novelística. Por su parte el trabajo de Mena “reseña brevemente estudios que de alguna manera tocan la novelística de La Violencia y anota un corpus ampliado con novelas que desarrollan sus historias en tiempos anteriores, pero que ayudan a comprender La Violencia” (103), aunque evidencia la evolución de la novelística. Luego, afirma que Arango “hace análisis de unas cuantas novelas, pero no se ocupa de pensar el proceso de la novelística de La Violencia” (103). En fin, cada descripción particular presenta algún tipo de falencia, ya sea porque no abarca el fenómeno por completo, o porque se fija exclusivamente en algunos aspectos específicos.

La distribución temporal descrita de dicha novelística nos hace pensar que está un poco amañada de acuerdo con la visión de cada autor, pero no estudia el fenómeno literario en su totalidad. Es evidente que se trata de un volumen de información bastante amplio como para ser analizado por sólo una persona. Se podría pensar mejor que cada uno de estos trabajos aporta algo a la visión general de la novelística de La Violencia, aunque no describe ni prescribe formulas estructurales futuras que puedan ser empleadas por los autores que deseen volver a revivir este periodo, con algún aporte particular. Nos parece que esto implica que dichos trabajos no describen cómo se hace una obra sobre La Violencia, ni qué aspectos son necesarios para escribir una obra similar. Osorio afirma que se podría subdividir esta literatura en grupos que abarquen toda la producción literaria con este tipo de novelística particular teniendo en cuenta sus características. El segundo aspecto relevante es que, en el caso de algunos autores como Mena, Arango, Escobar y González, plantean el corpus de dicha novelística con obras cuya “diégesis se contextualiza en períodos históricos anteriores a este” (103). Lo anterior sugiere que se debe replantear el tiempo de los estudios, es decir, que se debe abarcar un marco histórico temporal que abarque no sólo el periodo en sí, sino también periodos anteriores o posteriores a este, de tal manera que se abarque, al menos en lo histórico, todo el periodo de influencia de este tipo de novelística. Sin embargo, pensamos que Osorio no prevé que incluso mucho tiempo después de su propio análisis algunos otros autores vuelvan a tocar este tema particular. Tampoco prescribe el tipo de corpus que se pueda entonces generar. A Osorio le parece impertinente plantear un marco histórico que necesariamente tenga que remontarse a momentos históricos anteriores o incluso posteriores. Esto es evidente en el caso de los autores que no parecen definir bien el marco histórico y que presentan

fechas discordantes que no alcanzan a cubrir los periodos que sus propios análisis sugieren. Una de las dificultades principales al hacer la lectura de los estudios, es que en la mayoría de los casos, no se ofrecen fechas específicas claras sobre los periodos de influencia de la Violencia, o mejor dicho, no se delimita bien el marco temporal, de tal modo que para algunos la Violencia ocurre entre 1948 y 1965, pero para algunos hay unos años anteriores al Bogotazo en el que se gestan las condiciones necesarias para el conflicto, y entonces lo delimitan entre 1946 y 1965. Sin embargo, otros van más allá y delimitan el periodo de influencia hasta los años setentas o incluso después. El tercer aspecto que analiza Osorio es que en los corpus en los que se delimitan las fechas de influencia de la Violencia entre 1948 y 1975, se dejan por fuera muchas obras³ fundamentales de esta novelística, y que se deben tener en cuenta para analizar este periodo de producción literaria. La propuesta que finalmente hace Osorio saca del corpus a varias obras⁴ que, aunque mencionan la violencia de los años 50, no son necesariamente sobre La Violencia, es decir, en algunos casos muchas obras tan solo se remontan a años anteriores, o mencionan algún hecho de este periodo, pero su estructura no se basa completamente en este periodo histórico- literario. Finalmente, Osorio propone cuatro grupos para el estudio de la novela en Colombia, teniendo en cuenta las características estructurales de cada una de ellas. En el primer grupo, propone agrupar a todas aquellas

³ Osorio (103) menciona novelas tales como *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón* de Alba Lucía Ángel, *Noche de pájaros* de Arturo Álape, *Una y muchas guerras* de Alonso Aristizábal, *El último gamonal* de Gustavo Álvarez Gardeazábal, entre otras, se quedan por fuera de todos los estudios, si se establece un corpus que no cubra todos los años de influencia de la época de la Violencia en la producción literaria nacional.

⁴ Según Osorio (101), teniendo en cuenta esta consideración, parece que no hacen parte de este corpus novelas como *La hojarasca*, *Cien años de soledad* y *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez, *La casa grande* de Álvaro Cepeda Samudio, *Respirando el verano* de Héctor Rojas Herazo, *Las memorias del odio* de Rogelio Velázquez, entre otras novelas incluidas en los estudios comentados en su trabajo.

obras en las cuales “el hecho histórico prima sobre el hecho literario” (105), es decir, todas aquellas obras⁵ cuyo contenido sea testimonial o casi testimonial. Estas novelas no tienen que ser necesariamente vistas ni como literatura ni como testimonio, aunque reflejen más rasgos distintivos de éste último. En ellas los acontecimientos son fundamentales, más que las historias o los revuelos literarios. Carecen de virtudes literarias en muchos de los casos. Sin embargo, se les puede apreciar como elementos fundamentales para la creación de memoria, o para los estudios de traumas basados en los años iniciales de la época de La Violencia. No deberían ser desechadas por completo porque tienen elementos de la realidad, o de la apreciación subjetiva de la realidad de la época propuesta por los autores. Las obras son de especial valor historiográfico, pero tenemos que decantar la realidad de la ficción en ellas. En un segundo grupo Osorio pone obras en las que hay un distanciamiento del hecho histórico y una mayor búsqueda literaria, es decir, aquellas obras⁶ cuya tesis sea la interpretación estructural de La Violencia. Los escritores poseen un conocimiento mediático del tema de La Violencia. Además, nos parece que son personas de ciudad que no vivieron necesariamente La Violencia en carne propia. Según Osorio los autores abordan el tema desde interpretaciones académica y/o políticas. El tercer grupo propuesto por Osorio contienen las obras⁷ en las cuales el hecho literario se impone sobre el hecho histórico. Estas obras

⁵ Para Osorio (105), las novelas representativas de este grupo son *Viento seco* de Daniel Caicedo, *Quién dijo miedo* de Jaime Sanín Echeverri, *Horizontes cerrados* de Fernán Muñoz Jiménez, *El monstruo* de Carlos H. Pareja, *El 9 de abril* de Pedro Gómez Corena, *Sargento Matacho* de Alirio Vélez Machado, y *Raza de Caín* de Gustavo Zola y Ponce.

⁶ Según Osorio (105) son representativas de este grupo: *La calle 10* de Manuel Zapata Olivella, *El día del odio* de José Antonio Osorio Lizarazo, *El Cristo de espaldas* y *Siervo sin tierra* de Eduardo Caballero Calderón.

⁷ Osorio (105) afirma que las Novelas representativas son: *El coronel no tiene quien le escriba* y *La mala hora* de Gabriel García Márquez, *El día señalado* de Manuel Mejía Vallejo, *Mi capitán Fabián Sicachá* de Flor Romero de Nhora.

se caracterizan porque el hecho histórico queda un poco relegado por la estética de la obra, es decir, que se emplea la época de La Violencia como el marco histórico en el cual ocurre una historia específica. Según Osorio dicha época se emplea como “un telón de fondo, un ambiente agobiador, una profunda tensión psicológica o social, una profusa red simbólica” (105). En el último grupo Osorio pone a las obras⁸ en las cuales hay un equilibrio entre lo literario y lo histórico. Según Osorio son obras de un gran valor estético, pero a su vez de gran valor documental, ya que “vuelven directamente sobre el fenómeno histórico y sus expresiones cruentas, pero desde una concepción estética” (105). Existe en ellas la necesidad de contar todo aquello que es testimonial, pero poseen un gran contenido literario que las hace especiales, aunque mantienen equilibrio con los sucesos del momento. Finalmente, Osorio concluye que los estudios que se han realizado sobre esta novelística son incompletos. Estamos completamente de acuerdo. No ha habido un estudio que logre abarcar todo el tema en cuestión porque se trata de un volumen muy grande de información. Tampoco se ha podido hacer una propuesta metodológica que abarque tanto las fechas históricas como la producción literaria de esta novelística tan importante para Colombia en la segunda mitad del siglo XX. No existe a la fecha un estudio que analice la relación entre la realidad y la ficción y que explique qué es tomado de los sucesos históricos directamente tal cual ocurrieron, y qué es completamente imaginación del autor. No se ha desmenuzado el tema en cuestión hasta llegar a un nivel básico estructural, ni tampoco se han analizado los cambios de paradigmas sociales causados por el conflicto y la tensión social del momento. Nos

⁸ Para Osorio (106), las obras más representativas de este grupo son: *Cóndores no entierran todos los días* y *El último gamonal* de Gustavo Álvarez Gardeazábal, *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón* de Albalucía Ángel, *Noche de pájaros* de Arturo Álape, y *Una y muchas guerras* de Alonso Aristizábal.

parece que aún se puede aportar muchísimo a este tema y estamos de acuerdo con Osorio cuando describe la magna labor que implica analizar esta novelística afirmando que “quizás ese sea trabajo para un equipo de investigación y no para un investigador solitario” (106). Como vemos no es la primera vez que se propone estudiar esta novelística a nivel grupal, en vez de individual, o sea a un nivel más macro, que logre abordar todo lo que se ha sido dejado a un lado por los investigadores. Sus esfuerzos individuales, aunque aportan bastante a la comprensión del fenómeno, no logran abordarlo en su totalidad. Es necesario también proponer estudios literarios fundamentados en conocimientos de nivel semántico, de análisis del discurso, de léxico, de traumas, etnolingüístico, sociológico, psicológico, etc., que ayuden a comprender mejor esta novelística. Estamos de acuerdo en los grupos que propone Osorio, porque abarcan muy bien la producción literaria teniendo en cuenta su contenido. Sin embargo, una aproximación histórica podría simplificar y abarcar perfectamente bien los grupos que él propone. Nos parece que se podría entonces proponer tres periodos importantes desde una perspectiva histórica para analizar esta novelística: un periodo Pre-Violencia, es decir cualquier narrativa que contenga rasgos del conflicto bipartidista, militar o tensión social antes del Bogotazo. Un periodo Intra-Violencia, es decir, toda aquella producción literaria, testimonial o netamente ficticia que se haya escrito durante los años candentes de la época de La Violencia. Y finalmente, un periodo Post-Violencia que incluiría todas aquellas obras escritas años o décadas después de La Violencia, o que incluso no se hayan escrito aún. Esta sencilla distribución temporal podría abarcar absolutamente toda la producción literaria representativa de este tipo de novelística en particular. Dentro de esta distribución temporal caben bien las obras nombradas por

Osorio. Se puede también extrapolar esta metodología a otros casos de violencia presente en la literatura de otros países, o en otros conflictos localizados en otras latitudes.

Además, puede emplearse para posibles casos similares futuros en los cuales llegase a producirse un conflicto armado interno en la sociedad y éste se represente en las artes plásticas, o en la literatura.

En conclusión, se han escrito una gran cantidad de estudios, reseñas críticas y análisis sobre la novelística sobre la Violencia. Estos estudios han aportado muchos datos importantes en cuanto a las características específicas de esta novelística. Sin embargo, quedan muchos aspectos por definirse mejor. Uno de ellos es el periodo de tiempo que se comprende como la época de la Violencia. En la mayoría de los estudios hay fechas discordantes que dejan en el ambiente un aire de incertidumbre en cuanto a las fechas mismas de iniciación del periodo de la Violencia, y su terminación. El hecho de que no ha existido un periodo relativamente importante de paz, o sea, un periodo sin conflicto armado en la nación hace un poco difícil establecer con absoluta certitud la fecha de culminación del conflicto. Sin embargo, el pacto de Benidorm firmado por el conservador Laureano Gómez, y el liberal Alberto Lleras Camargo del 24 de julio de 1956, puede entenderse como el inicio del fin del periodo de La Violencia, más no del conflicto armado. Con la firma de este acuerdo se da inicio al Frente Nacional, o el acuerdo al que llegaron ambos partidos de compartir el gobierno en partes iguales hasta 1974. La problemática planteada por la producción literaria de la época de La Violencia nos ofrece una gran cantidad de información que necesita ser analizada desde varios ángulos y perspectivas que ahonden en el conocimiento de las causas y las consecuencias del fenómeno tanto social como literario ocurrido en la segunda mitad del siglo XX en

Colombia. Se han escrito varios análisis críticos, estudios literarios y tesis que han producido un gran volumen de información no sólo sobre la época histórica misma sino también del sufrimiento, y del padecimiento vivido en aquel momento nefasto para la historia del país. Pero es precisamente gracias a ese sufrimiento y padecimiento que se produce coyunturalmente una valiosa contribución a la praxis literaria nacional, que se aleja de las corrientes extranjeras, europeas o norteamericanas, y casi que por primera vez se interna dentro de sí para buscar un contenido y temas propios que generasen un producto enraizado en lo local y de gran contenido. Bastante universal en cuanto a las historias narradas, pero con un componente de originalidad procedente de las condiciones particulares en las que se engendra esta novelística en particular. Poder estudiar esta novelística desde su base estructural, atómica si se quiere, implica conocer los semas de rasgos diegéticos y miméticos de esta novelística. A partir de la identificación de estos semas se puede distinguir más claramente qué pertenece a la realidad del momento histórico social vivido en el país, y qué es fabricación literaria del autor. Un estudio literario con un alto detenimiento en lo semántico ayuda a distinguir estos semas y extractarlos de las obras para ser confrontados con los conocimientos históricos que poseemos sobre la época de la Violencia. De esta manera estaríamos dando datos claros sobre los contenidos provenientes de lo testimonial, pero adornados con las fabricaciones estéticas de los autores. La percepción y el sentimiento que aportan los autores a los contenidos testimoniales basados en hechos históricos ayudan a sensibilizar a los lectores y darle una cara diferente a la problemática. La diégesis particular que hacen los autores está sin embargo anclada en la coyuntura social particular del momento y aporta su grano de arena en la comprensión de estos fenómenos complejos.

2. Violencia y literatura: un breve marco teórico - conceptual

Ahora conviene formular un marco teórico literario que nos sirva para analizar las obras que se han propuesto. Hay que tener en cuenta varios aspectos antes de empezar. Las denuncias estéticas sobre las problemáticas sociales pueden ser abordadas desde varios puntos de vista y desde varias ramas del conocimiento que van desde la antropología, la sociología y la psicología hasta los estudios de género. Sin embargo, los componentes políticos del conflicto deben ser analizados desde una perspectiva holística que pueda dar cabida a varias variables. Como veremos en esta sección, han existido diferentes intentos, tanto teóricos como conceptuales, que han ayudado a delimitar el fenómeno de la violencia en la literatura. Los hechos que causan o conducen a la violencia pueden ser muy variados, de tal manera que pueden existir tantas variables como personas involucradas en hechos de violencia, y que cada uno de estos hechos podría ser completamente distintos. La DRAE define la palabra violencia⁹ como un vocablo proveniente del latín *violentia* que involucra tantos actores como actos en los que pueden existir tanto causas como repercusiones de dicho acto. Volvemos a insistir en la necesidad de distinguir la época histórica colombiana, antes descrita como La Violencia, de la palabra violencia, o violencias si se piensa en todas las posibles formas que puedan existir de este fenómeno. A su vez, volvemos a insistir en la idea de una maraña de hilo que es bastante apropiada para visualizar la complejidad del

⁹ Ver definición DRAE, según la cual la palabra se deriva del lat. *violentia*. a. Cualidad de violento. b. Acción y efecto de violentar o violentarse. c. Acción violenta o contra el natural modo de proceder. d. Acción de violar a una persona.

fenómeno en cuestión. Los conflictos sociales generan violencia e inestabilidad. Es bastante confuso crear categorías genéricas en cuanto a los fenómenos literarios. Sin embargo, sí es posible catalogar las producciones literarias que aparecen en un momento histórico determinado. Detectando las posibles similitudes que las obras presentan, es posible entonces crear categorías dentro de las cuales puedan entrar dichas obras. Es por tal motivo que hemos pensado en una herramienta heurística que nos sirve para catalogar las obras del periodo que estudiamos en este trabajo: “la literatura del conflicto”. Al referirnos a una herramienta o estrategia heurística lo que queremos decir, es que con esta categoría que creamos para abarcar las obras que analizamos, podríamos probablemente encontrar el denominador común probablemente planteado en las obras estudiadas. Pero, ¿por qué es necesario crear una categoría para agrupar las obras? La respuesta más evidente que podemos dar, es que el tipo de literatura al que nos estamos refiriendo, podría constituir un género específico como tal. Si buscamos en un diccionario de términos literarios, no encontramos la palabra “violencia” como un término empleado normalmente en la literatura. Sin embargo, la palabra “conflicto” sí es un término empleado comúnmente en la literatura. Cuddon en su libro *Literary Terms and Literary Theory* (1992) nos ofrece una definición de “conflicto” en la cual la palabra no solo representa la situación de tensión entre los personajes (también puede haber conflicto interno), sino que también el conflicto puede ocurrir entre los personajes y la sociedad o el ambiente en el que se encuentran:

Conflict: The tension in a situation between characters, or the actual opposition of the characters (usually in drama and fiction but also in narrative poetry). In *Othello*, for instance, the conflicts

between Iago, Roderigo, Othello and Desdemona. There also may be internal conflict, as in Hamlet's predicament of wishing to avenge his father and yet not knowing when and how to do it. Conflict may also occur between a character and society or environment. An example is Jude's efforts in Thomas Hardy's *Jude the Obscure* to overcome the social obstacles which keep him from university, (Cuddon 175)

El término que sugerimos se refiere tanto a los conflictos internos de los personajes como la situación de inestabilidad social generada por la lucha política armada, bipartidista de la época de La Violencia, presente en la historia colombiana reciente, y que aparecen en las producciones literarias de las décadas posteriores al Bogotazo del 9 de abril de 1948. Esto significa que los personajes viven una situación de tensión personal tanto por sus problemas personales como los de su entorno. Hay una dualidad binaria entre la sociedad de la época de La Violencia y el conflicto político, al igual que el conflicto interno de los personajes. Y es evidente que los personajes tienen conflictos internos que van desde el drama familiar hasta la intolerancia de la sociedad que no les permite vivir en un ambiente seguro a causa de sus creencias culturales, políticas, personales o religiosas. Viven en un ambiente que es de alguna manera propicio para la situación de inestabilidad y miedo, y para las cosas negativas que les puedan ocurrir tanto a los personajes de las obras literarias como a las personas que verdaderamente vivieron en dicha época. Los estudios poscoloniales nos ayudan a analizar algunos aspectos inherentes de la violencia, sobre todo los relacionados con el ámbito político. Si se tiene en cuenta que Colombia pasó de ser una colonia de España y

que hubo luchas por el poder e intentos de dominar el territorio desde la política, sería muy plausible enmarcar el estudio de la violencia como el resultado de la búsqueda de la emancipación política de España que tuvo lugar en el país inmediatamente después del Grito de Independencia. Spivak, en su artículo *¿Puede hablar el subalterno?* (1998) nos da una idea de la dualidad del discurso poscolonialista en el que se nos presenta una relación binaria en la cual el subalterno, es decir, aquel que no tenía voz dentro de la época colonial, ahora tiene algo que decir y empieza a desaprender aquello que se le había impuesto en la época colonial. Esta idea es bastante sugestiva ya que nos sirve para comprender el deseo por parte del subalterno de ser escuchado. En ese proceso de reaprendizaje empieza a encontrar una voz propia que de alguna manera representa una contraposición a los valores antes impuestos. Es ahora que el subalterno puede subvertir los valores impuestos en él y expresar todo aquello que siente que está mal; no funciona; causa problemas y necesita ser cambiado de la sociedad. Esto necesariamente implica que a los que en algún momento histórico se les viese como subalternos, no tenían la posibilidad de hacer valer sus propios derechos. El estamento dominante, que se puede leer como el poder colonial, no espera de ninguna manera que los subalternos tengan o puedan decir nada sobre las relaciones de poder establecidas. Es decir, no se espera que éste tenga una voz propia. Mucho menos se puede pensar que quien en un momento determinado fuese un subalterno, ahora pase a establecer, por su propia cuenta, relaciones de poder nuevas. Estas nuevas relaciones de poder implican la remoción de los estamentos sociales antes establecidos al desaparecer ese antiguo eje de poder. Esto significa que ahora hay una relación de poder novedosa que crea

subalternos también, y que de alguna manera sigue perpetuando modelos anteriores. Hay tan solo un cambio de nombres, pero el discurso de poder sigue vigente.

De otro lado, las ideas de Foucault sobre el discurso nos ayudan a comprender el origen de las relaciones de poder. Se había establecido un discurso de poder en la colonia que perdió su vigencia y pasó a ser reemplazado por uno nuevo en el que aparecen otras relaciones de poder, pero que crea un sistema de gobierno que hace en esencia lo mismo que hacía el sistema monárquico establecido en las colonias de España. Aparentemente la idea de discurso no parece traer a la mente las relaciones de poder que existen en la sociedad, pero no hay que dejarse engañar por la palabra misma:

El discurso, por más que en apariencia sea poca cosa, las prohibiciones que recaen sobre él, revelan muy pronto, rápidamente, su vinculación con el deseo y con el poder. Y esto no tiene nada de extraño: ya que el discurso —el psicoanálisis nos lo ha mostrado— no es simplemente lo que manifiesta (o encubre) el deseo; es también lo que es el objeto del deseo; y ya que —esto la historia no cesa de enseñarnoslo— el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse. (Foucault 6)

Vemos aquí una relación bastante interesante y útil para nuestro estudio representado entre la relación existente entre el deseo y el poder. Está claro que el poder funciona porque existen no solo una relación de poder entre el gobierno y los gobernados, sino una increíble multitud de pequeños discursos entre estamentos sociales de poder o

aquellos que no poseen poder político, pero sí gozan de privilegios normativos, como en el caso de la educación, por ejemplo. Dentro de toda esta gama de pequeños discursos se producen roces y problemas que pueden conducir a actos de rebelión, insubordinación e incluso violencia, especialmente en los discursos de poder mal administrados. El abuso de poder por parte de la policía o de los militares, o de los caudillos políticos o los alcaldes de los pueblos, pueden generar inestabilidad en un momento determinado. El poder se podría visualizar como una esfera grande en el cual entra toda la sociedad, con sus estamentos públicos y privados, partidos políticos, sistema jurídico, educación, etc. Pero dentro de esa esfera principal existen muchas subesferas al interior de las cuales existen relaciones similares entre personas y representantes del gobierno, por ejemplo. Es precisamente en estas subesferas, pertenecientes a una superior, que se dan riñas por el poder. Se trata evidentemente de un poder local, departamental, estatal, pueblerino o ciudadano. Pero sin importar el tamaño de estas pequeñas esferas de poder, existen evidentemente subsistemas de dominación.

Dentro de dichas esferas ocurren muchos hechos de violencia que surgen a causa de las relaciones que se establecen en su interior. Esto necesariamente implica que este discurso o narrativa de poder, si se quiere, no tiene en cuenta conceptos básicos humanos como la justicia o la igualdad, para dar solo algunos ejemplos. El deseo o las ansias de poder al interior de estas subesferas hace que se recurra a cualquier mecanismo sucio, por así denominarlo, para la obtención de los objetivos. Es así como quienes se dedican a la búsqueda de ese poder deseado desconocen los derechos y libertades de los demás. A causa de este desconocimiento de derechos se producen riñas, resquemores, luchas internas que lamentablemente terminan muchas veces en actos violentos. Se puede pensar

que algo tan aparentemente simple y obtenible como la vida en paz y armonía se puede ver amenazado por el deseo, algunas veces incontrolable, que hace que los seres humanos dejen de ser razonables e incurran en actos deplorables por un interés personal mezquino, que hace a un lado los intereses de la comunidad. Sin embargo, lo poscolonial presenta un problema debido a las diferentes posturas ideológicas que se presentan. Young ve esta heterogeneidad conceptual en el hecho de que el poscolonialismo no es una teoría unitaria con un sólo concepto o con posturas claras con respecto al hecho de estudio.

Nos parece que es plausible analizar un problema desde una perspectiva europea (como países colonialistas) o con una perspectiva de excolonia (como en el caso de Colombia, Estados Unidos, India, etc.). Con estas perspectivas en mentes se podría decir que la violencia bipartidista es el resultado directo de los malos manejos y del mal ejemplo político recibido en la colonia (desde una probable perspectiva de excolonia), o como un problema de identidad nacional o una inhabilidad de resolver problemas sociales (desde una probable perspectiva europea). Es bastante polémico entonces adoptar posturas poscolonialistas para explicar todas las variables existentes en los hechos de violencia de una sociedad. Sin embargo, el análisis de los fenómenos que ocurrieron inmediatamente después de la Independencia, es decir, a partir de la pérdida del territorio del Virreinato de la Nueva Granada por parte de España, sí pueden ayudar a comprender algunas causas iniciales de esta violencia generada por el deseo de poder político. Por la falta de una figura autoritaria absoluta, como la que representaba la Corona, o de un sistema político viable y autóctono, se prueban diversos sistemas políticos calcados de patrones externos. Se copian modelos europeos que reemplazan la monarquía absoluta imperante en la Colonia, es decir, un sistema autocrático en el que no existe la idea de

democracia. Esta idea de democracia proviene de los hechos ocurridos tras la caída de la monarquía en Francia y el establecimiento de los Estados Unidos como país independiente y democrático, que a su vez fue tomado como una copia burda del modelo griego clásico. Estos modelos democráticos son primordialmente bipartidistas, al menos en sus primeras manifestaciones. De estos modelos se copian principalmente las ideas de los partidos políticos. Tirado Mejía nos confirma el hecho de que los partidos, tanto el liberal como el conservador, “se estructuraron a mediados del siglo XIX” (29). Es así como aparece en el ambiente político nacional la figura del bipartidismo representado primordialmente por el partido liberal y el partido conservador en la naciente República que años más tarde sería llamada Colombia. Se podría pensar que las nuevas repúblicas independientes no poseen ninguna experiencia en lo político como tal. Esa falta de experiencia política podría ser la causa de la inestabilidad que se vivía en Hispanoamérica después de la Independencia¹⁰. El historiador Álvaro Tirado Mejía ve el inicio del bipartidismo en Colombia representado en las figuras de Simón Bolívar y Santander, que favorecían dos formas diferentes de entender los problemas de esa patria nueva e independiente. Cada uno de estos caudillos favorecía un estilo de gobierno o un sistema político. Algo similar ocurrió en casi todos los nuevos países de la región. Hay luchas políticas e incluso guerras internas entre unitarios y federalistas, liberales y conservadores, centralistas y federales, etc. Estas diferencias políticas sirven para

¹⁰ En efecto, casi todas las naciones hispano-americanas se emanciparon de España, más o menos, en la misma época, en la tercera década del siglo xix. Teniendo todas una misma edad política, cabría suponer que gozan igualmente todas de un mismo grado de estabilidad en su vida pública. Nada es, sin embargo, más contrario a la realidad. Aun así, casi se podría retorcer el argumento y pretender probar exactamente lo contrario. Basta observar que aquellos países como México, Ecuador y Perú, que fueron el principal asiento de las autoridades españolas y en los que debe suponerse por ello un mayor desenvolvimiento de sus facultades políticas, son, precisamente, los que presentan en su vida independiente la historia más agitada y tormentosa (Paniagua 209).

comprender algunas de las causas de la violencia, al menos en ese entonces. Pero, se deja por fuera todas las otras formas de violencia posible que ocurrían comúnmente en la sociedad, ya que se podría estar beneficiando la idea de que la violencia proviene exclusivamente del ejercicio de la política y las ansias de poder, lo cual no es necesariamente cierto.

Existen otras causas que se deben tener en cuenta. Una de ellas podría ser el deseo de poseer algo que es difícil de conseguir. De manera análoga se podría pensar que la tierra representa un objeto de deseo cuya posesión confiere poderes políticos y económicos. La tenencia de la tierra, especialmente en un país en el cual ser terrateniente significa poseer grandes riquezas, representa un ejemplo de ese objeto de deseo. Esto será analizado más adelante en las obras seleccionadas. Como la definición de deseo se puede solapar un poco con la idea de sexualidad, se podría replantear esa idea y decir mejor que estamos frente a un objeto de discordia. Esa tierra no es necesariamente un objeto que se pueda poner en una sola mano, como un talismán. Pero sí constituye un bien del cual se ha de beneficiar sus dueños, y de ahí que sea tan importante tener grandes cantidades de ella. Pero la tierra puede cambiar de propietarios de diversas maneras, una de las cuales la constituye el desplazamiento¹¹. La violencia sirve como un elemento que ayuda con el proceso de cambio de dueño de las tierras. Si hay hechos sangrientos de violencia en alguna zona, esos hechos lamentables tienen como consecuencia que los predios pierdan

¹¹ Ver Ibáñez Londoño, A. M. En su estudio sobre el fenómeno afirma que el desplazamiento es un fenómeno migratorio cuya génesis radica en multiplicidad de causas inherentes a situaciones de violencia, ya sean políticas, económicas, sociales o culturales. Los alicientes al conflicto vienen dados dentro de un marco de permisividad estatal, políticas públicas mal direccionadas, necesidades básicas insatisfechas, inicua distribución de la tierra, inestables procesos de reparación de víctimas y discriminación que imposibilitan el reconocimiento explícito del verdadero efecto que esto tiene sobre la población.

precio, o que las víctimas se vean en la necesidad de vender a cualquier precio sus terrenos con tal de salvar sus vidas. El fenómeno de salir huyendo de una región por causa de hechos violentos se le denomina como el desplazamiento forzoso interno. Este desplazamiento se convirtió en un fenómeno endémico en la sociedad colombiana durante la época de La Violencia, y se ha vuelto a recrudecer durante las últimas dos décadas del siglo XX. Algunas novelas nos sugieren que el objeto de discordia puede constituirlo una finca, una hacienda, una posesión valiosa, o algún objeto material que alguien necesita en un momento determinado, incluso para poder sobrevivir. Una posesión cualquiera de una persona puede constituir en este caso específico un objeto de deseo para aquella persona que lo necesita. Es por tal motivo que el robo a mano armada es una estrategia para suplir una necesidad, cualquiera que ella sea. El agresor mide las posibilidades de cometer el crimen, pero también piensa en las consecuencias de cometer dicho acto. Sin embargo, lo comete porque la necesidad puede ser tan grande que justifique el riesgo. Aunque se puede argüir que no en todos los casos exista una necesidad verdadera, es decir, que pueden existir casos en los que prima la codicia y la ambición personal más que las necesidades básicas de supervivencia del ser humano. Como vemos hay diferentes causas de violencia que van desde la tenencia de tierra hasta el robo a mano armada, el narcotráfico, el bipartidismo, las riñas personales, el abuso de poder y de autoridad, el abuso sexual, el honor y la honra. Las novelas nos delatan estas causas de violencia general. De estas causas de violencia mencionadas, el narcotráfico juega un papel muy relevante en las tres últimas décadas del siglo pasado. En los años posteriores al Bogotazo no existía todavía un negocio sistematizado de distribución de alucinógenos como el de años 80, 90, o de los primeros años del siglo XXI. Todavía no

aparece en escena un personaje, como Pablo Escobar, que dedique su ingenio y habilidad para hacer negocios con drogas y cultivos ilícitos. Este componente será bastante importante hacia finales de los años 70 aproximadamente. Además, este componente es el detonante principal de la guerra futura en el país puesto que va a producir muchas ganancias económicas, de las cuales muchos desean sacar una buena parte. Con esto se le agrega aún más codicia al fenómeno de la violencia, puesto que ya no es necesario luchar abiertamente por la posesión de la tierra, sino que ella es ahora parte de las ganancias de los narcos, que además de tener grandes ingresos, están generando una nueva narco estética¹² que permea varios estamentos sociales. Se accede a la tenencia de la tierra con las grandes ganancias del narcotráfico. Evidentemente, las grandes cabecillas del narcotráfico habrán de comprar predios inmensos para saciar su apetito de nuevos terratenientes.

Otro aspecto teórico importante que nos ayuda a ver cuál es el objetivo de la crítica frente a un fenómeno como el de la violencia lo vemos expresado en las ideas de Walter Benjamin, quien se dedica a la comprensión de la labor de la crítica frente a un fenómeno complejo como el que tenemos en cuestión. Según él hay una relación importante que se debe tener en cuenta:

La tarea de una crítica de la violencia puede circunscribirse a la descripción de la relación de ésta respecto al derecho y a la justicia. Es que, en lo que concierne a la violencia en su sentido más conciso, sólo se

¹² Ver Rincón, Omar: "Narco. estética y narco. cultura en Narco Colombia". Lo narco no es solo un tráfico o un negocio; es también una estética, que cruza y se imbrica con la cultura y la historia de Colombia y que hoy se manifiesta en la música, en la televisión, en el lenguaje y en la arquitectura.

llega a una razón efectiva, siempre y cuando se inscriba dentro de un contexto ético. Y la esfera de este contexto está indicada por los conceptos de derecho y de justicia. En lo que se refiere al primero, no cabe duda de que constituye el medio y el fin de todo orden de derecho. Es más, en principio, la violencia sólo puede encontrarse en el dominio de los medios y no en el de los fines. (23)

Como lo habíamos discutido anteriormente con las ideas de Foucault, la relación entre respeto y justicia juega un papel importante en la comprensión de la violencia como fenómeno social. La violencia en sí no es necesariamente un fin. Es decir, probablemente los individuos no desean generar hechos de violencia, pero sí pueden acariciar la idea de emplear la violencia para obtener lo que desean, o como un mecanismo de disuasión bastante poderoso. En un discurso de poder dado se podrían emplear métodos violentos como una forma de resolver problemas. Por ejemplo, si no existe una manera en la que dos partes determinadas dialoguen y lleguen a acuerdos, la forma más fácil de ganar es sacando del terreno de la competencia al contrincante. La violencia implica que no sea necesario discutir, llegar a conclusiones, o hacer concesiones, sino que simplemente se elimina la competencia de manera tajante. Esto necesariamente anula las ideas de la justicia y el derecho.

El motivo de la violencia también puede ser de índole religioso. Si pensamos en momentos históricos de la humanidad, podemos encontrar en todos los continentes una gran cantidad de ejemplos en los cuales se ha empleado la violencia como un mecanismo para obtener aquello que se desea. Casi todas las guerras tienen un móvil económico determinado. La guerra, como ejercicio superior de la violencia, se ve como una forma

relativamente fácil de solucionar problemas. Y el problema es probablemente, en muchos de los casos, un acto de deseo y dominación que va a dejar como consecuencia un cambio de status quo para aquellos que lo ejerzan. Esto quiere decir que la situación del vencedor ha de mejorar, o que hay algún tipo de ganancia al llevar a cabo esta empresa. Sin embargo, resulta un poco extraño pensar que el ejercicio de la violencia sea visto por los seres humanos como un mecanismo de resolución de problemas efectivo. Obviamente, por métodos de dialogo no se puede lograr que ellos entreguen lo que su contraparte desea, y es entonces que la violencia entra a solucionar el problema que se presenta entre ambas partes. También podemos pensar que necesariamente las personas involucradas indirectamente quieren estar del lado del vencedor, que en muchos casos es también el agresor que toma desprevenido al agredido, o vencido que no sabe lo que le puede ocurrir.

Raymond Williams hace una interesante revisión de los aspectos literarios de Colombia desde la misma llegada de los españoles y la fundación de las ciudades principales. Es obvio que la influencia española es de vital importancia para este país, y que la consecuencia directa de la Conquista y la colonización de su territorio lo constituye la lengua que se implanta en el país, que con el tiempo florece, se mezcla con culturas indígenas, se nutre y transforma hasta llegar a nuestros días. En Williams también podemos ver cómo el mismo territorio parece haber embelesado a los conquistadores con ilusiones de fortunas infinitas y riquezas inexploradas:

In the early sixteenth century when the Spanish conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada explored and conquered the region we now call Colombia, he was motivated by a fiction: the legend of El Dorado.

Venturing up the Magdalena River with his soldiers, he found neither gold mines nor the fountain of eternal youth but a mine of emeralds, a mountain full of salt, and butterflies with blue wings. When he returned to Spain he filled the ears of the Spanish Crown with more fictions and was sent back to the New World to pursue his chimera. The experience of Jiménez de Quesada-and the Spanish Crown- was but an early example of the complex, often confounding interaction between a literary and an empirical understanding of Colombia over the centuries. (Williams 4)

Podemos ver cómo la leyenda del Dorado motivó la exploración del territorio que paso a paso fue develando sus encantos y entregando sus riquezas a los recién llegados que decidieron hacer de este territorio su terruño propio, al igual que su fuente de fortunas. El deseo de riquezas rápidas desbordó la codicia de los exploradores, y el escaso oro se convirtió en un motivo más que suficiente para crear conflicto. Tal vez no se podía encontrar ese anhelado oro que tanto se buscaba, pero se podían encontrar otras riquezas inesperadas. Williams también nos sugiere la relación existente entre el poder y la escritura propuesto por Foucault, y probablemente no se refiere únicamente a éste último sino también probablemente a Ángel Rama en *La ciudad letrada*:

Although a larger portion of the population is literate in Colombia in the twentieth century than during the colonial period, literature is still associated with the elite, and in the mid 1980s the illiteracy rate was approximately 22 percent. In short, Colombia's political and cultural history, from Jiménez de Quesada to García Márquez, exemplifies

Foucault's insistence on the direct relationship between power and writing. (Williams 4)

Podría verse cómo el ejercicio del poder de alguna manera genera creación literaria. Aunque inicialmente la cantidad de lectores es bastante limitada, a medida que se va evolucionando históricamente se llega a un número creciente de potenciales lectores de ficción literaria. Ya no es necesariamente la Corona o las cortes de España del siglo XVI o XVII, sino un público local. Pero hay que prestarle un poco de atención a esa relación que nos sugiere Foucault para poder comprender su verdadero significado. Foucault en su obra, *Vigilar y castigar* (1975) se cuestionaba si el encarcelamiento es un castigo más humano que la tortura. También cuestiona la manera en la que la sociedad ordena y controla a los individuos adiestrando sus cuerpos en forma evidente. Esto se debe analizar para poder comprenderse. Es de particular interés la investigación que realiza en su libro *Vigilar y Castigar* (1975) sobre los procedimientos que existen en la modernidad para controlar a los individuos, dividirlos, y lograr que realicen acciones aparentemente encaminadas hacia un desarrollo armónico y dócil dentro de la sociedad. Para tal objetivo, a los seres humanos se les divide, agrupa, y reagrupa. También se les divide en zonas y se les disciplina en las escuelas, en el ejército, en los hospitales, colegios y talleres. En estos sistemas modernos se imponen mecanismos punitivos que no son necesariamente corporales, violentos o sangrientos, pero que se encaminan hacia la sumisión de los individuos. Se podrían ver como métodos aparentemente suaves pero efectivos en los que el cuerpo está inmerso en una especie de campo político sobre el cual operan las relaciones de poder. Dichas relaciones marcan al cuerpo, lo hacen padecer suplicios, lo llevan a realizar trabajos forzados que van unidos con relaciones complejas

entre individuos. “Los trabajos forzados son una forma de encarcelamiento” (Foucault 107). Dentro de estas relaciones aparece la utilización económica del cuerpo. El cuerpo está imbuido en relaciones de poder y dominación y se puede apreciar como una fuerza de producción. El cuerpo se convierte en fuerza útil cuando es sometido. Uno de los instrumentos que se emplean para dicha sumisión¹³ es la violencia, o la ideología que de alguna manera también puede llevar a la violencia y el control. La justicia misma acarrea consigo violencia para ejercer el control: “la justicia no toma sobre sí públicamente la parte de violencia vinculada a su ejercicio” (Foucault 12). Los resultados de dicho control parecen ser coherentes, pero esta instrumentación multiforme no es fácil de localizar en ninguna institución específica, ni en un aparato estatal determinado. La justicia recurre a la violencia, y se imponen sus procedimientos vistos como encarcelamientos, golpes, ejecuciones, etc. El poder no es algo tangible que se posea, pero que sí se puede ejercer. Una de las instituciones relevantes en esta construcción de poder es la escuela. El cuerpo humano, es decir, el cuerpo físico de los niños, jóvenes o adultos entra en un mecanismo de poder que los desarticula y lo recompone tal cual nos lo sugiere Foucault. Esto significa que a los individuos se les vigila, se les educa y corrige de acuerdo con las normas establecidas por aquellos que tienen el control. El hecho de tener dicho control no significa que se tenga la razón. Por el contrario. Se hace a un lado la razón al imponer a ese cuerpo el control. Los niños y colegiales son como colonizados y se les prepara para

¹³ Ver Foucault, Michel. *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo xxi, 1983. A fines del siglo XVIII, y en los comienzos del XIX, a pesar de algunos grandes resplandores, la sombría fiesta punitiva está extinguiéndose. En esta transformación, han intervenido dos procesos. No han tenido por completo ni la misma cronología ni las mismas razones de ser. De un lado, la desaparición del espectáculo punitivo. El ceremonial de la pena tiende a entrar en la sombra, para no ser ya más que un nuevo acto de procedimiento o de administración. La retractación pública en Francia había sido abolida por primera vez en 1791, y después nuevamente en 1830 tras un breve restablecimiento; la picota se suprime en 1789, y en Inglaterra en 1837.

un sistema de producción que va a estar presente durante todas sus vidas. La disciplina fabrica cuerpos dóciles manejables que no cuestionan esos mecanismos de control, sino que ciegamente se aferren a ellos. Es así como podemos comprender las relaciones entre profesores y alumnos. Algunos alumnos completamente dóciles se prestan para esos mecanismos de control y actúan como elementos policiales esenciales para los profesores que necesitan de ellos para poder controlar a aquellos que no quieren entrar en ese molde. Es decir, de alguna manera actúan como mascotas adiestradas que necesitan del beneplácito de sus amos, y que se adiestran fielmente al molde que les crean sus profesores. Se castiga a aquellos que se rehúsan a participar de este bacanal de poder o que son conscientes de los efectos nocivos para la vida en comunidad de los seres humanos, especialmente en lo relacionado con el respeto y el buen ejemplo. Foucault también sugiere que en la escuela se trabajan los espacios de manera flexible y fina. Se divide por zonas en las cuales cada individuo tiene su lugar. Se evita la distribución por grupos y se cuestionan las pluralidades confusas. También se fijan espacios determinados para poder responder a la necesidad de control y de generar espacios útiles porque conviene poner esos cuerpos a moverse y articularse y colocarse donde sea necesario.

La disciplina logra que la clase sea homogénea, aunque esté compuesta de elementos individuales que se disponen unos al lado de los otros bajo la mirada inquisidora del maestro. También existen alineamientos obligatorios, grupos por edades, notas, calificaciones, sanciones y pocos premios. Los pocos premios son los privilegios arbitrarios obsequiados a manera de retribución por el maestro. Cada individuo debe portarse de acuerdo a su grupo de edad y se desplazan por una serie de posiciones jerárquicas que demarcan su capacidad y su conducta tal cual como es entendida por el

maestro. Hay un adiestramiento en cuanto a lo relacionado con el tiempo, es decir, los horarios o jornadas que son una herencia de los monasterios. El examen constituye una forma de control del tiempo y de producción que coloca a los individuos en un campo de vigilancia. Se podría también ver cómo la escuela genera violencia sutil en contra de los individuos y logra en verdad crear situaciones de malestar y frustración innecesaria entre todos los miembros de la colectividad, especialmente si no existe algún elemento unificador que haga su labor más placentera y al unísono. La Iglesia y la religión también podrían verse incluidos en estos mecanismos de poder, ya que los religiosos crearon un sinnúmero de escuelas, colegios y universidades distribuidas por todas sus zonas de influencia.

El poder es visto por Foucault como un juego de fuerzas aparentemente insensato que no tiene otro objeto ni sujeto que la fuerza misma. La relación de fuerzas es lo que denomina Foucault como poder. Dicho poder incluye la violencia, la cual se utiliza para cambiar o destruir objetos. Las acciones de poder incluyen otras acciones tales como desviar, incitar, facilitar, dificultar, limitar o hacer algo probable o no probable. Es por este motivo que Williams emplea este tipo de relación entre el poder y la escritura. Las clases dominantes que ejercen el poder delimitan, facilitan y premian una forma particular de producción literaria. También este autor nos sugiere que la novela no ha sido un género promovido por la elite colombiana que parece beneficiar más a la poesía:

In Colombia the novel has always been considered a relatively minor genre. The cultivation of poetry and the essay has been a historic ideal for its dominant elite of gentlemen –scholars. Until the 1960s virtually no industry for the production, marketing, and sale of novels had been in

operation as it has been known in the industrial West since the nineteenth century. The meteoric rise of Gabriel Garcia Marquez, the advent of multinational publishing houses, and the arrival of international Latin Americanism, among other factors, have radically transformed the genteel, regional and provincial literary scenario that in more than a century had produced only three novels of recognized national and international import: Jorge Isaacs *María* (1867), José Eustasio Rivera *La Vorágine* (1924), and Gabriel Garcia Marquez's *Cien años de soledad* (1967). (Williams 20)

Los estamentos de poder, como menciona Foucault, deciden qué se consume literariamente. Crean un canón literario que excluye todo aquel que no se amolde a él. Esta idea podría explicar por qué ha habido tan pocas novelas exitosas en el país, si se piensa que las relaciones de poder ejercen algún tipo de control real sobre la producción literaria. Si se considera que es esta elite la que tiene el poder de decisión sobre la producción literaria, es decir, que son los que poseen los elementos de producción, imprentas, medios de distribución y difusión, entonces tendría mucho sentido poder explicar por qué se ha menospreciado el trabajo literario de otros que no se amoldan a esas relaciones establecidas por las clases dominantes. Pero habría que analizarse en qué momentos históricos del país los autores se han podido escapar a esta relación entre poder y escritura que nos sugiere Foucault, o en qué momentos probablemente se ha resquebrajado ese discurso de poder proveniente de las clases dominantes.

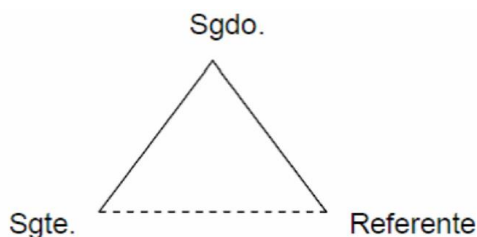
De otro lado, se pueden analizar a los hechos de violencia como fenómenos que tienen repercusiones. Los efectos de la violencia causan traumas. Estos traumas se estudian en la Teoría del Trauma propuesto por Judith Herman. Desde los años 70 se ha venido estudiando los efectos de hechos traumáticos a través de la historia reciente. Hay diversos enfoques antropológicos, e incluso literarios que nos ayudan a comprender dichos efectos negativos de la violencia. Según Herman los eventos traumáticos por lo general incluyen amenazas a la vida o a la integridad física de una persona, e incluso algún encuentro fortuito con la violencia o con la muerte misma. Desde una perspectiva neurológica se ve claramente cómo los efectos de los eventos traumáticos quedan marcados en las mentes de aquellos que los padecen, y que muy probablemente hayan de mostrar efectos secundarios que afecten sus propias vidas, es decir, que hablamos de efectos reales al largo plazo. Sin embargo, en la literatura tan solo podemos ver cómo se representan dichos efectos, o mejor dicho, la manera en que el autor codifica el dolor de las víctimas en sus relatos. Muy probablemente no se pueda de ninguna manera hacer un estudio neurológico viable de los personajes ya que se trata de hechos ficticios, que, aunque esté probablemente basados en la realidad, no dejan de ser invenciones elaboradas de los autores. El interés principal de los estudios de los traumas es el efecto que ellos dejan en la memoria a largo plazo, y en este sentido sí se podrían analizar estos efectos dentro de los cronotopos establecidos por los escritores en sus obras. La Violencia produce traumas a los personajes, causadas por los efectos de estas relaciones de poder presentes en su medio vital. Los escritores nos representan estos traumas como resultado de un hecho violento. El entorno y la época que nos muestran estos cronotopos son peligrosos e inestables. Estos nos ayudan a ver cómo se representa ese tiempo y ese

espacio en el que ocurría La Violencia. Los autores representan la sociedad que interactuaba y entraba en conflicto en la época de La Violencia. El conflicto mismo se podría representar obviamente como resultado de la pugna entre discursos de poder.

También se puede pensar que las obras mismas dejan un testimonio de los hechos ocurridos y que de alguna manera constituyen alguna forma de memoria escrita de lo sucedido en esta época en particular. Y ¿qué importancia puede tener un testimonio si ya no existe manera alguna de hacer justicia a las víctimas? El testimonio sirve como mecanismo de memoria; el recuerdo que no se debe olvidar. Si vemos a los hechos novelados por los autores como hechos basados en la realidad, aunque pertenecientes a la ficción, podemos ver que probablemente algunos elementos de las historias son contados prácticamente tal cual ocurrieron históricamente y por tal motivo constituyen una forma de testimonio para la posteridad.

Ya conociendo mejor los cronotopos de dicha época podemos conocer los elementos semánticos básicos inherentes a ella. Conviene explicar qué es un sema y por qué es apropiado aplicar este concepto a un análisis semántico literario. Debemos partir de la idea de que el autor de una obra toma ciertos aspectos de la realidad en su praxis literaria, creando así un telón de fondo o una ambientación espacio temporal, que en este caso viene a ser la época de La Violencia. Al referirse a las realidades de aquella época se ve en la necesidad de emplear semas específicos que denoten los referentes necesarios para así poder ambientar apropiadamente dicho momento histórico. Esos referentes tienen una carga semántica específica que crea un significado concreto en la mente de los lectores.

Ahora es preciso definir el concepto de campo semántico. Las palabras que integran los campos semánticos comparten un núcleo de significación o rasgo semántico común (sema) y se diferencian por una serie de rasgos semánticos distinguidores. O sea que los semas de rasgos diegéticos empleados por los autores se refieren a su creación artística exclusivamente, mientras que los semas de rasgos miméticos son tomados tal cual de la realidad. No hay manipulación del autor. A su vez, además de poseer un rasgo común, también poseen elementos diferenciales. De esta manera se van creando usos determinados con significados diferentes. Una forma de comprender el proceso semántico generado puede ser analizado a través de la relación existente entre símbolo y referente propuesto por Ogden y Richards en su *Semantic Triangle Model* que distingue tres entidades distintas: 1. "a set of symbols: the symbols used in the communication for transmitting the message, where a symbol is the word that calls up the referent through the mental processes of the reference". 2. "a set of concepts: the mental image or impression (e.g. semantics) about real objects from the sender agent's point of view indicating the realm of memory where recollections of past experiences and contexts occur"; 3. "one or more referents: are the objects of the real world that are perceived and that create the impression stored in the thought area" (257). El triángulo al que se refieren estos autores, puede entenderse como un proceso de codificación en el cual la carga semántica propuesta por el autor va a crear varios significados en la mente del lector. Dicho triángulo puede visualizarse de la siguiente manera. (ver fig. 1).



Sgdo es la sigla usada por estos autores para referirse al significado o la representación mental o el concepto que se tenga de una imagen fónica. El Sgte se refiere al significante o el componente material del signo lingüístico. El referente consiste en el objeto real aludido por el signo. Esto implica que la utilización de una palabra determinada en diversas expresiones genera diversos conceptos en las mentes de los lectores. Dicho en otras palabras, el uso de una palabra determinada desencadena una serie de conjuntos de ideas, conceptos, sensaciones, impresiones, etc., en el lector. Esta estrategia utilizada por los escritores que vamos a analizar les ayuda a crear conexiones semánticas que a su vez les permiten expresar sus ideas visualmente y, primordialmente, les posibilita describir esa realidad que existe en sus respectivos mundos, bien sean estos tomados de la realidad o existentes en sus mentes. En la mayoría de los estudios realizados sobre la realidad, o lo que se entiende comúnmente por realidad, se ha demostrado que los conceptos se forman en las mentes individuales de las personas, y que al ser compartidas en distintas experiencias grupales, es que esos conceptos existen en nuestra realidad compartida, es decir, que todos vemos una mesa por ejemplo, pero en cada una de las mentes de los que compartimos esa visión de la mesa, existen realidades distintas precisamente determinadas por el conjunto de impresiones o de imágenes mentales que dicho objeto genera en nuestras mentes. Cada vez que escuchamos una palabra determinada vienen a nuestras mentes recuerdos de momentos pasados en los que

de alguna manera experimentamos, vivimos, utilizamos, vemos, sentimos o palpamos dicho objeto. Esto nos obliga a pensar en la posibilidad de que los escritores que vamos a analizar utilicen ciertas imágenes para crear conexiones semánticas intencionalmente en las mentes de sus lectores. Esas imágenes mentales, o símbolos si se quiere, nos refieren a las realidades de la época de La Violencia.

El concepto de diégesis se refiere al mundo fabricado, o ficticio creado por la mente del autor en la que ocurren las historias o los eventos que él narra. El vocablo proviene de la palabra griega *διήγησις* que significa exposición, relato o explicación. La contraparte respectiva de esta palabra es mimesis, que proviene del vocablo griego *μίμησις*, que puede ser comprendida como la imitación, o representación de algo existente en la realidad, es decir, que de alguna manera reproduce, o copia los hechos sociales o naturales que el autor quiere mostrar. Por ende, podemos comprender un sema de rasgos diegéticos, como aquella palabra o palabras que provienen de la narración del autor, o del mundo fabricado por él. No son ni conceptos ni ideas ni situaciones tomadas de realidad alguna. No tienen por qué estar directamente relacionada con una realidad existente ya que obedece únicamente a los filamentos creados por la mente del autor para conectar ideas que a su vez escenifican referentes complejos. Por su parte, un sema de rasgos miméticos, es aquella palabra o palabras que imitan una realidad existente, sin pretender cambiarla ni crear fabricaciones innecesarias. También es empleada por el autor para escenificar referentes complejos verificables del mundo real. Mediante el contraste de algunos semas de rasgos diegéticos y miméticos se puede diferenciar claramente qué es proveniente de la realidad, y qué es proveniente de la ficción. Esto nos ayuda a ver lo testimonial, perteneciente a la memoria colectiva con bastante claridad a la luz de los

acontecimientos históricos. Sin embargo, las percepciones, sensaciones y universalidad de los temas tratados, ya sean diegéticos o miméticos, dependen exclusivamente de la habilidad creativa del autor, y de su comprensión estética del mundo literario.

Otro aspecto teórico relevante y necesario para el estudio de la violencia son los conceptos de René Girard sobre los orígenes de la violencia. Casualmente, René Girard emplea el concepto de mimesis para darle una explicación racional, factible al fenómeno de la violencia en general. Para Girard, el origen de la violencia proviene de una mimesis adquirida, y de la rivalidad. Se puede entender dentro del concepto del deseo original, y de las consecuencias de éste deseo, desde una perspectiva necesariamente religiosa. A pesar de que el concepto mismo parte de un supuesto estado inicial de deseo en el que todo comienza, sí hay elementos viables que nos ayudan a comprender la naturaleza misma de la violencia. Por algún motivo se copia un acto violento inicial, y así sucesivamente, muchos actos han sido calcados una y otra vez. En algunos casos tomados de la Biblia se encuentran los mismos hermanos involucrados en actos violentos: “A frequent motif in the Old Testament, as well as in Greek myth, is that of brothers at odds with one another” (Girard 4). Se copia un acto violento inicial escenificado por Caín y Abél, o los hermanos bíblicos que luchan entre sí hasta la muerte de uno de ellos. “One of the brothers kills the other, and the murderer is the one who does not have the violence- outlet of animal sacrifice at his disposal” (Girard 4).

El concepto de mimesis empleado por Girard es igual al explicado anteriormente. El término mimesis proviene de voces latinas y griegas que significan “imitación”. Es probable que la palabra haya llegado al latín proveniente de la cultura griega, y de ahí a la lengua castellana. La mimesis presupone de alguna manera algo superior a la

representación, al menos en lo artístico, es decir, que se acerca más al original, a tal punto que es difícil diferenciarlos. Se puede entender como una fotografía de la realidad, o radiografía de algo interno que no se puede ver a simple vista, pero que sin embargo puede ser contemplado. También podríamos ver esta mimesis en diversas acciones humanas como por ejemplo aprender algo. Es decir, que el proceso de aprendizaje presupondría una copia de un original, o una imitación de algo preexistente. En este sentido, prácticamente toda acción humana podría representar una imitación de algo que ya existe o que tal vez siempre haya existido porque se ha copiado infinidad de veces. “Only violence can put an end to violence, and that is why violence is self-propagating” (Girard 27). La violencia como acción humana es uno de esos comportamientos miméticos que parte de algún hecho original del cual se generó un patrón que probablemente se haya propagado muchísimas veces. Es allí precisamente donde radica el punto controvertido de la teoría ya que si nos ceñimos a un patrón religioso judeo-cristiano, estos conceptos nos obligarían a considerar los mitos creacionistas como el punto de partida del cual se copian muchos de los comportamientos humanos. A pesar de este aspecto aparentemente controvertido, sí podemos ver algunos elementos bastante justificables para hacer un análisis de la violencia como algo aprendido o imitado de generaciones anteriores. Hay dos conceptos muy sencillos que ya hemos discutido anteriormente que nos ayudan a explicar por qué ocurre la violencia, o por qué se llega a ella como mecanismo de control social. Un ejemplo clásico que podemos citar es el mismo empleado por Girard para darle fuerza a sus explicaciones. Hay dos niños que juegan a la pelota por un tiempo determinado y que se divierten sin ningún problema en su juego. Pero uno de ellos desea quedarse con

la pelota por más tiempo, o en el peor de los casos quedársela permanentemente. Hay un fuerte deseo por algo material que se debería compartir, pero cuya posesión produce un anhelo desmesurado en uno de estos niños. Como uno de los niños se siente afectado por el deseo del otro de mantener la pelota hay un conflicto que los lleva a una rivalidad real proveniente de un objeto material. Esta idea también es compatible con algunas de las de Foucault, ya que él piensa que los hombres, o niños en las relaciones de “lucha y de poder” (20), “procuran dominarse unos a otros, y quieren ejercer relaciones de poder unos sobre otros” (Foucault 20).

Cabe explicar que en muchos casos el objeto de deseo no es necesariamente algo material, sino que puede ser un concepto, una ideología, una mentalidad, una opinión, etc. A partir de esta rivalidad ocurren hechos de violencia entre estos niños que pueden llegar incluso a darse golpes por poseer la pelota. Pueden hasta herirse gravemente en esta disputa. Si llevamos la narrativa a un desenlace fatídico podría incluso haber una muerte a causa de esta rivalidad. Pero pensemos positivamente y dejémoslo tan solo como una riña corporal sin resultados fatídicos. Con este sencillo ejemplo podemos ver cómo un objeto de deseo material puede convertirse en un objeto de riña, de lucha, de guerra, y que puede haber consecuencias graves. Podríamos pensar que esto se aplica a cualquier grupo humano. Por ejemplo, dentro de una familia puede haber riñas por posesiones deseadas. Terrenos, casas, dineros que son heredados por quienes no tienen un derecho aparente sobre dichas posesiones. En una empresa, o compañía también pueden darse estas riñas por factores salariales, o derechos laborales. En un país pueden ocurrir guerras civiles por la lucha de poder entre bandos, o partidos enfrentados. En una contienda electoral también se generan disputas porque los perdedores no desean

aceptar al vencedor, etc. Es decir, que en prácticamente todo contexto humano puede existir un objeto de riña, o una causa de lucha, guerra, revolución que proviene de una injusticia, o de algo que no debería de ser así. En el caso de los niños, la verdad es que ninguno de los dos debe tener derecho exclusivo de esa pelota, o que en el mejor de los casos se la deba compartir por igual mientras se juega. Esa sería la solución más acertada y que no dejaría personas perjudicadas. También podemos ver algo similar con los recursos naturales. ¿Quiénes son los verdaderos dueños de los recursos de una región? ¿Sus habitantes? ¿Las compañías que las explotan, así sean foráneas y se beneficien de forma particular? ¿O los habitantes de una región que no se aprovechan de ellos? Un ejemplo sencillo lo podemos ver en un pozo de agua en el desierto. Dicho pozo siempre ha sido utilizado por un grupo humano, una tribu, una nación. Pero un día cualquiera llega otro grupo humano que necesita beber agua. La verdad es que lo más apropiado sería compartir ese recurso entre todos aquellos que lo necesitaran en un momento determinado. Sin embargo, si tal recurso no supe las necesidades de ambos grupos humanos, habrá un conflicto que puede muy fácilmente culminar en guerra entre dichos grupos. La verdad es que no existe una manera racional de solucionar dicha situación. Al menos no existe una forma transparente que beneficie a todos. Siempre un grupo se verá en la encrucijada de aprovecharse del otro y obtener más beneficios. Muchas veces estas disputas culminan en actos de violencia grupal, o en actos de violencia generalizada, es decir, ataques, asaltos, o incluso guerras declaradas entre dos grupos, dos naciones, o dos tribus. Dichas disputas, cualquiera que ella sea teniendo en cuenta la magnitud, culminarán en muertes de ambos lados, sin embargo, el lado vencedor será el que menos víctimas presentes, o el que menos daños sufra. Se sabe de

ante mano que pueden existir muchas víctimas mortales de los conflictos, y sin embargo se toma el riesgo porque hay un motivo muy fuerte que obliga a ganarlos. El poder visualizar la victoria y los beneficios que se obtendrán de ella es más que un detonante para emprender una acción violenta cualquiera. Por ende, se trata de un conflicto en el cual hay que echar mano a las habilidades físicas, bélicas, recursos humanos, ingenio, etc., para poder ser el vencedor. En la historia de la humanidad vemos rivalidades entre naciones desde prácticamente el inicio mismo de la civilización. Teniendo esto en mente podríamos ver que prácticamente ninguna generación ha vivido en ningún lugar, en ningún momento histórico sin que no haya ocurrido algún hecho lamentable de violencia. Podríamos pensar que los autores representativos que estudiaremos son conscientes de este hecho, es decir, la violencia en general no es diferente en ninguna parte del mundo. Es universal y causa los mismos traumas y problemáticas. Constituye un elemento estructural comprensible por cualquier persona de cualquier cultura, ya que en todas las culturas humanas existen estas luchas de poder y discursos encontrados. Nos referimos en este caso a la violencia generada por las decisiones tomadas en los altos mandos de los estados, o de los grupos humanos en contienda. Prueba de ello son los libros de historia que narran las batallas épicas de nuestros antepasados, o los que elaboramos en nuestras mentes como los orígenes de nuestros pueblos, aunque la verdad sea un poco distinta. Las narrativas épicas, mitos y leyendas de probablemente muchos pueblos del planeta nos pueden ayudar a comprender esos conflictos intergrupales que han plagado la convivencia de los seres humanos a través de la historia. También, los libros de carácter religioso tales como la Biblia, la Torah, el Corán, poseen textos enteros dedicados a revivir hazañas de héroes que contaban con

algún tipo de ayuda divina y que tuvieron que sopesar los problemas que se presentaban en sus comunidades. Es decir, que algo como la violencia es completamente genérico, generacional, aprendido o imitado de un patrón anterior. Es prácticamente imposible encontrar un grupo humano en el que jamás hayan existido hechos violentos. Si buscamos dentro de nuestras propias memorias probablemente encontremos algún momento en el que presenciemos, alguna riña, pelea, lucha o en el peor de los casos alguna guerra. Tal vez, en el mejor de los casos, no todos los seres humanos hemos sido víctimas directas de una guerra como por ejemplo la Primera Guerra Mundial, pero sí muy probablemente nuestros antepasados cercanos o lejanos lo hayan sido. Tal vez nunca haya tenido una pelea física en mi vida, o nunca haya luchado en una batalla campal, pero muy probablemente haya leído sobre alguna contienda, o haya visto alguna en un documental histórico, o en alguna película bélica. En el siglo XXI somos testigos prácticamente presenciales de los acontecimientos en cualquier parte del planeta gracias a los adelantos tecnológicos. Esto significa que podemos teóricamente estar presentes en una zona en conflicto e incluso ser testigos visuales de batallas sin tener que estar presentes físicamente en dicho lugar. Para el caso de la segunda mitad del siglo XX en Colombia, el país contaba con varias estaciones de radio, varios periódicos locales y nacionales, dos cadenas de televisión a partir de 1954, de tal manera que la difusión de los acontecimientos regionales era relativamente rápida.

“En la historia reciente de Colombia, desde la segunda mitad del siglo anterior, los noticieros de televisión han ganado terreno de forma gradual e irreversible. Desde la primera edición, con la inauguración en junio de 1954, el *telenews* apareció como un marcador de tendencia: los

noticieros adoptarían la trayectoria y la perspectiva de hacer noticias en el exterior, particularmente, en Estados Unidos. Aquí se colocará el acento en la producción nacional de los telenoticieros” (Gutiérrez Sanín 351).

Con la introducción de los medios masivos de comunicación, se agrega un componente importante en la difusión de las narrativas de violencia en Colombia muy relevante. Tal vez no tan eficiente y veloz como en la actualidad, pero sí bastante más rápido que en épocas anteriores como la Independencia, la Colonia, etc. Esto implica que ahora es más fácil saber lo que está ocurriendo en lugares más remotos y de los que no se tenía mucho conocimiento en el pasado. La difusión de las narrativas de violencia se ha expandido exponencialmente. Podría pensarse que prácticamente cualquier persona, incluido un escritor ha escuchado, visto o leído alguna de estas narrativas. Nos convertimos en consumidores de escritos, relatos y noticias. La difusión de noticias podría probablemente contribuir de alguna manera con la creación de un imaginario de hechos de violencia cotidianos que no parecen tener razón de ser, pero que en su mayoría están fundamentados en la convivencia misma, los intereses personales, económicos, partidistas y mezquinos en muchos de los casos.

En nuestra propuesta de análisis semántico-literario emplearemos necesariamente los conceptos de Ogden y Richards, para poder determinar con claridad cuáles son algunos de los semas diegéticos y miméticos empleados por los autores escogidos como representantes importantes de la novelística de la Violencia. Dichos semas escogidos han de entrelazarse con la tematología planteada dentro en cada texto y con las representaciones que los autores hacen de diversos aspectos inherentes al periodo de la

Violencia. También emplearemos los conceptos de Girard y Foucault que nos ayuden a comprender y contextualizar los posibles significados e interpretaciones de los hechos violentos ocurridos en esta época sangrienta. Dichas explicaciones irán entrelazadas a ambos lados del espectro entre la realidad y ficción que se desea mostrar. Además de estos conceptos sobre la violencia que proponemos emplear, también podríamos echar mano a otras teorías empleadas en análisis literarios recientes que le den un enfoque de género, feminista, neohistoricista, estructuralista, o deconstruccionista a nuestra crítica.

En conclusión, como pudimos apreciar en estas breves notas teóricas, el enfoque de la violencia se puede analizar desde varias perspectivas y desde diversos ángulos. Evidentemente hay muchos componentes teóricos aplicables al análisis literario de la violencia. Mediante la revisión detallada del discurso de los autores se podría analizar con bastante exactitud lo que para ellos significan estos hechos de violencia. Es decir, la violencia, además de ser un vocablo polisémico que se refiere a diversas formas de abuso de la fuerza, y de discursos de poder a todo nivel, tiene un significado dentro de un contexto social determinado. Es en la sociedad misma, y en las relaciones que en ella se establecen en todos sus estamentos que aparecen estos conflictos armados y sociales que son utilizados por los autores como musa para su creación artística. Es en una sociedad cualquiera en la que aparece y florece la violencia, es decir, que las sociedades mismas generan probablemente actos de violencia a sus interiores por muchísimas causas. Si vemos la violencia como un componente semiótico, es decir como un símbolo, entonces necesariamente debe existir un significado que explique las razones de su existencia. Ese significado debe analizarse para encontrar el trasfondo del asunto, es decir, por qué se emplea la violencia como método de resolución de conflictos. Los

autores han de representar sus visiones sobre la sociedad y el conflicto en sus obras y nos mostrarán cómo delinean con sus plumas este conflicto de la época de La Violencia en la literatura de mediados del siglo XX en Colombia.

3. Representaciones de la sociedad de la época de la Violencia en la literatura colombiana.

En este capítulo exploraremos obras representativas de lo que hemos denominado la literatura de La Violencia. Vamos a analizar dichas obras literarias cronológicamente de acuerdo con la respectiva fecha de publicación. Todas las obras aquí analizadas corresponden al periodo histórico establecido en el capítulo anterior (1948-1965). Pueden ser clasificadas como obras pertenecientes al periodo de Intra-Violencia, es decir, escritas durante el clímax de este periodo, específicamente entre 1952 y 1955 respectivamente. En ellas podemos ver representada la sociedad de la época de La Violencia. Es de particular interés nuestro poder establecer las posibles relaciones causa-efecto entre sociedad y conflicto. También, el trasfondo representado puede ser analizado detenidamente para entender mejor las problemáticas de esta sociedad plasmada por las plumas de los escritores. Analizaremos aspectos generales tales como ciertas notas biográficas de los autores a manera de contexto historiográfico que nos ayuden a comprender el pensamiento y los intereses o inclinaciones políticas y sociales de los escritores. Además, se hace una síntesis de cada una de las obras que nos ayude a comprender mejor la representación y el enfoque que cada autor hace del conflicto de la época de La Violencia en su obra. Se analizan específicamente las representaciones sobre la sociedad de la época en cuestión y del trasfondo de esas relaciones sociales, clases estratificadas, y todos los aspectos polisémicos relacionados con el concepto de sociedad. De igual manera se analizan ciertos apartes relevantes tomados de los argumentos de cada una de las obras analizadas. Con estos aspectos generales pretendemos demostrar las

posibles interrelaciones intrincadas existentes entre el tema plasmado por los autores y la época en cuestión.

i. La sociedad representada en *El Cristo de espaldas*

(1952)

Eduardo Caballero Calderón nos presenta una sociedad rural estratificada en la que las clases menos favorecidas están representadas por los campesinos minifundistas en un ambiente político altamente tóxico para los personajes. Tenemos por un lado a los campesinos pobres y por otro a los gamonales que dentro del relato representan las clases altas privilegiadas de las zonas rurales del departamento de Boyacá. Esta sociedad representada en la obra actúa como elemento promotor de injusticias. Las injusticias son de diversas índoles. Tenemos por un lado la injusticia social proveniente de la explotación del trabajo. Hay una sociedad netamente agraria en la que la posesión de la tierra viene a jugar un papel preponderante en el posicionamiento social de los personajes y de sus propias narrativas de violencia. De otro lado tenemos el sistema mismo que parece favorecer a los más privilegiados y olvidarse por completo de los desposeídos. La educación también juega un papel esencial en esta representación de la sociedad de la época en cuestión, ya que ella sirve para clasificar a las personas dentro de los estamentos sociales, y como un elemento diferenciador de las clases bajas, las clases medias y altas. Argüimos que Eduardo Caballero Calderón mediante la utilización de rasgos miméticos, o unidades mínimas semánticas copiadas de un referente real, recrea estamentos sociales generadores de violencias. Estos rasgos miméticos evocan lo

eclesiástico y la religión, cuya esencia se ve subvertida por el compromiso que muestra el cura nuevo al intervenir en el conflicto local. También demostramos cómo el concepto de “brothers at odds” (4) de Girard encasa perfectamente dentro de la construcción literaria de Caballero Calderón para explicar las causas de la violencia. Dentro de los aspectos generales de las obras escogidas, vamos a presentar una breve síntesis de la misma, necesaria para poder comprender el contexto de las relaciones sociales representadas en obra. También se incluyen algunos aspectos relevantes que la crítica literaria ha destacado sobre esta obra.

Eduardo Caballero Calderón es uno de los escritores prominentes del siglo XX en Colombia. Como escritor Eduardo Caballero Calderón siempre mostró un interés por la realidad política del momento. Esto se debe muy probablemente al contacto diario con la “realidad del país por su trabajo como periodista” (Varón 1). Algunos estudiosos de la novela colombiana lo posicionan bastante bien dentro de las generaciones de escritores novedosos que han producido las letras colombianas, ocupando un puesto importante dentro de los escritores del siglo XX. “Además de García Márquez, los novelistas principales de la primera generación son Manuel Mejía Vallejo, Héctor Rojas Herazo, Eduardo Caballero Calderón y Fernando Soto Aparicio” (Williams 46). Nació en Bogotá, Colombia, el 6 de marzo de 1910, en el seno de una familia “aristocrática boyacense compuesta por el general Lucas Caballero y doña María del Carmen Calderón, de cuya unión nacieron, además, Ana Cecilia y Lucas, hermanos del escritor” (Castro 7). Desde niño se despierta su “inquietud literaria, que contrasta con su escasa afición por los deportes, pero parece estar afín con su espíritu taciturno y solitario, alimentado por las lecturas clásicas en las que lo orienta su padre, quien no sólo ejerce como militar y

político, sino, además, escribe para algunos periódicos locales” (Castro 7). Durante su vida tuvo diversas ocupaciones tales como la de periodista, ensayista, traductor, editor, diplomático y novelista. Rincón Vargas nos aporta una nota periodística escrita por Caballero Calderón bajo su seudónimo *Swann* en la que se puede notar el interés por lo literario:

Esta mañana al pasar por la Avenida de la República, fui testigo de un espectáculo que me llenó de tristeza. En dirección a la capilla San Diego se dirigía la humilde comitiva de un entierro de tercera clase. Apenas iban acompañando al muerto, unas veinte personas de su parentela [...] Así la vi pasar, y, tal vez porque tengo el alma demasiado ingenua, sentí un gran desfallecimiento de angustia. Hubiera hecho una frase, si supiera hacer frases como las gentes que ven la vida por entre la gramática; pero no sé hacer frases. Apenas pensé que es un espectáculo muy triste el de todas las victorias muertas que todavía se arrastran por las calles. (20)

En esta cita Rincón recopila los escritos biográficos hechos por Caballero Calderón en los cuales rememora sus experiencias. Escribía bajo el seudónimo de *Swann*. Evidentemente, el autor pretende hacer más que una simple narración de sucesos y desea convertir un hecho sencillo en toda una historia con una clara intención artística que va más allá de la simple relación de sucesos. También se puede destacar su interés por alejarse un poco de lo político por considerarlo algo relativamente falso, o hueco, es decir, que los políticos emplean la demagogia para lograr objetivos particulares. En un

artículo publicado en su columna habitual “Cosas del día” del 2 de febrero de 1939 nos deja ver su desilusión por los políticos:

Cuando el que esto escribe tenía tan solo quince años que hacen del mundo una esfera milagrosa que navega al azar en una atmósfera de milagro, los políticos constituían su admiración más vehemente. El político era un señor vestido de oscuro, con cuello de punta vuelta que subía las gradas del capitolio con la frente oscurecida por los problemas nacionales. Era el señor que llevaba entre su cartera, bajo el brazo, el destino de la república. Había nacido para pensar por la numerosa e insignificante tribu de los electores, y por ello, tenía derecho a que el Estado lo sostuviera y mantuviera ante todo y por sobre todo. (Rincón 26)

De nuevo Rincón recopila historias de Swann en las que recuerda su vida personal y explica su posición con respecto a lo político. En esta nota el autor nos comenta cómo en sus primeros años sentía una gran admiración por la labor de los políticos, pero también deja ver un aparente descontento. Este descontento o desilusión ocurre porque Caballero Calderón se da cuenta de que un personaje político constituye de alguna manera una persona parasita mantenida por el Estado. No parece contribuir nada a cambio, pero si se beneficia de éste.

Años más tarde, cuando el autor de este comentario se encontraba en la universidad y tenía entre sus profesores muchos políticos de alto bordo, muchos ministros de despacho y otros pájaros por el estilo, su visión del

político se redujo extraordinariamente. Llegó a convertirse en un señor que decía tonterías como cualquier señor que no fuera político, y únicamente gozaba del privilegio de que los diarios le publicaran el retrato con una desagradable frecuencia y los gobiernos le nombraran de vez en cuando, o bien ministro, o bien cónsul, o bien jefe de aduanas. (Rincón 26)

La madurez le había enseñado la verdadera cara de la política. Había visto la realidad del juego de los políticos en los cargos importantes del Estado. Tal vez por ese motivo se interesó un poco por lo que le ocurría a los menos favorecidos, por los campesinos, los siervos, los que no tienen quien hable por ellos. Los días de Caballero Calderón transcurrieron observando cómo la violencia política destruía la escala de valores morales de los individuos, a causa de la obsesión por el dinero, la constante impunidad con los campesinos y la incapacidad de construir un Estado equilibrado en el que los “mejores hombres ocuparan los puestos que determinarían el crecimiento de las zonas rurales” (Rincón 26). Treinta y nueve años de vinculación con el periódico *El Tiempo*, se fragmentan cuando se jubila del diario, por solidaridad con su hermano Klim (Lucas Caballero Calderón) quien se ve obligado a renunciar a su labor como consecuencia de las sátiras lanzadas en sus columnas contra el gobierno de López Michelsen. Las constantes críticas, acompañadas de un excelente sentido del humor por parte del escritor, generaron malestar en el mandatario, al punto de pedir su renuncia aduciendo que sus columnas desestabilizaban al gobierno. Estos acontecimientos no eran extraños en la vida de los hermanos Caballero Calderón, especialmente por parte de Eduardo, quien al parecer en varias ocasiones había arremetido contra Laureano Gómez y Rojas Pinilla, además de declararse amigo y admirador de Jorge Eliecer Gaitán, a quien

probablemente seguía detenidamente. Durante su vida profesional Caballero Calderón publicó varios ensayos que siempre tuvieron en cuenta la situación de los problemas de las personas del común, sus problemas económicos, y su lucha por la supervivencia, en un mundo hostil y difícil. Abordaba los problemas de los campesinos boyacenses, es decir, de las gentes de su tierra natal, a los que conocía bastante bien. Ellos se habrían de convertir en su fuente de inspiración literaria como se puede evidenciar en sus novelas *Tipacoque* y *Siervo sin tierra*, que será analizada detenidamente más adelante.

Eduardo Caballero Calderón representa el conflicto de la época de La Violencia en su obra *El Cristo de Espaldas* dentro de una perspectiva sociológica en la que analiza el trasfondo de las problemáticas sociales de la región rural de Boyacá. El crítico Robert Kirsner ha visto en Caballero Calderón “un patriotismo angustioso personal” (Kirsner 34), probablemente por tratarse de su propia tierra natal. Su obra también “expresa la violenta visión del hombre solitario” (Kirsner 34). Su personaje principal es un cura nuevo que recientemente ha salido del seminario pero que desafortunadamente llega al pueblo en el preciso momento en el que es asesinado el gamonal del lugar. La soledad de su labor y la desesperación provienen de la misma situación social que debe vivir en ese pueblo. “Amor, patria, religión, todo esfuerzo colectivo no es más que un mito social, una ilusión que sirve de pretexto para que exista sociedad” (Kisner 34). Una sociedad en conflicto en la que se sufre interiormente. Nos propone así el autor una especie de monólogo personal en el que se exorcizan los miedos provenientes de las relaciones interpersonales, y del miedo mismo de verse inmiscuido en hechos sangrientos. Paganelli por su parte ve que la obra de Caballero Calderón “propone una representación del fenómeno de la violencia política, al igual que la importante función que asumió la

Iglesia dentro de dicho conflicto” (143). Esto se evidencia claramente al presentarnos un personaje principal, cura joven, que inmediatamente después de salir del seminario se ve enfrentado a la realidad del campo colombiano. En la obra encontramos una dualidad binaria representada por un padre y su hijo. El padre de filiación política diferente al hijo. “Gracias a Dios se va mañana el Anacleto... ¡Ave María purísima!... ¡Haberle salido rojo ese muchacho!” (Caballero 18). Por un lado, tenemos al liberal representado en Anacleto, y al godo, azul, conservador representado en el Padre, Don Roque. Godo es la palabra popular empleada para referirse a un simpatizante del partido conservador. Por su parte Don Roque “no le perdonará nunca al muchacho haberle salido rojo” (Caballero 17). El lenguaje y el léxico intolerante forman parte de esta representación de los partidos políticos y de la Iglesia, la cual también resulta inmiscuida en el conflicto. Es así como a los liberales se les ve como “rojos”, “ateos”, “librepensadores”, “masones” y hasta “comecuras”. A su vez a los conservadores se les representa en el léxico de los personajes como “azules”, “godos” y “beatos”. El bipartidismo se ve representado como la dualidad existente entre personas de distinta filiación política. Por un lado, aparecen los liberales o rojos por el color de su bandera, y por el otro los conservadores o azules, por el color de su bandera. Se asocia la idea de ser conservador con ser aliado de la Iglesia, la cual por su parte favorecía a los que estaban de su lado. También aparece en la obra la figura detonante de la época de La Violencia representada en el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Pero en esta ocasión se desplaza la lucha de centros urbanos, como en el Bogotazo, a zonas lejanas de la capital con “el inicio de una escalada de violencia contra las masas que tendría en el ámbito rural su principal escenario” (Paganelli 145). “Alrededor de 1952, en pleno apogeo del mandato conservador de Laureano Gómez,

Eduardo Caballero Calderón escribe su *novela El cristo de espaldas*, retratando la situación política, social y económica de ese amargo periodo histórico” del país (Castro 14). El tema más importante abordado por el autor en *El cristo de espaldas* es el enfrentamiento de un sacerdote que ha salido recientemente del seminario con varias situaciones de violencia provenientes de los alrededores de su parroquia. Este personaje en particular debe soportar muchísimas presiones desde su llegada a un pueblo alejado en el que sólo resiste permanecer por un brevísimo tiempo. Las presiones provienen de varias circunstancias tales como la incomprensión de los parroquianos, los chismes alrededor suyo, la torpeza de la política partidista y la indiferencia general de sus superiores en la orden religiosa que no se inmutan por las vivencias del párroco. El autor emplea semas de rasgos miméticos que contextualizan la relación entre la vida religiosa, los votos de obediencia que el religioso hace a su credo, el discurso de poder existente al interior de la orden religiosa, representada en las voces inquisidoras de los superiores del párroco. Nos describe tanto la zona geográfica a la que fue a parar este joven cura, como la situación de su parroquia, no sólo en el estado físico de la misma, sino también en el estado de la fe presente en su congregación. El autor emplea estos semas miméticos tomados estrictamente de la realidad porque no desea crear mundos alternos para escenificar sus historias. Por el contrario, pone en la mente de los lectores referentes muy concretos de la realidad. El autor hace referencia al evangelio según San Mateo en algunos apartes de su obra. “El Evangelio según San Mateo se perfila como un decálogo de la función pastoral y de las renunciaciones a que los servidores del pueblo de Dios son sometidos” (Campa 148). Luego de esta referencia religiosa sugerida por Campa, tal vez sea pertinente recordar que, en este evangelio, además de las cronología y genealogía de

Jesús, se nos presentan las matanzas de inocentes, después del nacimiento del Jesús en Belén. Tal vez en el pueblo se estén matando inocentes, lo cual constituye una similitud entre la narrativa bíblica y los acontecimientos de este pueblo alejado en la cordillera de los Andes. Caballero Calderón emplea semas de rasgos miméticos que copian fielmente tanto componentes religiosos, enseñanzas bíblicas, y pasajes de la misma, sino también la jerarquía de la Iglesia como institución ligada con las élites del poder. No existe nada que difiera entre la realidad eclesiástica y la narración del autor. El autor podría haber escogido una narrativa distinta que no copiase una institución proveniente de la realidad, sin embargo, decide ser fiel a ella.

El cura se ve inesperadamente en medio de la pasión, del fervor descontrolado y de un fanatismo religioso generados por los acontecimientos del pueblo. Él es testigo casi presencial del asesinato del gamonal del pueblo y se ve envuelto en los odios y las venganzas creadas por tal hecho. El sacerdote asume la defensa de los derechos del acusado quien en verdad es inocente. Para ello se vale tan sólo de sus propios valores y de la creencia en la bondad de los valores cristianos. El terreno escarpado y difícil de transitar representa también las dificultades que deben soportar no solamente el cura sino también los habitantes de la región que deben viajar de un pueblo abajo de la montaña a otro más arriba. Tan sólo son unos pocos metros de diferencia, pero recorrer este terreno se convierte en un completo viacrucis. Es el camino mismo de dolor y desesperación que viven los personajes. Corre el año de 1949. Los conservadores han vuelto al poder, y se impone el imperio de un gamonal que trae consigo su propia ley, justicia y orden para la comarca: Es contra esta noción de ley y justicia contra la que discierne esporádicamente el sacerdote. Al final alcanza sólo un triunfo espiritual, salvando de la muerte a un

presunto culpable, pero sometiéndose a la imposición de “un traslado al seminario, donde deberá educar niños, misión que no era de su agrado” (Castro 15). Aquí podemos ver la lucha de discursos que nos plantea Foucault. Estos discursos enfrentados representados por las ordenes arbitrarias de los superiores eclesiásticos del cura que desconocen los intereses del mismo y que le obligan a someterse al designio de sus superiores. En la novela se emplea un lenguaje sencillo y vernáculo de fácil comprensión que hace que la obra sea bastante entretenida en la medida en que el lector se adentra en el clímax de las acciones. Los personajes del pueblo son además víctimas de injusticia social ya que su “miserable jornal no se alteraba porque menguara o creciera la fortuna de los gamonales” (Caballero 74), tal cual como nos lo presenta Caballero Calderón en su obra. Los gamonales y los terratenientes representan las clases altas privilegiadas de las zonas rurales.

La violencia en general comienza en la novela con la muerte del gamonal conservador del pueblo, Don Roque, que es asesinado y no se sabe quién o por qué lo hayan matado. Su cuerpo putrefacto se muestra como metáfora de la descomposición social de la época de La Violencia y como un símbolo más de la muerte violenta que acecha por todos lados a los habitantes del pueblo. La venganza de los muertos también es un tema planteado en la obra de Caballero Calderón, puesto que se señala como un posible culpable de la muerte de Don Roque a su hijo legítimo, Anacleto, quien no reconocido por el occiso. Otra pista es que el joven Anacleto, al que se le ha imputado la muerte del gamonal, es partidario del partido liberal. Anacarsis, su otro hijo legítimo, es del partido conservador. Es aquí que apreciamos la idea de “brothers at odds” (4) que nos plantea Girard. Hay una disputa por la posesión de la herencia de Don Roque, la hacienda

Agua Bonita que “es un criadero de ovejas y sembradero de papa, que perteneció a la madre de Anacleto, la hermana de Don Pío Quinto Flechas a quien sacaron como a una de ellas hacía tres años” (Caballero 66). También se ve la angustia que causa el conflicto de la época de la Violencia que hace que los habitantes participen en actos religiosos “más por temor a violar las normas establecidas o a desobedecer las recomendaciones del cura que por convicción religiosa” (Caballero 158). El cura experimenta una procesión interna en la cual él mismo vive una pasión; la pasión de su conciencia; el desequilibrio emocional que le produce sentirse obligado a actuar y verse cohibido por su propia orden religiosa. El miedo, la angustia que el conflicto genera en las personas es tal que sacude los cimientos mismos de los habitantes. Durante este conflicto es que llega al pueblo este cura nuevo que tendrá que asumir un papel de conciliador y de juez. Con esto se representa una nueva teología. Una concepción teológica nueva que pretende preocuparse por la integridad física de los feligreses, no sólo de sus almas. Esta concepción nueva entra a contradecir a la de su predecesor en este escenario planteado por Caballero Calderón. El cura encuentra al pueblo como un escenario vacío y en decadencia puesto que hay muchas carencias, por ejemplo, no hay luz eléctrica en el pueblo, y la iglesia se está deteriorando a pasos agigantados. Es un edificio abandonado y saqueado. La imagen de las armas se ve como las ganadoras en este conflicto: “Las armas siempre triunfan sobre las letras en las democracias” (203). Esto se podría ver como el triunfo de la fuerza sobre la razón, de la oscuridad de la ignorancia sobre la luz de la sabiduría. Por su parte, como el cura intenta ser neutral en el conflicto, finalmente es destituido por inmiscuirse en política. El autor nos plantea una representación del conflicto de la época de La Violencia enmarcada por las tensiones vividas por los habitantes en las zonas en

conflicto; por el catolicismo y su implicación en el conflicto; por la venganza parricida y fraternal, en una especie de lucha entre Caín y Abel, representada por los hijos de Don Roque. En los personajes de los hijos de Don Roque, Anacarsis y Anacleto vemos reflejadas dos clases sociales distintas. Por un lado, Anacleto, de clase media, es un hombre justo que tan sólo espera lo que le corresponde por haber sido engendrado por este hombre que nunca le reconoció sus derechos. Por el otro lado, tenemos a Anacarsis, de clase alta, que goza de los privilegios provenientes de ser el hijo de un hombre importante. A pesar de su buena condición socio económica, es un ser egoísta, mezquino y bastante avaro. Desea quedarse con toda la herencia de su padre, a pesar de saber que tiene un hermano a quien le debería corresponder al menos una parte. Aquí se ejemplifica claramente como la posesión de la tierra se convierte en objeto de deseo y de poder. Probablemente podríamos decir que el peor tipo de guerra es aquella en la que los bandos a pesar de estar unidos por un vínculo sanguíneo se enfrentan por intereses personales, o económicos. Sin embargo, esto no es muy diferente de lo que ocurre en las otras esferas del conflicto en las que tenemos enfrentados a los dos partidos antagónicos, no solamente por motivos netamente ideológicos, sino también por móviles económicos, por ganancias fáciles, rápidas pero difíciles de obtener en condiciones normales. Al final, aunque durante casi toda la obra se sospecha que el hijo es el asesino del padre, se descubre la verdad de los hechos. “The process that links violence to the loss of distinctions will naturally perceive incest and patricide as its ultimate goals” (Girard 79). Se ha llegado a un estado deplorable de violencia palpable en la imagen del patricidio. El patricidio se presenta como la sospecha, no del todo infundada, por las características contrarias que presentan estos individuos. Unas características personales peligrosas que se avivan por

hecho de estar enmarcadas dentro de la época nefasta de La Violencia. Por lo tanto, se puede apreciar al patricidio como el hecho más terrible y despiadado al que se puede llegar en este momento coyuntural. La imagen misma y la premeditación del asesinato de un padre ejemplifica la podredumbre social a la que se puede llegar a causa de ese partidismo desmesurado, casi demente. La reivindicación de esa sociedad aparece junto a la mano de la verdad. Luego, se sabe que en verdad ha sido el sacristán quien ha asesinado a Don Roque. Dicha reivindicación nos la muestra el autor cuando antes de morir el sacristán confiesa que ha sido él quien mató a Don Roque. El aparente parricidio, además de representar uno de los crímenes más execrables que podamos analizar, representa el peor estado de descomposición social que pudiésemos encontrar. Tanto el parricidio como el fratricidio, e incluso el filicidio son temas novelados en muchas obras literarias e incluso son temas prominentes de la Biblia. Por ejemplo, tenemos por un lado la historia de Isaac, quien casi es sacrificado por su propio padre Abraham por disposición divina. Por otro lado, está la historia de Caín y Abel, del Génesis, en la cual el primero de los hermanos mata al segundo por celos. Existen también historias mitológicas similares en otras culturas. Rómulo mata a Remo, los gemelos fundadores de Roma. En los mitos griegos Aspitio es asesinado por su hermana Medea. William Shakespeare también nos plantea este tema en Hamlet con el asesinato del Rey del mismo nombre a manos de Claudio, también por celos. En fin, el tema se ha tratado y revisado en muchas ocasiones y no deja de causar intriga y repudio, por la vileza que las pasiones humanas pueden causar. Hábilmente, Caballero Calderón emplea la sospecha de parricidio y la amenaza de fratricidio para mostrarnos la bajeza de las malas intenciones provenientes de la avaricia, el egoísmo, la injusticia, y el conflicto mismo. Aunque

Anacleto es liberal, no hay nada en él que sea intrínsecamente perverso o maligno. Son las malas lenguas de los malintencionados las que ponen en tela de juicio su integridad moral. Lo hacen empleando la información que aparentemente poseen del muchacho, y se aprovechan de su condición de desventaja frente al padre, alimentando el odio entre los dos no sólo por la filiación política antagónica de ambos sino también por los rasgos psicológicos distintivos. A pesar de vivir en la misma zona y de compartir el mismo lenguaje, parece existir una diglosia que les impide comunicarse el uno al otro. No parecen hablar el mismo idioma. El hecho de que se le violen los derechos al hijo ecuánime y justo tanto por el padre como por Anacarsis, y de que padre e hijo sean conservadores, se puede percibir como un intento del autor por reivindicar a Anacleto. Un muchacho liberal vilmente calumniado dentro de su propio ambiente vital. Es a causa de todo esto que el cura arriesga hasta su propia vida al enfrentar la muchedumbre y el celo de los que se mantienen en el poder en el pueblo. Con estos hechos se puede ver al religioso como un personaje bastante heroico, determinado, valiente y noble en plena época de La Violencia, en la cual dichos valores no sirven de mucho para auto-defenderse, pero sí sirven como un contraste claro entre el bien y el mal que ronda por el lugar. Sin embargo, su labor comprometida con la solución de problemas parece ir en contra de lo que sus superiores esperan de él. El cura mayor, con mucha experiencia y conocimiento de la región y sus habitantes no parece estar de acuerdo con este nivel de compromiso presentado por el cura joven. Esto hace que la institucionalidad representada en las altas jerarquías de la Iglesia se vea en la necesidad de intervenir para corregir este comportamiento inusual de un sacerdote. De alguna manera el autor nos propone una dualidad presente en la concepción del papel del sacerdocio reflejado en estos personajes

eclesiásticos. Las ideas del cura joven son más acordes con las necesidades reales de una congregación específica, pero disonante con los preceptos más conservadores de las élites religiosas. Con esta contienda de discursos entre el cura joven, el cura viejo y sus superiores se ve como el autor subvierte el papel que debe desempeñar un buen cristiano en un pueblo en conflicto. A su vez, tanto el pueblo como el cura mismo se ven con el cristo de espaldas, es decir, que no reciben la bondad divina necesaria para que sus vidas fluyan en armonía. También se podría ver esta falta de armonía como consecuencia de las decisiones que cada cual toma en el pueblo. Esto nos hace pensar en el análisis retrospectivo obligatorio que se deberían hacer los tanto los conservadores como los liberales con respecto a su participación directa en el conflicto causando situaciones como esta, especialmente en una época tan peligrosa como la época de la Violencia en Colombia.

Concluimos que Eduardo Caballero Calderón echa mano a varios elementos religiosos, sociales, así como a la época de La Violencia como telón de fondo, para ofrecernos un drama personal. La lucha interna entre lo que se comprende por la fe y lo que implica en verdad ser un buen cristiano en contraposición directa con los intereses de las comunidades religiosas representantes de estamentos sociales de poder. Mediante la utilización de semas miméticos Eduardo Caballero Calderón crea la ambientación necesaria para su diégesis, que fluye intrincadamente por los referentes temporales que emplea. El autor copia fielmente varios elementos de la sociedad sin verse en la necesidad de cambiar absolutamente nada porque necesita mostrar al lector su verdad, y su versión de las causas y de los acontecimientos de su tiempo. De esta manera representa la sociedad de un pueblo en conflicto en el clímax de La Violencia en Colombia. El cura

joven con sus acciones subvierte el discurso de poder existente en su orden religiosa, motivo por el cual es castigado y enviado como profesor a un colegio de niños. Sin embargo, la manera en que nos presenta la historia dista de lo netamente testimonial, y supera la barrera temporal que nos presenta la época de La Violencia.

ii. **Representaciones de la sociedad en *Siervo sin tierra***

(1955)

Con personajes bien delineados Eduardo Caballero nos hace una reconstrucción literaria de la sociedad colombiana rural de mediados del siglo XX. Personajes campesinos pobres, buscando oportunidades en un ambiente hostil, en el que poder subir en la escala social es bastante complicado. La posesión de tierras se convierte en uno de los ejes sobre el cual el autor nos plantea las problemáticas sociales más importantes de sus personajes. Vemos una sociedad altamente estratificada en el que la educación forma una barrera de división entre ricos y pobres. La posesión de la tierra se representa en la obra como el factor principal generador de riqueza, y el objeto de deseo de Siervo, el personaje principal. Hay además diferentes problemáticas provenientes de las frustraciones psicológicas de los personajes, del sufrimiento, del alcoholismo, de la depresión y la desesperación causada por la situación económica. La vida en común entre los personajes y el sistema político mismo son una ejemplificación de los discursos de poder a varios niveles de los que nos habla Foucault. Argüimos que Eduardo Caballero Calderón desnormativiza el papel del matrimonio y el rol de la mujer en una sociedad patriarcal como la existente en las zonas rurales de Colombia a mediados del siglo XX.

Mediante la utilización de semas tanto diegéticos como miméticos logra escenificar nuevamente la época de la Violencia como el momento histórico en el ocurre su diégesis. Antonio Manuel Arango escribe en su libro *Gabriel García Márquez y la novela de violencia*, que *Siervo sin tierra* (1954) es quizá una de las novelas más difundidas y traducidas a otras lenguas de la producción literaria de Eduardo Caballero Calderón. La novela nos muestra una historia viva, ambientada en los hechos reales de la época de la Violencia, donde además se plantea tanto el egoísmo del terrateniente como la vida inhumana del campesino que se pasa la vida entera intentando ser propietario de un minifundio. Como tenemos en la historia un personaje que lucha por obtener un pedazo de tierra, se le podría catalogar dentro del subgénero literario que se ha denominado como la novela de la tierra. La novela de tierra o nativista tiene un momento privilegiado entre 1910 y 1930. Esta novela de la tierra se caracteriza porque su personaje central es el campesino, su cultura, sus conflictos esenciales: psicológicos, religiosos, económicos, sociales. El lenguaje de este tipo de novela evidencia el habla popular cotidiano, y el autor es profundamente testimonial y crítico de la sociedad. La novela comienza cuando Siervo joya regresa del servicio militar a su pueblo natal ubicado en las montañas del departamento de Boyacá. Se le describe como un hombre muy pobre, humilde y analfabeta, motivo por el cual es víctima de las personas que se aprovechan de él. El relato de *Siervo sin tierra* nos lleva a un cronotopo ubicado en los años cuarenta y cincuenta en el departamento de Boyacá¹⁴. *Siervo sin tierra* escenifica la lucha de un

¹⁴ Ver es estudio de Ramírez, Juan Carlos, y Horacio Osorio. Boyacá se encuentra ubicado en el centro nororiental del país, siendo Tunja su capital. Es uno de los 32 departamentos de Colombia. Se creó durante la reforma constitucional de la Confederación Granadina del 22 de mayo de 1858. Su territorio ocupa una superficie de 23.189 km².

hombre durante toda su vida por poseer un terreno en el cual cultivar, crecer como ser humano, y progresar económicamente. El protagonista tiene un nombre que representaría en sí mismo a toda una clase social por antonomasia. Siervo Joya, un campesino muy joven, vive inicialmente en unión libre con otra campesina de nombre Tránsito, quien trabaja intensamente en el minifundio. La conoce en circunstancias fortuitas al regresar de pagar el servicio militar obligatorio. Ahora el protagonista se verá envuelto en varios líos empezando una unión libre con Tránsito, y asesinando a un hombre en estado de embriaguez, por lo que es llevado a la cárcel. Si tenemos en cuenta que durante muchos años la ortodoxia católica prescribe el matrimonio como una institución social importante, lo que hace Eduardo Caballero Calderón es subvertir la normatividad católica y patriarcal existente al sugerirnos una unión libre por conveniencia. No era bien visto que las parejas viviesen en unión libre. Al parecer no era muy común que una pareja viviese en unión libre por las convenciones sociales prevalentes del momento, además por el miedo a ser vilipendiados públicamente. Por muchísimos años ha existido la creencia de que las parejas deben formalizar su vida en común y la única manera aceptada socialmente es el matrimonio católico. Además del escarnio social, hay algo importante que incrementa el menosprecio social que sufre esta pareja. Tránsito ya vivía con otro hombre y tenía un hijo de él. No se trata de cualquier hombre común, sino un bandido bastante peligroso al que llaman El Ceferino. Tenemos entonces un binomio que constituye una bomba social en lo referente al matrimonio como institución primordial de la sociedad. Se rompen todas las convenciones sociales y se subvierte la normatividad moral mostrándose lo que muy probablemente venía ocurriendo a escondidas socialmente. El escándalo que para algunos representa enterarse de una relación anormal,

para otros representa la posibilidad de empezar una nueva vida. No importa hasta cierto punto quién viva con alguien, o cómo se haya iniciado dicha relación sino las circunstancias vitales subyacentes de cualquier unión. Sin embargo, prevalece el discurso normativo religioso, prejuicioso y malintencionado. El hecho de que estos dos personajes decidan ir en contra de todas las convenciones sociales de aquella época constituye no sólo un cambio de paradigma social, sino la aceptación de que estas cosas eran más comunes de lo que se pensaba, con lo cual se le resta importancia al discurso religioso y prevalece la necesidad de los individuos. También, las convenciones referentes a la urbanidad son quebrantadas por estos dos personajes. La normatividad social de la época prescribía un periodo apropiado de noviazgo antes de las nupcias. Las características particulares de la manera en que ambos personajes se conocen, además de ser totalmente fortuitas, también son bastante impetuosas. No existe una búsqueda interior de cada cual, por el otro, sino que son prácticamente obligados por sus circunstancias respectivas a establecer una relación por conveniencia. Tanto Siervo como Tránsito se encuentran solos, y un hombre joven solitario necesita de una mujer que le ayude en los quehaceres propios de la vida en el campo. Otros personajes como misia Dolores, la dueña de una tienda que conocía a la madre de Siervo, piensa que Tránsito es “una muchacha fina y buena” (Calderón 29) y por ese motivo le sugiere a Siervo que se la lleve para su rancho. El sema, o palabra con carga semántica mínima, matrimonio, es tanto de rasgos miméticos como diegéticos en esta obra. Es de rasgos miméticos porque el autor toma la institución de la realidad, y la presenta sin alterar ningún componente de dicha institución social. Sin embargo, es de rasgos diegéticos porque el autor en su historia rompe con las convenciones de esta institución y nos lleva por varios meses de la vida de estos

personajes durante los cuales quebrantan la normatividad social. El interés material se entremezcla con la necesidad física de afecto y compañía. Tránsito está sola. Su esposo, el Ceferino ha sido muerto por los policías a culatazos, y ahora no sabe para dónde irse, o qué hacer con su vida. Muy hábilmente se aprovecha de que Siervo está alicorado y se muestra sensual ante él para convencerlo de los beneficios de que él se la lleve a su rancho.

- ¡Tiene otra vez hambre el angelito! – manifestó Siervo, compasivo. Desabrochándose la blusa colorada, Tránsito sacó un pecho al aire y lo abandonó a la voracidad del chiquillo.

-¡Hay para todos! – dijo sonriendo, enseñando la boca fresca y de dientes blancos calzados en oro. (Calderón 29)

La conciencia juega un papel importante en esta relación que está a punto de iniciarse para estos dos personajes. Por un lado, Siervo es consciente de las necesidades que puede soportar Tránsito en este mundo con un niño pequeño y sin alguien que la proteja o que la ayude a superar dichas vicisitudes. Por otro lado, Tránsito y Dolores dicen que un hombre busca a una mujer, o necesita de ella no solamente para satisfacer sus necesidades vitales sino también por miedo a estar completamente solo. Dolores, por su parte ingeniosamente le sugiere a Siervo los beneficios de tener a una muchacha como ella en su rancho.

- ¿Por qué no te llevas a Tránsito, Siervo? Es una muchacha fina y muy buena. Te cuidará el rancho, te remendará los calzones, te lavará la ropa, te hará la mazamorra... Eso sí tendrás que pagarme lo que la pobrecita me está debiendo. (Calderón 29)

Dolores también necesita saldar cuentas y ve en este joven muchacho un deudor compasivo que le pagará su deuda, sin siquiera haberla conocido bien. Esto se percibe como los actos a los que llega una persona debido a las circunstancias. Vemos un triángulo de intereses representado en estos tres personajes. Todos tienen un interés y cada uno apunta a una persona de este triángulo. Vence en este caso la necesidad de cada cual y Dolores logra que Siervo asuma la deuda de Tránsito y se arriesgue a llevársela a su rancho. “¡No faltaba más! Me voy con ella – dijo Siervo sin siquiera molestarse en mirarla” (Calderón 29). De esta manera tanto Siervo como Tránsito obtienen un beneficio futuro incierto para los dos. Vemos también a una mujer que supera los obstáculos que le ha puesto la vida y que desea continuar logrando lo que necesite según se le presenten los problemas. Esto nos muestra otra realidad importante en la obra: el papel de la mujer en una sociedad patriarcal. Como se había sugerido anteriormente, el papel de la mujer también es subvertido en la obra. La normatividad religiosa y social del momento prescribía que la mujer debía ser no sólo fiel esposa, y trabajadora en el hogar, sino abnegada a las decisiones del hombre. El papel de la mujer está necesariamente ligado a la supuesta superioridad del hombre, quien lleva las riendas del hogar y es el jefe que toma todas las decisiones importantes de la pareja. La mujer se le ve como sumisa y complaciente. No parece ir en contra de estas imposiciones sociales. La mujer debe intentar conseguir un buen hombre para casarse. La situación establecida como normal, es que una mujer viva en unión matrimonial de índole exclusivamente religiosa con un hombre que la represente ante la sociedad. No está bien visto socialmente que una mujer tenga hijos sin estar casada. Ser madre soltera representa un riesgo muy grande para las mujeres de los primeros años del siglo XX en Colombia, e incluso en la actualidad,

aunque las narrativas al respecto han cambiado bastante a partir de los años sesenta y setenta. Hay que recordar que nos encontramos a finales de los años cuarenta en una época en la que la urbanidad social, lo religioso y lo moral, juegan un papel muy importante en la sociedad. Aunque hay mujeres que estudian y trabajan porque ya se han ganado espacios, las mujeres no pueden hacer ejercicio de sus derechos ciudadanos, es decir, no pueden votar¹⁵, no pueden elegir ni ser elegidas para ningún cargo importante estatal. Los papeles de las mujeres en la sociedad es la de madre y sostén del hogar. Criar niños, ser buena y ferviente católica, y serle fiel al marido, son algunas de las cosas bien vistas y ampliamente aceptadas en esta sociedad patriarcal de los años cuarenta. Esta visión del papel de la mujer contrasta bruscamente con el rol que ella tiene a finales del siglo XX. Las libertades y los derechos civiles y políticos de las mujeres han tomado tanto terreno que se convierten en estandarte de las virtudes y las ventajas ofrecidas por las democracias de Occidente, en contraposición con sistemas políticos más retrógrados al respecto. Tránsito ejemplifica una mujer con muchas virtudes a pesar de que su vida no ha sido virtuosa desde el punto de vista religioso. Era la mujer que vivía con Ceferino. El autor sugiere que no se había casado con él por la Iglesia, y le había dado un hijo engendrado fuera del matrimonio. Tránsito carga consigo el peso de una legislación que la desampara y que beneficia a la irresponsabilidad paternal de Ceferino, que además de bandido y ladrón, no se hace responsable por la crianza de su criatura. Ante la ley, si este hombre no le da su nombre a su hijo, es decir, si lo reconoce como suyo, no es responsable por la manutención del mismo. Es la palabra del hombre la que prima en

¹⁵ Ver trabajo de Obregón, María Emma Wills. Al parecer Colombia fue uno de los primeros países de América Latina en permitir el sufragio femenino. Esto representó un gran logro para las mujeres y para las causas feministas.

estos casos de relaciones sexuales por encima de la palabra de la mujer. Tránsito es consciente de la imperiosa necesidad de encontrar alguien que la ayude a criar a su hijo, y es por eso que ve en Siervo, no el hombre apropiado, ni el amor de su vida, sino la posibilidad de una ayuda que necesita para poder sobrevivir. Con el paso del tiempo, ya viviendo con Siervo, el peso de las costumbres religiosas bien supervisadas por el párroco de la región, recae sobre la pareja por no haber bautizado a la criatura. Con esto deja el cura muy en claro su preocupación porque se están quebrantando los preceptos religiosos. Siervo por su parte arguye que no ha tenido dinero para hacer la fiesta pertinente con motivo del bautizo del niño, pero el cura desatiende sus razones: “Mira, Siervo, que estás cometiendo una falta muy grave al no haberlo bautizado a tiempo” (Calderón 69). Y Siervo a su vez afirma que el hijo no es suyo; que es de Tránsito, sugiriendo que es responsabilidad de ella.

“¡Ajá! Eso no está bien. ¿Y también os queréis casar?”

- No, mi padrecito: yo no quiero... - protestó Tránsito.
- ¿Pero no estás viviendo con Siervo? ¿Dónde se encuentra el padre de la criatura? ¿Lo dejaste por Siervo? Eso sería todavía más grave... (Calderón 69)

Esta unión libre que sobrellevaron por algún tiempo los personajes cae finalmente ante el peso de la normatividad religiosa que termina casándolos casi que a la fuerza, pese a la negativa contundente de la mujer, que es desatendida y revocada por el discurso religioso normativo del cura. Esta sociedad patriarcal también se ve favorecida por el discurso religioso, que hace a un lado los deseos y necesidades de la mujer. Ella es valiente porque a pesar de saber de las consecuencias negativas para sí misma en el

contexto social, desea seguir quebrantando estos preceptos morales y religiosos que de ninguna manera le contribuyen a solucionar sus problemas. A pesar de que le conviene legitimar su relación para que Siervo se haga responsable definitivamente por esa criatura, no parece verle importancia al matrimonio. Además del irrespeto hacia la mujer y sus deseos, vemos en Tránsito una figura femenina que lucha por sus propios derechos al apropiarse de discursos religiosos ajenos. Le sugiere a Siervo que el padre dice que se debe respetar a la mujer porque las tratan como “si fueran mulas de carga” (Calderón 70). Se puede entender como el abuso de la mujer en los trabajos domésticos, o la sobreutilización de la fuerza laboral femenina sin retribución alguna. De nuevo, esta sociedad patriarcal tiene un discurso que posibilita y normativiza dicho abuso. Siervo da a entender que cuando una mujer no hace sus labores y hace que el hombre padezca hambre, por ejemplo, por no darle desayuno antes de irse a trabajar, entonces tiene todo el derecho moral de ultrajar a la mujer. El autor nos da a entender que la violencia intrafamiliar es común en la zona y que son los hombres los causantes de ésta violencia hacia la mujer. En varias ocasiones y por diversos motivos Siervo golpea a Tránsito injustamente, sólo por demostrarle quien es el que lleva las riendas de las situaciones cotidianas de la vida en pareja. Sin embargo, a medida que va pasando el tiempo el autor nos sugiere que es Tránsito la que lleva las riendas del hogar. Tiene los hijos de Siervo, y debe criar tanto el suyo propio como los de su esposo, además de labrar la tierra y ganar dinero para el hogar. Para Siervo prima el sentimiento de pertenencia a algo que no es en verdad suyo pero que prima por encima de la razón. En verdad, él puede tener la posibilidad de buscar mejores tierras para labrar y probablemente mejorar su condición

económica, pero decide retornar a lo que conoce. Su mujer se burla de él porque es bastante tonto. Es por eso que las decisiones que toma sobre su futuro son controvertidas:

-¿Quién le manda meterse en lo que no le importa?

- Es que le recuerdo, para que después no me eche a mí la culpa de que todo le salió mal. ¿No se dejó robar las botas por el ayudante del chofer?
¿No ve que yo me percaté cuando el indio ese del bus se las rapó de la mano y salió corriendo?

- Se las presté por unos días. A la vuelta de Duitama me las va a dejar donde la comadre Dolorcitas, en Capitanejo.

- Aténgase a la virgen y no corra, decía mi abuela. A otros conocía que por esperar a que les dieran de comer se murieron de hambre. (Caballero 42)

Este pasaje nos muestra las malas decisiones que toma Siervo. Él se muestra bastante confiado en los demás, y no parece ver sus malas intenciones. Su mujer parece conocer mejor la condición humana y es mucho menos confiada que él. Siervo es ingenuo al pensar que puede confiar en otras personas que prácticamente no conoce, como es el caso del ayudante del bus que lo confunde para robarse sus botas de dotación militar que le quedaron de recuerdo de su época en el cuartel. Algo importante de anotar aquí es la utilización de la palabra indio por parte de Tránsito. Puede entenderse como un sema de rasgos mimético empleado por el autor para mostrar la idea de la discriminación racial y verbal de la que son objeto las comunidades indígenas. Ella emplea la palabra constantemente cuando algo la pone irascible. Además de connotar obviamente a una

persona perteneciente a una raza distinta, indígena, se emplea para describir la falta de modales de un individuo, o una persona que no se deja manipular fácilmente. Tránsito identifica fácilmente las personas que tienen mala intención, mientras que Siervo se deja confundir por las apariencias.

-Es un doctor que se pone ropa de paño, anda con botas y tiene una conversa muy fina... Digo que le sonsacaron el dinero y lo robaron lo que se llama robar, y no volverá a ver esos veinte pesos de arras en toda su vida. El agente hizo lo mismo que el secretario del chofer, que le quitó las botas hasta el día de su muerte. (Caballero 48)

Vemos aquí la descripción de un ladrón de cuello blanco, como se les llama popularmente a aquellas personas que hacen alardes de sus ropajes, y de un supuesto mejor linaje para cometer fechorías como cualquier delincuente común. Para el campesino, la imagen de alguien importante bien vestido, es bastante elocuente en tanto indica mejor posición social y mejor educación, así no posea ninguna, ya que estos personajes imitan una mejor dicción, una habilidad lingüística más elaborada que confunda a los pobres campesinos para poderse aprovechar de su inocencia. La habilidad social de Tránsito es mucho mayor que la que demuestra Siervo. Es gracias a su labor que el rancho funciona y que hay comida para los hijos. También es gracias a su esfuerzo y dedicación que el minifundio produce algunas ganancias y que ella se puede mantener cuando Siervo termina preso en la cárcel. La cárcel es otro de los semas miméticos que emplea el autor para referirse a un lugar lúgubre en el cual sólo se aprenden malas costumbres y se forjan los verdaderos bandidos. No es necesario cambiar la idea de lo

que es en verdad una cárcel. Por el contrario, emplear este referente tomado de la realidad le da más fuerza y credibilidad a la historia de Caballero Calderón. Las circunstancias adversas de la vida de Siervo, sus malas decisiones, y su alcoholismo incipiente hacen que termine en ese lugar. Asesina a un hombre. Éste es un comportamiento completamente mimético, especialmente en una sociedad en la que se asesinan candidatos presidenciales, se solucionan los problemas con las armas, los liberales son perseguidos por los conservadores y viceversa, etc. Sus acciones no difieren para nada de lo que ocurre en su entorno. Es durante este periodo de las vidas de los protagonistas que se ve el valor, y la habilidad de Tránsito, y cómo este personaje rompe con los estereotipos de la mujer. No se ve a la mujer como sumisa e incapaz de actuar con sagacidad ante las vicisitudes que se le presentan. Muy por el contrario, ella se encuentra al nivel del hombre e incluso con más capacidad para tomar decisiones apropiadas y acertar en sus decisiones.

Por otro lado, en la obra analizada tenemos por un lado a los campesinos, en su mayoría pobres, iletrados, víctimas de las injusticias sociales y de sus propias circunstancias de vida que los envuelven en un ciclo de pobreza del cual es muy difícil escapar. Por otro lado, tenemos a los gamonales, o los jefes políticos regionales que representan la escala social más alta de las zonas rurales del país. Se trata de hombres letrados, aunque no necesariamente cultos o doctos en alguna rama del saber, con tendencias políticas conservadoras o liberales. Algunos de ellos son terratenientes o ganaderos, que se aprovechan de la condición social de los campesinos. La visión de estos dos estratos de la sociedad evidencia la conciencia social que nos propone el autor. De igual manera, las circunstancias de vida de los propios escritores aportan elementos

que hacen bastante creíbles sus maquinaciones estéticas. Como dato curioso podemos anotar que todos los escritores de las obras seleccionados se criaron en su infancia en zonas rurales, semi-urbanas, o cercanas a grandes urbes del país, pero no nacieron en la capital, o en una zona urbana relativamente importante. Esto nos ayuda a entender que los autores conocen muy bien las zonas rurales del país; sus gentes y paisajes; los problemas vividos por ellos, y las probables causas del conflicto político y social de la época de La Violencia. Todos vivieron en su niñez, juventud o adultez rodeados por el conflicto de la época de La Violencia, y aunque muy probablemente no fueron ni ellos ni sus familias víctimas o victimarios de los hechos ocurridos durante este tiempo, sí se enteraron por diversas fuentes sobre estos acontecimientos. Los medios de comunicación, especialmente la radio¹⁶ estaba muy bien establecida desde los años 30 especialmente en las zonas más pobladas del país como la capital, Santafé de Bogotá, Medellín, Cartagena, Santiago de Cali, Ibagué, Barranquilla, Neiva, Pereira, Armenia, Bucaramanga y algunas otras ciudades más pequeñas. Ya por los años cincuenta la radio se extendía por gran parte del territorio nacional, excepto en las zonas selváticas del país que por aquella época no se habían colonizado extensamente. Los territorios andinos fueron las zonas

¹⁶ Ver Isaza Gil, Alberto el 'radioperiódico'. Desde principios de la década de los años treinta, cuando comenzó a comercializarse con firmeza, la radio, de acuerdo a muchos intérpretes, impactó con una fuerza inusitada la vida social de los colombianos. Era de esperarse: la prensa escrita tenía una cobertura muy limitada y la televisión era algo menos que un artefacto inimaginable, más aún, en un país precariamente tocado por los avances tecnológicos. En efecto, aunque no puede perderse de vista que el proceso de consolidación de la radiodifusión en sus primeros años, estuvo sujeto a diferentes limitantes, de acuerdo a Alejandro Ulloa, poco a poco "(...) su incidencia en la rutina familiar comenzó a fracturar el tiempo y la cotidianidad de hogares y residencias urbanas y se extendió rápidamente hasta modelar sueños y deseos, conductas y opiniones, al incitar al consumo, al promover las ideas políticas o las creencias dominantes" (Ulloa, 1992, p. 341). de manera que la aparición de una fuente histórica, por muchos años desconocida, como los libretos del radioperiódico „Noticias y Comentarios", dirigido por Ramón Elías Recio, resulta de gran relevancia para tratar de reconstruir algunos rasgos de la radio, cuando apenas llegaba a la nación.

privilegiadas durante la época de la Colonia por los españoles porque su clima es mucho más favorable y las temperaturas son primaverales durante gran parte del año. La prensa¹⁷ escrita, como otro medio de comunicación a analizar, estaba presente en el país desde los mismos inicios de la Colonia, de tal modo que entre los años 30, 40, 50, existían en el país varios periódicos de las capitales departamentales, al igual que los periódicos de tirada nacional como son *El Espectador*, *El Tiempo*, *El Siglo*, *El Herald*, *El colombiano*, *El País* etc. Muy probablemente algunas de las historias sobre la época de La Violencia fueron leídas por los autores en los periódicos locales.

Concluimos que Eduardo Caballero Calderón emplea semas de rasgos tanto miméticos como diegéticos en esta obra en particular que le dan validez a la misma dentro de lo testimonial, no por la historia en sí, sino por emplear muy apropiadamente la época de la Violencia como telón de fondo creíble y verificable históricamente. Su relato comienza antes del asesinato de Gaitán, y continúa durante los años más difíciles de la época de La Violencia. El ambiente influye directamente en las acciones vitales de los personajes que no pueden escapar a la difícil situación que les rodea. Ya no se percibe al bipartidismo como la única causa de problemas sociales, sino que además de éste existen otras causas al interior de la sociedad que avivan el problema. La situación mala situación económica, la pobreza, la falta de oportunidades, la mala remuneración monetaria por el

¹⁷ Ver "La Prensa En Colombia | Banrepcultural.org." La Prensa En Colombia | Banrepcultural.org. N.p., n.d. Web. 30 Mayo, 2016. Las primeras publicaciones de esta naturaleza que aparecieron en Colombia fueron: Gaceta de Santafé(1785), Papel periódico de la ciudad de Santafé (1791) y Semanario del Nuevo Reino de Granada(1808), fundados por Manuel del Socorro Rodríguez; Diario político de Santafé de Bogotá, fundado por Francisco José de Caldas; El Siglo (1849), La Reforma (1851), La Opinión (1863-66), La Paz y El agricultor (1868-69) y La Unión (1861), fundados por Salvador Camacho Roldán; La Democracia, de Cartagena, fundado por Rafael Núñez, quien también escribió en periódicos como Neogranadino, El Tiempo y La Opinión.

trabajo de la tierra, la imposibilidad de ser propietario de la tierra, el abandono estatal, etc., se nos presentan como otras variables que contribuyen con la mala situación vivida durante esta época. El autor subvierte con las acciones de los personajes la normatividad religiosa del momento. El matrimonio es un semáforo de rasgos miméticos tomado de la realidad para evocar la idea del mismo, y para contrastarlo con los sucesos que les ocurren a sus personajes. A pesar de estar en contra de casarse con Siervo, Tránsito se ve en la obligación de hacerlo por las presiones religiosas del momento. Es consciente de sus necesidades y de la obligación que tiene con su hijo y por eso busca un compañero sentimental, más por necesidad que por amor o convicción. Demuestra también con sus acciones cómo puede sobrevivir una mujer sin un hombre, a pesar de estar casada por lo católico con uno. El papel de la mujer en los últimos años de la primera mitad del siglo XX queda revalorado con la puesta en escena de un personaje bastante hábil para las relaciones interpersonales, las labores domésticas, e incluso para los negocios a un nivel incipiente dado las condiciones propias de su vida. Esta revaloración de la institución del matrimonio y del rol de la mujer en una sociedad envuelta en el conflicto armado de la época de la Violencia nos sugiere el cambio de paradigmas sociales y religiosos que probablemente provengan de las nuevas coyunturas establecidas por el conflicto mismo. La sociedad es su núcleo primordial, es decir, la familia, se ven afectados por los acontecimientos entorno a ella. Ideas como la familia, el matrimonio, la Iglesia, los curas, los políticos, los cargos públicos, los campesinos, la tierra, etc. Son algunos de los semáforos de rasgos miméticos copiados de la realidad de la época que plasma el autor, pero que le sirven para su diégesis.

4. Representaciones del conflicto político de la época de La Violencia en la literatura colombiana.

En este capítulo analizaremos las causas del conflicto político de la época de La Violencia tal cual aparecen en los textos propuestos para este estudio. Se hace un análisis textual minucioso de las posibles causas del conflicto de la época de La Violencia según es descrito por cada autor incluyendo apartes de las obras ya analizadas. Luego, se analizan las dos últimas obras propuestas por orden cronológico de acuerdo con el año de publicación. El objetivo es poder rastrear las representaciones del conflicto político en la literatura colombiana de la época de La Violencia, a medida que transcurre esta época de la historia reciente del país. Es conveniente explicar que el enfoque que los autores tengan de la época de La Violencia puede contener temas horizontales a todas las obras, es decir, el estudio de los temas propuestos en las obras nos ayudara a encontrar posibles puntos de encuentro comunes planteados por los autores. Se podría explicar cómo la intertextualidad que probablemente exista al emplearse la época de La Violencia como eje creativo de las producciones literarias, se ve reflejado en los temas de rasgos miméticos empleados por los autores. También se podría describir como el cronotopo único que poseen estas obras gracias a las circunstancias muy particulares que se vivieron históricamente en el país en aquel tiempo, o como un rasgo distintivo que las hace especiales, no solamente como una fuente de inspiración literaria. La Violencia produce un resurgimiento de la novela en Colombia, porque las características macabras de la época son tan insolitas que parecen superar cualquier maquiación artística. De ahí su importancia como telón de fondo para la praxis creativa del autor. Se nos presentan estas

obras sobre La Violencia como una forma novedosa de contar historias basadas en acontecimientos reales, pero con componentes literarios muy bien definidos. Se mimetiza la realidad dentro de construcciones de ficción. Sin embargo, es probable que encontremos temas verticales a las obras, es decir, que es probable que exista un tema o temas exclusivos a una de las obras propuestas en el estudio, lo cual la distinguiría de las demás o las podría hacer más originales en cuanto al enfoque planteado por el autor.

En *El Cristo de espaldas*, la imagen de los campesinos en el conflicto es muy evidente y desde el enfoque del autor se puede apreciar la concepción clara que él tiene del problema de los campesinos, como un elemento fundamental del conflicto. Es de nuestro conocimiento que las grandes propiedades pertenecían por entonces, e incluso en el presente, a latifundistas, pero al ser divididas surgen haciendas menos extensas, conservando, sin embargo, las mismas relaciones de trabajo entre peones y patronos, y entre hacendados y campesinos. Eduardo Caballero Calderón presenta en esta novela el “problema del gamonal, en contraste con los campesinos, que utiliza su poder político y económico para adueñarse de las mejores tierras, y que utiliza para su explotación la mano de obra de sus arrendatarios o aparceros” (Castro 33). “Los campesinos eran los siervos, los desposeídos, los miserables. Su tierra quedaba expuesta al capricho de los caciques, que los echaban de ella cuando se les venía la gana” (Caballero 33). Con esto Eduardo Caballero Calderón nos demuestra el manejo que tiene del tema de los campesinos y los gamonales. Esto nos demuestra que gran parte del asunto radica en el abuso de poder por parte de los gamonales, y que estas condiciones de desventaja que sufren los campesinos son la causa de muchos de los problemas que surgen por las relaciones de trabajo y producción existentes en la zona. Son el caldo de cultivo de

muchos de los problemas que se presentan. El tema de los campesinos y los gamonales se presenta como un importantísimo elemento del conflicto de la época de La Violencia en la literatura colombiana. A un lado del espectro tenemos a los campesinos, de poca educación, algunos pobres y que llevan una vida difícil e injusta que es causante de muchos de los problemas que tienen que soportar diariamente para poder sobrevivir. Al otro lado del espectro tenemos a los gamonales que representan el poder del régimen local. Estos se aprovechan de su investidura política para hacerse con los beneficios de la labor de los campesinos y para incrementar sus arcas personales.

Probablemente podríamos percibir la política bipartidista como uno de los ejes estructurales de la problemática social colombiana. Por un lado, tenemos una sociedad dividida, estratificada e injusta en la que se gesta el conflicto mismo. Por otro lado tenemos el conflicto armado, cuya característica principal es el fanatismo casi religioso por un bando u otro. Los colores de la guerra son dos en este entonces: rojo- liberal, y azul- conservador. Como ya se había explicado en secciones anteriores, desde la misma Guerra de Independencia se gestó un bipartidismo que tan sólo a partir de la mitad del siglo XIX se convirtió en una dualidad única: liberal y conservador. Esta es la dualidad política histórica, verificable que llega como legado a la segunda mitad del siglo XX en Colombia, y que obviamente aparece reflejada como un semáforo de rasgos miméticos en las producciones literarias que veremos a continuación.

i. El conflicto y la política representadas en *La mala hora* (1962)

En *La Mala Hora* el escritor colombiano García Márquez, nos presenta varios de los problemas internos causados por el conflicto que azotaba las zonas rurales en la época de La Violencia, la cual está representada en los actos de intolerancia vividos en un pueblo y las consecuencias que estos actos conllevan tanto para los personajes como para la población en general. La obra ocurre en un cronotopo particular, muy parecido al del pueblo famoso inventado por el escritor colombiano, es decir, Macondo. Dicho pueblo puede ser comprendido como básicamente cualquier lugar del territorio de Colombia, aunque no se hace explícito tampoco que corresponda al territorio de dicho país. “Los acontecimientos ocurren en un momento de tregua entre las guerrillas de ese período que se ha venido llamando en Colombia La Violencia” (Hazera 472). Históricamente hablando este periodo corresponde a mediados de los años 50. El periodo que se describe corresponde a un martes 4 de octubre y un viernes 21 de octubre, es decir que durante este tiempo específico ocurren los acontecimientos narrados en el relato. Los personajes más representativos en el relato son el padre Ángel, que representa a la autoridad eclesiástica, y el alcalde que representa a su vez la autoridad civil, y el gobierno local. La historia se presenta como un acertijo estructural. Luchting acierta al decir que el autor “has his characters invoke the political facts as hearsay or as their own experience” (473). El autor nos presenta unas claves que debemos analizar para poder descifrar. Es una especie de adivinanza “cuyas claves constituyen cifra del referente real - su adivinanza” (Aronne 28). Para poder adivinar el verdadero significado, o aquel subyacente hay que

ver los signos que el autor nos ofrece dentro del relato, que en esencia son muchísimos. “La estructura detectivesca permite prevenir la disolución del relato en ideologemas obvios, al proveer un misterio con claves formales intrínsecas” (Aronne 28). Se podría pensar que la aparente estructura detectivesca obedece más al hecho de que el autor desea mostrarnos los acontecimientos como si se tratara de un guión de cine. Al leer la obra se tiene la sensación de ver una película. Esto obedece al interés del autor por el cine, como se verá más adelante, y a su intento muy bien logrado de convertir su pluma en una cámara. Se sienten bien los espacios y el encuadre, la posición de los personajes, los movimientos e incluso muchos detalles pequeños que solo el cine puede captar. Esa sensación del detalle podría solaparse con la idea de la búsqueda detectivesca. En el pueblo aparecen unos pasquines en los cuales se publican algunos secretos de varias de las personas importantes o reconocidas del pueblo, y aunque gracias a los chismosos del pueblo se conocen muchos de estos secretos, el verlos publicados causa resquemores en los habitantes, especialmente a los afectados directamente por los mismos. Argüimos que el episodio de los pasquines infamatorios nos plantea la inmutación de la sociedad por el conflicto. El efecto de inmutarse por algo significa una alteración, o sentir una emoción por una turbación. Si vemos que el conflicto colombiano lleva más de cincuenta años, desde la época de La Violencia hasta nuestros días, podemos ver que la sociedad no se ha inmutado lo suficiente como obligar a los involucrados a resolver los conflictos por medios más pacíficos. Se trata probablemente del conflicto más largo que se ha vivido recientemente en este continente, y muy probablemente a nivel mundial.

Aunque tenemos diversas causas para el conflicto en épocas distintas, por culpa de la duración del conflicto armado, no es factible diferenciar sus causas, es decir, que si se

mira desde una perspectiva única se puede afirmar que no ha habido paz duradera en el país, y que siempre la violencia se ha empleado como un método efectivo de control social. Los pasquines infamatorios son puestos en los portones de las casas de las víctimas, o en las mismas paredes; pasquines que cuentan algún suceso desagradable de la vida del afectado, con el fin de denigrarle en su integridad moral. Lo extraño de los pasquines no radica en el hecho mismo de que aparezcan aparentemente de la nada, sino en el hecho de que lo que se dice en ellos es prácticamente sabido por todos, en otras palabras, los hechos contados son *Vox populi*. Tampoco se logra detectar quién o quiénes son los que ponen estos pasquines, y como se dice en el pueblo, pueden ser una persona o puede ser todo el pueblo que hace lo mismo. “Nunca, desde que el mundo es mundo, se ha sabido quién pone los pasquines” (García Márquez 31). Esto se puede percibir como una cantidad de tiempo infinita, casi siempre. No se puede determinar a ciencia cierta por cuánto tiempo ha venido ocurriendo esto. Tampoco parece ser muy importante saber la cantidad de tiempo, sólo es pertinente saber que eso ocurre. No ha habido el suficiente interés para dilucidar quién es el responsable por estos hechos. A pesar de su contenido, algunos de los personajes no parecen inmutarse por los pasquines. Los personajes como el juez Arcadio, encogen los hombros cuando se les menciona la incertidumbre que generan los pasquines. “-Tú también estás pendiente de esa pendejada – dijo, tuteándolo por primera vez” (García Márquez 30). A pesar de que su posición social y su cargo lo obligan a prestarle atención a los fenómenos importantes que ocurran en el pueblo, el juez no parece altercarse por ello, por el contrario, no le presta atención y parece que le disgusta que otros le den la importancia a algo que parece minúsculo, y que no merece la atención de tan importante personaje.

El trasfondo que nos plantea el episodio de los pasquines es la anonimidad del conflicto, que paradójicamente tiene un rostro, pero que se evita denunciarle por miedo a lo que pueda suceder. Esto podría percibirse como el hecho de que en verdad todos los estamentos de la sociedad probablemente conocen muy bien las causas del conflicto y tienen algo que decir, pero que lo callan. Si lo publicasen en un pasquín y lo pusieran en la puerta de cualquier persona, no se comprometería esa anonimidad, pero si pondrían poner en tela de juicio al implicado. Pero a su vez, esa persona que pone el pasquín puede recibir uno también en el que se le comprometa por algún motivo. Se puede entender esto como la visualización de los sucesos locales que están subyacentes en la sociedad, sin importar si es verídico o no. Evidencian que cuando lo privado de los personajes pasa a ser de dominio público puede haber muchos malentendidos. Hay una narrativa de ficción dentro de los pasquines, aunque existan unos que digan la verdad. Es la intertextualidad de la falsedad y la mentira en dualidad binaria con la realidad y la veracidad. La imagen privada se convierte en pública, y se afecta el honor de las personas de manera directa. Esto causa un conflicto interno que parece que nunca podrá acabar. El pasado existe en una intertextualidad proveniente de obras previas del autor. “Remarquons néanmoins que, dans *El coronel...* et *La mala hora*, les allusions à Macondo et à ses personnages (le colonel Aureliano Buendía, le curé retombé en enfance, la défunte Mamá Grande) sont des allusions au passé” (Gilard 60). En la creación de su mundo novelado, del cronotopo de su novela, el autor emplea elementos estructurales y personajes presentes en sus obras anteriores. Se trata de un mundo contemporáneo, pero muy concreto para un lector colombiano.

Et le monde dans lequel se déroulent *El coronel...* et *La mala hora* est bien le monde contemporain, celui des grandes crises internationales, des dictatures et des rébellions, de l'information truquée. Pour un colombien, c'est le temps de la Violence. (Gilard 61)

Aunque han pasado algunos años desde el inicio de la época de La Violencia, aún no ha cesado este periodo, y sus remanentes aún pueden ser novelados, incluso recreando mundos existentes en otras de sus novelas. De esta manera se entrelaza la idea de los pasquines con acontecimiento anteriores previos a la época de La Violencia, y durante ésta misma. El autor emplea un sema de rasgos completamente diegéticos que es necesario para llevar el hilo de su historia. La idea de pasquín puede traer muchas ideas a la cabeza del lector, pero sin ese sema no puede contar su historia. Podría también interpretarse como un mecanismo para controlar a la población y distraerlos de las realidades a su alrededor. Se trataría entonces de un mecanismo empleado para conseguir el poder: “aquel poder del que quiere uno adueñarse” (Foucault 6). Vemos un concepto de Foucault aplicable a la situación generada por los pasquines. Aquella persona, o grupo que desea hacerse con el poder, emplea mecanismos diversos para lograr inestabilidad local. Obviamente, los pasquines causan resquemores en los involucrados, por la crudeza de los relatos, y hay consecuencias graves. Una de esas consecuencias de los pasquines es la muerte de un joven muchacho a manos de César Montero. Este último sale una mañana de su casa y ve pegado en la puerta de su casa uno de estos pasquines que dice que su mujer tiene una relación amorosa con Pastor. Al enterarse de ello, y enfurecido por los celos, Montero decide dirigirse a la casa del muchacho. Casualmente, el muchacho tocaba el clarinete todos los días a las cinco. Cuando lo ve allí en el patio de su casa, saca

un revolver y le pega un tiro a Pastor. De esta manera se inician una serie de acciones desagradables en el pueblo que en ocasiones terminan en asesinatos a causa de lo que dicen los pasquines. Además de este acontecimiento, hay otro que se da por celos, pero esta vez entre Roberto Asís y Rebeca. Los pasquines también delatan los fraudes y robos de don Sebas, que no parece preocuparse mucho por estas acusaciones porque es consciente de que el fraude y el robo son parte de la esencia política del país representada en la obra. En el episodio del diluvio se puede comprender la pobreza en la que viven las personas de las tierras bajas, que corresponden a los peldaños más bajos de la escala social, y también nos muestra cómo los malos manejos del gamonal, es decir, el alcalde del pueblo, afectan a las personas de las tierras bajas.

El invierno, cuya inclemencia había sido prevista desde los últimos días de septiembre, implantó su rigor aquel fin de semana. El alcalde pasó el domingo masticando analgésicos en la hamaca, mientras el río salido de madre hacía estragos en los barrios bajos. En la primera tregua de la lluvia, al amanecer del lunes, el pueblo necesitó varias horas para restablecerse. (La mala hora 45)

El río y las inundaciones que éste produce son un símbolo de las tragedias prevenibles que se sufren en la región, porque se sabe de antemano, científicamente, cuando van a suceder. Hay un periodo de lluvias fuertes que ocurren y se sabe de antemano que hay terrenos colindantes con el río que se inundan. Las aguas pueden subir entre uno y hasta dos metros de altura. Pero la desidia de las autoridades, que no crea un plan de ubicación de las viviendas en los pueblos, hace que estos sucesos se sigan repitiendo una y otra vez. Las personas de bajos recursos se ven obligados a buscar los

terrenos menos apropiados para ubicar, comprar o construir sus viviendas. De alguna manera las personas más pobres saben que estas cosas ocurren regularmente. Sin embargo, estos últimos no parecen quejarse por la mala situación que viven a diario, y que empeora en el periodo de lluvias. La política mal entendida colabora con estas condiciones sociales de abandono estatal. Los políticos aprovechan su periodo en el gobierno para hacer planes de desarrollo urbano. En el mejor de los casos se hacen estudios que benefician a los compradores de los terrenos para las viviendas de interés social, pero en muchos casos, se venden los terrenos para beneficiar a los propietarios, o al propio municipio. Esto se debe a que el alcalde se apodera de los terrenos del municipio y se los vende a los pobres, es decir, que los mismos terrenos anegados no deberían haber sido vendidos a nadie puesto que se sabe de antemano que estas inundaciones ocurren esporádicamente. Durante el relato también se ve cómo el alcalde sufre de un terrible dolor de muela, que empieza cuando él tiene que hacerse cargo del caso del asesinato de Pastor. El alcalde no puede ir al dentista porque éste rehúsa atenderlo ya que es miembro del partido divergente. Aquí con esto se muestra la lucha bipartidista que permeó a la sociedad colombiana hasta en el plano personal durante la época de La Violencia. La imagen del diente podría ser entendida como la imagen de la venganza, y por ende del miedo que siente este personaje de ser una víctima más. Ojo por ojo diente por diente, así lo ve el alcalde quien no confía y prefiere no ponerse en manos de un dentista del otro partido político. Durante estos episodios también aparece la imagen de la autoridad eclesiástica de la cual es representante el padre Ángel, quien a su vez le pide al alcalde que ejerza autoridad y que encuentre a los responsables de los pasquines de modo que termine todo el pandemonio que ellos han generado en el pueblo.

Lamentablemente el alcalde ejerce su fuerza de manera despótica y en vez de encontrar a los culpables, genera más resquemores y alimenta rencillas antes olvidadas en el pueblo. El autor nos da muchas pistas representadas en clave simbólica sobre la relación que existía entre la política y la religión. La pista primordial la constituye el color de los ojos del cura:

Trinidad lo siguió. Vestía una bata blanca y larga, con mangas hasta los puños, y la faja de seda azul de una congregación laica.

Sus ojos eran de un negro intenso bajo las cejas encontradas.

-Estuvieron toda la noche por aquí cerca-dijo el padre.

-Donde Margot Ramírez –dijo Trinidad, distraída, haciendo sonar los ratones muertos dentro de la caja-. Pero anoche hubo algo mejor que la serenata. El padre se detuvo y fijó en ella sus ojos de un azul silencioso.

- ¿Qué fue?

-Pasquines –dijo Trinidad. Y soltó una risita nerviosa. (La mala hora 9)

La idea misma de los pasquines parece ser hilarante para algunos. Como se había explicado antes, el color azul representa al partido conservador. El cura tiene ojos casualmente azules y silenciosos. Se percibe esto como un símbolo de la filiación política casi obligatoria que probablemente debería tener el padre. Al ser religioso, por conveniencia de la Iglesia, debía estar del lado del partido conservador. García Márquez pudo haber decidido darle cualquier color de ojos al padre, sin embargo, decide darnos una pista sutil pero bastante sugestiva del papel silencioso de la religión en el conflicto

mismo. Emplea los colores como semas de rasgos diegéticos que funcionan estructuralmente en su historia, pero que sin embargo mimetizan la realidad de la época de La Violencia, al menos en lo concerniente a los partidos políticos, y su simbología. Al aparecer estos pasquines, se deben tomar medidas para restablecer la convivencia en el pueblo. Una de las medidas que toma el alcalde para imponer el orden es el toque de queda y el reclutamiento de guardias entre las personas del pueblo. Dentro de esta guardia se encuentran el peluquero y el dentista, e incluso algunos reclusos de la cárcel. Con estas medidas se genera terror en el pueblo, que lentamente despierta a la realidad del alcalde, es decir, su faceta de tirano déspota, tramposo, y fraudulento. Estas acciones fraudulentas quedan en evidencia al apoderarse de algunos dineros del pueblo, es decir del erario público, y utilizarlos para su beneficio personal, y en el apoderamiento del ganado de Cesar Montero, al igual que los bienes de una viuda. Como ya se sabía, el alcalde también se apoderó de los terrenos bajos y se los vendió a los pobres. Finalmente, el episodio concluye con la muerte de un joven que colocaba propaganda política del partido opositor, pero que no pegaba los pasquines como se le acusaba. Los tenientes del alcalde asesinan al joven y arguyen que estaba intentando escapar, y por ese motivo habían tenido que matarlo. Hay una disputa entre las autoridades del pueblo a causa de la autopsia de Pepe Amador, o sea el chico asesinado a quien se le acusaba de colocar los pasquines. Quien padece los actos arbitrarios estatales es un joven del pueblo. Esto se puede percibir como el sufrimiento del pueblo como el que pone los muertos del conflicto. Los muertos son casi siempre los que están más visibles en la guerra. Los soldados, los partidarios comunes y corrientes de los partidos políticos, los campesinos, e incluso los inocentes que nada tienen que ver con el conflicto, extrapolando la idea con la

muerte de Pepe Amador. Los pasquines ejemplifican una situación en la cual todos estamos inmersos; todos resultamos afectados; todos padecemos por la incertidumbre del futuro, y somos capaces de resolver de cambiar aquello que produce miedo. Estamos en el medio de una guerra por el poder y la dominación, y no existe forma alguna de escapar a esta situación. Vemos aquí otro de los conceptos planteados por Foucault cuando afirma que los hombres “procuran dominarse unos a otros, y quieren ejercer relaciones de poder unos sobre otros” (Foucault 20). En esta disputa por el poder, diferentes individuos o grupos intentan dominar al otro y emplean los mecanismos que les sean más útiles para lograr esa dominación. Si los pasquines son un acertijo, pues no parece haber una solución clara y concisa. Algo igual ocurre con el conflicto armado. Hay unos actores conocidos inicialmente claramente detectados, pero no se les ha imputado los cargos a los cabecillas, o a los autores intelectuales. A la fecha, no se sabe quién estuvo detrás de la muerte de Jorge Eliecer Gaitán. El caso se dio por cerrado al tener un chivo expiatorio que efectivamente cometió el crimen. Sin embargo, detrás de él debe haber toda una red de conspiradores que nunca han sido detectados. No se sabe a qué nivel se maquinó el magnicidio.

Concluimos que García Márquez utiliza el episodio de los pasquines para probablemente demostrar la complicidad de toda una sociedad en el conflicto. Una sociedad ensimismada en medio de una lucha de poder que no logra identificar las causas de esa lucha y ciega porque no comprende lo que sucede a su alrededor. Sin embargo, esta sociedad no está involucrada directamente en el conflicto mismo, pero no se inmuta y se mantiene inerte ante las realidades del entorno viciado de la sociedad a todo nivel. Los semas empleados por este autor también mimetizan la realidad de la época de La

Violencia, aunque en muchos casos obedecen a las leyes establecidas por el autor que los convierten en semas de rasgos diegéticos necesarios para sus historias. También hay semas de rasgos miméticos complejos como los colores, rojo o azul, que se refieren a muchos aspectos, que no son necesariamente tratados en la obra, pero que sí se emplean por el autor para crear ideas concretas en la mente de los lectores. Estos semas polisémicos son de bastante interés porque nos ayudan a comprender el significado subyacente de los mismos y porque tienen una función importante en la diégesis del autor, además de delatar los hechos coyunturales del momento histórico. Todos estos hechos ambientan desde la estética literaria los sufrimientos de la población civil durante una de las épocas más siniestras de la historia reciente de Colombia.

i. El conflicto y la política representada en *Cóndores no entierran todos los días* (1971)

Gustavo Álvarez Gardeazabal nos lleva por parajes rurales del Valle del Cauca con un personaje principal, al margen de la ley, que representa la esencia misma del conflicto político armado de la época de La Violencia. La literatura sirve de mecanismo mediador para que se dé un aprendizaje dialógico entre el autor y el lector. El conflicto armado es el resultado del fanatismo político, a ambos extremos del estrecho espectro político de la época de La Violencia. Tanto los liberales como los conservadores aportan su grano de arena en este conflicto. La imagen del Bogotazo está presente en el relato porque es a partir de esta fecha que empiezan las hostilidades a nivel regional. Dentro de los aspectos generales de esta obra incluiremos algunas notas biográficas sobre el autor, que nos

ayuden a comprender el enfoque que le da a la narrativa sobre el conflicto de la época de La Violencia, y sus motivaciones personales al escribir sobre este tema en particular. Lo testimonial en la obra le añade argumentos a las revisiones neohistoricistas que se pueden contrastar con las narrativas oficiales. La aparente disyunción entre historia y literatura es cuestionada en una lectura neohistoricista. Para Colebrook: “new historicism focuses on the way in which social forces produce such boundaries between reality and text, or history and culture” (14). A partir de un texto literario podemos encontrar lecturas que aporten a la comprensión histórica de un fenómeno social determinado. También analizaremos algunos de los aspectos más relevantes que la crítica ha señalado. Argüimos que en *Cóndores no entierran todos los días*, el autor copia eufemismos sobre los perpetradores de los crímenes y sus prácticas empleando semas con diversos significados que distan de su significado real. Esto tiene bastante sentido si pensamos que en la época de La Violencia era mejor no ser identificado o identificar a los actores del conflicto y que al emplearse otros semas, se podría evadir la responsabilidad de realizar una acusación directa. El título mismo de la obra nos ofrece una pista bastante importante sobre estos semas polisémicos a los que nos referimos. La palabra cóndor, además de referirse a un ave majestuosa de los Andes, también es empleada como el ave de mayor envergadura; la más grande; la más hábil y el mejor carroñero de todos. En otras palabras, esto significa que el protagonista es el pájaro principal. En la obra un pájaro no es un ave. Un pájaro no es más que un asesino militante del partido conservador que se dedica a buscar liberales para matarlos. En otras palabras, se trata de un criminal que se aprovecha de la coyuntura social del momento para ganar dinero fácil. Un dinero que en condiciones normales no podría nunca ganar en las cantidades desbordadas como ocurría

en la época de La Violencia. El sema pájaro además connota la idea de volar alto, más alto de lo que normalmente se puede volar, si alguien fuese un cóndor. Si extrapolamos la idea de la oportunidad económica con la idea de progreso, podemos ver que, si una persona normalmente se dedica a una actividad laboral particular, podrá sobrevivir gracias a su trabajo, pero nunca podrá en verdad hacerse rico, o millonario, como se explicará más adelante. También connota la idea de salir a volar, o salir en misiones selectivas ocultas en las que se buscaban víctimas fáciles y ganancias inesperadas. También, el cronotopo es particularmente apropiado si pensamos en la zona cafetera aledaña a Tuluá, donde ocurren los acontecimientos. Se trata de una zona relativamente montañosa, en la que la movilidad puede ser difícil. De nuevo, la idea de volar es bastante sugestiva y apropiada para una zona como ésta, en lo que a la movilidad se refiere.

“La narrativa colombiana de los últimos trece años ha sido dominada por la presencia de dos nombres: Gabriel García Márquez, por razones obvias, y más recientemente Gustavo Álvarez Gardeazabal, representante de la joven generación” (Williams 165). Así se apreciaba el trabajo literario de este escritor vallecaucano en los años ochenta. Oriundo de Tuluá, ciudad natal, donde nació el 31 de octubre de 1945, es un doctor Honoris Causa en literatura de la Universidad del Valle. Ha hecho militancia política como concejal y diputado de la asamblea de la ciudad de Cali. También fue elegido como el primer alcalde popular en Tuluá, cargo que ejerció hasta el año de 1990 cuando se postuló para la Asamblea Nacional Constituyente, a la cual no fue elegido. Hizo sus primeros estudios de pregrado en la Pontificia Universidad Bolivariana de Medellín en la carrera de Ingeniería Química, pero después de un tiempo la abandonó

para irse a estudiar inglés al St Michaels College en Vermont, Estados Unidos. Luego de regresar se matricula en la Facultad de Letras e Historia de la Universidad del Valle de la cual obtuvo su licenciatura el 19 de junio de 1970. Después de graduarse enseñó literatura por dos años en la Universidad de Nariño. Luego, entre 1972 y 1980 trabajó en la Universidad del Valle. A raíz de las críticas buenas o malas recibidas en su novela, empezó a reaccionar en contra de los críticos literarios en un afán por desestimar las aproximaciones a su obra desde las teorías literarias. “Álvarez Gardezabal ha sido aún más agresivo en lo que se refiere a las últimas tendencias críticas. En un artículo recientemente publicado, titulado apropiadamente “Los daños de la semiología”, ataca vehementemente todas las vertientes de la crítica reciente “desde el estructuralismo en general, hasta el psicoanálisis, el marxismo y la semiología” (Williams 173). A pesar de tener una postura abierta en contra de la crítica, su obra ha sido bien recibida por otros escritores latinoamericanos. Su novela recibió el beneplácito y los elogios del Nobel guatemalteco Miguel Ángel Asturias. Gardezabal en un libro titulado *La novela colombiana: entre la verdad y la mentira* (2000), nos describe los motivos e intereses suyos al escribir una obra en general, y nos da muchas pistas sobre sus intenciones verdaderas al escribir la obra en cuestión:

Han existido muchas teorías sobre las motivaciones que tenemos los escritores para sentarnos a escribir una novela. No soy partidario de ninguna en especial pero no tengo la menor duda, por mi propia experiencia, que el entorno de distinta manera no ejerce alguna influencia sino una muy mayúscula y que es el mayor o menor grado de identificación, de preocupación o de fastidio con ese ámbito lo que nos

lleva a la orientación de la trama y de los personajes novelados. Yo no podría haber escrito una novela como *Cóndores no entierran todos los días* si no hubiese vivido en el Tuluá de la violencia entre liberales y conservadores del 48 al 58. García Márquez no habría tenido las facilidades para escribir una obra como *Cien años*, llena de leyendas arhuacas y enmarcada en la matanza de las bananeras si no hubiese vivido su infancia en Aracataca, en pleno corazón de la zona. (Gardezabal 9).

Únicamente el escritor mismo conoce sus motivos intrínsecos para escribir una novela, y como el mismo autor lo dice, gracias a haber vivido y conocido la situación peculiar en la época de La Violencia es que él puede entrelazar la realidad y la ficción tan hábilmente en su obra, la cual ha sido una de las pocas obras literarias que han sido llevadas al cine¹⁸ nacional. Gustavo Álvarez Gardezabal en su novela *Cóndores no entierran todos los días* hace una narrativa estética sobre dicho periodo. El texto propone que La Violencia como fuente de creación literaria¹⁹ hace parte de la evolución de la literatura colombiana.

La crítica literaria Montañó ha visto unas supuestas variables recurrentes que pueden ser atribuidas a su intento de novelar hechos reales: “La Violencia como tema

¹⁸ Ver el artículo de Lara, Bibiana Paola. La ley especificó que las salas de cine estaban obligadas a presentar cortometrajes colombianos en todas las. A pesar de los problemas, en la década del 80 llegaron a las pantallas algunos largometrajes que tuvieron relevancia debido a sus temáticas, más realistas, con buenos guiones y realización como *Canaguaro* del chileno Dunav Kuzmanich y una de las películas apoyadas por Focine, *Cóndores no entierran todos los días*, de Francisco Norden, que recibió reconocimientos en múltiples festivales internacionales.

¹⁹ Ver el artículo de Correa, “El papel social”. Existe al parecer, gracias a las mismas palabras del autor, una tendencia a hacer una especie de narrativa histórica con vuelcos literarios que se ajusta a la realidad de los hechos: “En todas mis novelas, hasta en las más tennes, no he hecho más que reflejar esa realidad y ese contexto histórico y social que permite la solución teórica o la crítica acerba o la desilusión total, y en el fondo yo soy el novelista crítico de la segunda mitad del siglo XX. Y termine de historiador haciendo novela” (Correa 244).

principal de la novela y la realización estética de la producción literaria. Desde luego, también puede ser vista como una clasificación de los acercamientos al tema de la Violencia y de sus autores” (1). Teniendo como marco histórico los acontecimientos ocurridos inmediatamente después de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, Gardeazabal recrea y denuncia los desmanes de El Cóndor, su personaje principal. En su crítica Quintero Dueñas argumenta sobre la religiosidad del personaje principal:

La culpa, el miedo propio y posteriormente el miedo colectivo son los que llevan al Cóndor, León María, en *Cóndores no entierran todos los días* a sustituir su excesiva religiosidad y la idea de la muerte con unos elementos tan claros como el jinete del Apocalipsis y el juicio final, que lo llevan a establecer en Tuluá como territorio la carrera de la muerte y de la invisibilización del contexto familiar en su toma de decisiones personales.

(Quintero 22)

En su propuesta literaria Álvarez Gardeazabal se arriesga a narrar hechos que realmente ocurrieron en Tuluá, en el Valle del Cauca²⁰, tomando de la vida real personajes históricos involucrados en el conflicto de la época de La Violencia.

El chisme, con su sospechosa conjetura de que será posible identificar y saber la ‘verdad histórica’ de unos hechos, hizo que tuviese un éxito inmediato. Además, Álvarez Gardeazabal se atrevía a escarbar en un mito tabú, usando nombres propios, inventando

²⁰ Ver el libro *Geografía económica y humana de Colombia* de Alberto Pardo. El **Valle del Cauca** es uno de los 32 departamentos de Colombia, localizado al occidente del país. Gran parte del departamento está entre la Cordillera Occidental y la Cordillera Central de los Andes, en el valle geográfico del río Cauca de donde proviene su nombre. Es el tercer departamento más poblado de Colombia (4 520 166 habitantes en 2012) y el vigésimo segundo en extensión (22.195km²).

otros, corriendo el riesgo de que descendientes del criminal o los hijos de sus víctimas tomaran a su vez retaliaciones violentas o legales, como eventualmente sucedió. (Tenorio 5)

Dentro de su técnica discursiva incorpora una narración que no requiere de diálogos ni de monólogos para la construcción de los personajes. Edwards confirma la influencia del periodo de La Violencia en la obra de Gardezabal:

The violence that swept Colombia after the 1948 assassination of Jorge Gaitán is the subject of this novel. Terror descends on the Cauca Valley town of Tuluá, through the acts of Leon Maria Lozano, the condor of the book's title. With the presence of a sinister specter, Leon Maria conjures a magic circle of fear by ordering the deaths of some 3,569 com-patriots. The bodies of the victims, found without papers, are buried under markers that say simply "NN," no name. (Edwards 330)

Gardezabal representa la época de La Violencia con los actos vandálicos de “los pájaros”. El título hace alusión a un grupo del partido conservador que apareció en Tuluá, Valle, en la época de La Violencia. El grupo se llamaba Los Pájaros y el alias del cabecilla era “el Cóndor”. Es un grupo paramilitar con ansias de control y poder local al servicio de los terratenientes conservadores de la región. De nuevo vemos aquí el concepto ya antes sugerido de Foucault referente al “poder del que quiere uno adueñarse” (Foucault 6). Existe una situación coyuntural que permea todas las clases sociales y que hace lícito atacar al enemigo. Gracias a esta situación generalizada por causa de la época de La Violencia, y de la cual se aprovechan los que desean continuar en el poder, pueden

sacar del camino a todos los contrintantes del partido contrario, especialmente aquellos que sean potencialmente contestatarios.

Como se había sugerido anteriormente la selección de estos dos semas, pájaro y cóndor, es vital para crear los eufemismos sugeridos por el autor referentes a los bandidos asesinos que merodeaban por las fincas del Valle. Emplear términos que denoten ideas confusas no relacionadas con el significado real de las mismas, puede ser probablemente un distractor lingüístico, que enmascare la verdad subyacente. Un ejemplo más tomado de la realidad lo podemos ver en la “solución final” al problema judío de la Segunda Guerra Mundial. Al leer o escuchar esta palabra, no se percibe lo macabro de su significado subyacente, es decir, el asesinato sistemático de millones de judíos. De igual manera, al leerse, escucharse o escribirse la palabra “pájaro”, se percibe una sensación de alegría por la imagen que dichos animalitos traen al lector, o receptor del mensaje. Un periódico local es el que emplea éste eufemismo por primera vez, según el relato del narrador: “Allí llegó León María al día siguiente de que apareció en Riofrío como jefe de lo que el *Relator* llamó en primera página ‘los pájaros’ (Gardeazabal 71). De esta manera identifica el narrador a León María con este grupo paramilitar que operaba en la región.

El 9 de abril de 1948 es asesinado el caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán con lo cual ocurre el Bogotazo, como ya se ha indicado anteriormente. En la novela se parte de este hecho y se narran algunos hechos ocurridos antes y después de esta fecha descrita anteriormente. “La turba había llegado hasta la esquina de misiá Mercedes Sarmiento” (Gardeazabal 11). De esta manera el autor reconstruye las turbas de liberales partidarios

de Gaitán enfurecidos tras su asesinato en el día del Bogotazo, pero nos ubica en su pueblo, Tuluá. La idea de turba se percibe como un referente muy claro de lo sucedido dicho día, más aún, se emplea el mismo vocablo empelado para referirse a esta multitud enardecida que causó varios estragos en la capital, como ya se ha explicado anteriormente. León María es un conservador radical muy celoso de su mujer. Defiende al colegio de los Salesianos que iba a ser derribado por esta muchedumbre furiosa por la muerte de Gaitán:

Desde ese viernes nueve de abril, Tuluá no quiso grabarse ningún acto de depravación, ni las caras de quienes encabezaban la turba, pero sí elogió y convirtió en una leyenda la descabellada acción de León María Lozano cuando se opuso, con tres hombres armados con carabinas sin munición, un taco de dinamita que llevaba en la mano y una noción de poder que nunca más la volvió a perder, a que la turba incendiara el colegio de los salesianos e hiciera con los curas lo mismo que en otras ciudades y poblados hicieron ese día: que los colgaran de sus partes nobles, les echaran candela a sus sotanas o los hiciesen salir desnudos por las calles... (Gardeazabal 13).

Con este hecho da inicio a la lucha en contra del partido contrario. En compañía de un puñado de hombres, unas pocas carabinas y un taco de dinamita se disponen a defender el colegio. De esta manera logra evitar que la muchedumbre destruya el claustro y logra proteger a los clérigos del lugar. El autor logra metafóricamente mostrar la coalición entre la Iglesia y el Estado que era favorecida especialmente por los

conservadores. El personaje cambia de estatus social y pasa de ser un simple vendedor de quesos de la plaza del mercado de Tuluá a convertirse en el héroe cívico local abanderado del partido conservador y en defensa de las buenas costumbres, quien gracias a su devoción católica enfermiza decide apoyar a la Santa Madre Iglesia, y decide emprender una cruzada en defensa de los ideales católicos, en la que tiene por objetivo primordial convertirse en el estandarte del pudor de la coalición entre la religión católica y el partido conservador. A partir de la fecha de creación del grupo, empiezan a aparecer personas muertas en ríos, caños, y en las mismas calles de Tuluá. Incluso se da el caso de personas asesinadas en las mismas puertas de sus casas. El denominador común en todos estos casos es que los muertos aparecen sin papeles de identificación, pero que en verdad se trata de partidarios o militantes del partido liberal, y que son abiertamente reconocidos como tal. La filiación política de los personajes está bien delimitada puesto que el autor nos presenta una dualidad binaria entre liberales que sin embargo “no va más allá de mencionar junto al personaje su filiación política” (Montaño 6). El autor muy acertadamente decide excluir las razones por las cuales se es liberal o conservador para mostrarnos la sinrazón de la política misma. “No explica por qué pertenecen a uno u otro partido, lo cual no es de extrañar porque en Colombia no es algo que la gente se pregunte a la hora de decirse liberal o conservador” (Montaño 6). Uno de estos personajes con filiación liberal es Gertrudis Potes, quien denuncia la muerte del locutor de la emisora del pueblo alegando que los asesinos habían estado a las órdenes de León María. Esta misma mujer también fue la gestora de una carta en la que denunciaba la actividad de León María y sus secuaces, y que fue firmada por nueve personas de la región. El hecho de que se trate de 9 personas y no más ni menos, nos sirve de símbolo de la fecha de la muerte

del caudillo liberal. Además, como lo vimos anteriormente, la fecha misma del asesinato de Gaitán es novelada claramente en su relato en su intento de darle vuelcos reales a la misma. La carta fue enviada al periódico *El Tiempo* de la capital. A partir de ese momento empezaron a caer muertas en ocasiones distintas, todas las personas que firmaron la carta. Los hombres del Cóndor se encargaban de silenciar a las personas que se atreviesen a denunciarlos ante las autoridades, aunque los pájaros contaban con el beneplácito de algunos miembros del clero y de la policía misma, e incluso de los militares, que se hacían los de la vista gorda y no actuaban en las zonas controladas por el grupo paramilitar.

“La novela transcurre de manera paralela para el personaje de León María quien tiene una doble condición, en la esfera pública es un abanderado de las ideas del partido conservador y en la esfera privada es una figura que encarna la autoridad y el poder, quien hace cumplir sus órdenes al pie de la letra”. “La figura de ‘El cóndor’ fue altamente reconocida y recreada en el imaginario colectivo de Tuluá, la prensa nacional e internacional documentó la labor que León María realizó en pro de la moral y las buenas costumbres propugnadas políticamente por el partido conservador” (Quintero 41- 42). Con el cambio de gobierno, es decir, cuando los liberales finalmente vuelven al poder, León María sale exiliado de Tuluá, y después de un tiempo es asesinado finalmente al parecer por Simeón Torrente. Durante el tiempo que se describe en la novela, se ve cómo el protagonista deja de ser una persona pobre, pero honrada, y se convierte en un hombre rico cuya fortuna no parece tener un origen lícito. El hecho de que los acontecimientos violentos descritos en la novela giren en torno a un personaje perteneciente al partido conservador, muestra en parte la realidad de los hechos que ocurrían a diario en cualquier

pueblo durante la época de La Violencia. Los investigadores que han estudiado esta época están de acuerdo en la tesis probable de que la muerte del caudillo liberal fuese una conspiración de alto nivel de los militantes del partido conservador. Las personas del común de filiación conservadora parecen mimetizar el modelo de acto de violencia que representa el magnicidio de Gaitán, y lo repiten una y otra vez con sus propios conciudadanos, vecinos, amigos, familiares, etc. Como resultado de los asesinatos sistemáticos, se formaron grupos paramilitares liberales cuyo objetivo era la defensa de sus propias vidas. Sin embargo, hicieron lo mismo que habían hecho los conservadores en una especie de vendetta generalizada en la que se cobraban ojo por ojo y diente por diente todas las atrocidades cometidas inicialmente por los conservadores: “en menos de treinta días originó la única sangría fina de que Tuluá y Colombia recuerdan algo porque, por lo general, los muertos de la violencia han sido todos los de ruana, pobres campesinos que no encontraron otro ideal en la vida que vivir a su partido liberal o a su partido conservador” (Gardezabal 133). Gracias a esta violencia generalizada, en algunas zonas del país ocurrió que la tierra empezó a cambiar de dueños, es decir, que las personas dueñas de fincas grandes o de haciendas importantes, fueron convertidas en objetivos políticos:

Tantos, y todos tan acongojados, que los dueños del poder por fin despertaron, y antes de que todo fuera hecatombe, los que acompañaban a los señores de Bogotá en sus banquetes de paz y en sus fotografías de lujo, decidieron invertir los papeles y decirles a los asesinos elegantes que su sangría había terminado porque ya no podían sus industrias ni sus mujeres

sostener a tanto refugiado y el porvenir económico del país estaba primero que la satisfacción política. (Gardeazabal 155)

Para no dejar rastro, debían deshacerse de familias enteras para poder apoderarse de las tierras. Esto a su vez traía a la larga como consecuencia, que las personas que conocían a las víctimas también fuesen victimizadas más tarde, por miedo de los victimarios de que se supiera la verdad de las muertes, aunque era casi vox populi en el pueblo donde se sabía de antemano quiénes estaban detrás de estos crímenes. Al respecto de la estrategia del autor de mostrar toda esta violencia sin sentido y sin aparentes victimarios, Edwards nos ofrece una perspectiva de anonimidad, es decir de un culpable sin rostro:

If the book is uncomfortable reading, it is certainly effective. Perhaps the author wants his readers to contemplate the impersonal, almost distant quality of violence, the faceless anonymity that makes it all the more possible. And he might be suggesting, perhaps indirectly, that though death may not be ignorance, ignorance will surely be death. (Edwards 330)

El objetivo del autor no es el de catalogar a las personas causantes de las muertes que ocurrieron en esta época, sino más bien de mostrar lo que ocurría, las causas y las consecuencias nefastas para las regiones afectadas por este periodo de inestabilidad política. Es precisamente este distanciamiento y la supuesta anonimidad de los hechos lo que hace que la época de La Violencia se pueda ver en retrospectiva como una época de bastante indiferencia ante la realidad, de ignorancia política y religiosa, y de

culpabilidades compartidas. El simple hecho de que las personas tomen partida en los hechos de violencia sin tener una razón verdadera para ello, nos demuestra la ignorancia de las personas, que se mostraban como partidarios de un partido u otro sin tener la menor idea de las causas subyacentes y de los beneficios que dicha lucha generaba a sus principales accionistas. Vemos aquí un concepto sugerido por Girard: “violence is self-propagating” (27). De alguna manera la violencia generalizada genera más violencia sin sentido, ni razón, aunte subyacen causas ocultas que no conviene que se sepan. El pueblo se muestra como callado, y silencioso, pero activo y participante de esta violencia bipartidista que auto genera más y más violencia sin sentido. De nuevo el autor emplea palabras polisémicas para referirse a la coalición aparente entre la Iglesia y el Estado durante esta primera fase de La Violencia al sugerir que el cielo azul se llenaba de iglesitas, o que se colocaban letreros en tinta azul en las puertas. También afirma el narrador que los pájaros se movilizaban en carros azules. Se puede entonces pensar que, como los carros son conducidos por personas, el autor lo que pretende es sugerir que los azules, o conservadores son los que conducen el carro de La Violencia. Esto implicaría que el partido conservador es probablemente el que maquina las acciones violentas. Dichas acciones benefician sus intereses económicos también. Ellos llevan en sus manos el control de las acciones en contra de los liberales.

Al igual que los autores estudiados anteriormente, Gustavo Álvarez Gardeazabal echa mano del tema de los campesinos en el conflicto para explicarnos el sufrimiento que padeció este sector de la sociedad en particular en la época de La Violencia. Hace una descripción de los estos personajes secundarios campesinos como los de “ruana”. La ruana es una prenda de vestir típica de las zonas templadas y frías de las cordilleras de los

Andes de Colombia. No se sabe exactamente bien el origen de la palabra, pero al parecer, el tejido con el cual se fabricaban estas prendas venía procedente de Rouen, en Francia, y de allí que se le haya dado el nombre de ruana. Lo importante de anotar es que era una prenda usada especialmente por campesinos, como efectivamente se puede comprobar incluso en el siglo XXI en las zonas rurales del país:

Tulúa y Colombia recuerdan algo porque, por lo general, los muertos de la violencia han sido todos los de ruana, pobres campesinos que no encontraron otro ideal en la vida que vivir a su partido liberal o a su partido conservador. Así, y todo, la carta llegó hasta El Tiempo y fue publicada para darle a León María Lozano, El Cóndor, una importancia ni en los días en que la revista Life lo sacó en primera plana, ni mucho menos parecida a la que había tenido en días posteriores al nueve de abril.

(Gardeazabal 95)

El autor nos hace una descripción más detallada y pensada sobre las consecuencias de la guerra bipartidista de la cual los campesinos son los más afectados. Aunque no da muchos detalles sobre las razones por las cuales los campesinos son de tendencia liberal o conservadora, sí está claro que son en verdad estas decisiones políticas las que afectan sus vidas durante la época de La Violencia. El mal entendimiento de lo que significa en verdad la democracia, es un elemento muy importante en el conflicto, puesto que el poder político se podría ver cómo el objeto de deseo de los altos mandos políticos a nivel tanto nacional como regional. Este es otro de los conceptos planteados por Foucault “el objeto

de deseo” (6), que en este caso no hace referencia a deseo sexual, sino al deseo incontenible de poder y control de una región, aprovechándose de la ignorancia política de sus habitantes. Y es precisamente en estas zonas rurales en que se prefiere la lucha armada de hecho al discurso demagógico de los caudillos liberales o conservadores de las grandes ciudades. Es el pueblo mismo el que cae en esta lucha, sin importar su filiación política. Es el pueblo el que sufre y es el que pone los muertos en esta confrontación. De alguna manera, a causa de las pobres decisiones políticas que toman los campesinos, son víctimas de un proselitismo político malentendido que termina en hechos sangrientos. Muy probablemente el fanatismo tiene un papel muy importante en esas decisiones políticas que toman los campesinos, pero en el verdadero trasfondo de esta situación probablemente encontremos la falta de educación, la ignorancia y el desconocimiento de los cimientos políticos reales de los partidos. Estos son los factores verdaderos que hacen que los campesinos se involucren tan de lleno en esta lucha sin pensar en las consecuencias para sí mismos y para sus familias. Son las víctimas principales:

León María pasó a ser así el tema preferido de los liberales de la capital, que aprovechaban para el aumento de sus bienes económicos el avance demacrado de sus huestes campesinas asesinadas sin protesta, pero sobre todo llegó a ser el ídolo de cada uno de los conservadores que por más habían gastado su vida y su fortuna por ocupar un puesto dentro de la jerarquía no habían llegado más lejos que uno de los serviciales de León María Lozano que denunciaban en la carta. (Gardeazabal 96)

De las huestes campesinas, cansadas, agotadas por la lucha, salen los muertos de esta guerra. La idea de huestes proviene de la edad media. Era un vocablo de uso militar empleado para describir las mesnadas de vasallos, o campesinos que luchaban en la guerra, o soldados de infantería, en ejércitos mejor compuestos y distribuidos tácticamente. Poco ha cambiado desde entonces. Ya no son vasallos sino campesinos. Se cambia la palabra, pero la esencia, es decir, el significante, es el mismo. Esto significa que son las clases más bajas de la sociedad las que están directamente involucradas en el conflicto, ya sea promoviendo la lucha con intereses personales, o defendiéndose de la misma. Por un lado, tenemos a los luchadores de la guerra, los campesinos, y por otro lado a los beneficiarios de la misma representado en los altos mandos políticos. Los beneficios económicos son para los promotores principales de la lucha, ya sean del partido liberal o del conservador. Pero, ¿qué beneficios económicos puede haber en una lucha como la de la época de La Violencia en Colombia? La respuesta más evidente y que podemos analizar como el motor principal del conflicto es el cambio de manos de la tierra, es decir, existe un elemento económico muy importante. Las familias asesinadas tenían que abandonar las tierras. Como las tierras quedaban vacías, algunas fincas, minifundios, o latifundios eran vendidos al mejor postor. De allí proviene la fortuna de León María, que, como militante conservador, se ha aprovechado de esto y se ha convertido en un hombre muy importante políticamente pero muy peligroso en la región. Las huestes campesinas hacían el trabajo sucio y los mandamases se aprovechaban de ello. Nadia sabe quién o por qué ordenaba los ataques a las fincas, pero los hechos sangrientos eran vox populi. Existía un poder detrás de las hordas armadas, ignorantes y beligerantes que también se beneficiaban, pero en menor medida. Otro aspecto

importante a considerar es el aporte de víctimas de este conflicto que proviene efectivamente en su gran mayoría de zonas rurales donde los campesinos inocentes mueren constantemente por las balas, los machetes, o los garrotes de uno u otro bando. Son trabajadores de la tierra y no la poseen, pero desean con ansias poderse hacer a un pedazo de ella. Aunque tienen una filiación política aparentemente clara, no son conscientes del trasfondo político económico y social, y del significado y peligro que conlleva ser militante del partido liberal o del partido conservador. Por su parte Gardezabal en Córdobas no entierran todos los días nos da una imagen del campesino como víctima fatal del conflicto, es decir, que los muertos son todos los campesinos especialmente si es un campesino de filiación liberal, ya que en la primera fase histórica de La Violencia, las primeras víctimas fueron liberales, comenzando por el líder máximo del partido, Jorge Eliécer Gaitán:

Setenta y dos fueron los muertos de Monteloro, cuarenta y siete los que enterraron en Bolívar, porque los mataron en la montaña de primavera, cerca de la llanada de Aurelio Arango, treinta y dos los que cayeron en la Habana en la carretera al Tolima. Todos liberales y todos campesinos. Sus defunciones sólo aparecían en el boletín de la brigada porque la censura había obligado a no titular los muertos. Sin embargo fueron muchos en muy pocos días y todos tan cerca de Tuluá, que un grupo de señoras bien, el padre Nemesio, la presidenta de las Damas de la Caridad, la de la asociación de los Sagrados Corazones, y misia María Cardona, directora de la cofradía, se reunieron a instancias de esta última

con la intención de firmar una comunicación a León María solicitándole que interviniera ante sus hombres para que la paz renaciera en Tuluá y su comarca. (Gardeazabal 100)

El hecho de que los muertos sean campesinos de los alrededores de Tuluá nos indica que se habían detectado células de campesinos liberales que se convertían automáticamente en objetivos militares para los hombres del Cóndor, aunque no fueran campesinos beligerantes en el conflicto. El simple hecho de pertenecer al otro partido era más que razón suficiente para que los asesinaran vilmente. León María debía contener a sus hombres para evitar que se siguieran presentando estas masacres de campesinos liberales, sin embargo, aunque era el jefe, no podía controlar todos los hechos sangrientos que ocurrían en su comarca. Se puede presumir la filiación política de las Damas de la Caridad o de las señoras de bien, pertenecientes a círculos altos de la sociedad local, y los grupos religiosos que muy probablemente eran del partido conservador. Al calificar a estas señoras como damas de bien el autor nos está dando una clave social importante. No se trata de personas de escasos recursos económicos o de poco nivel social, ni mucho menos de extracción campesina, aunque probablemente sus riquezas provengan del usufructo del campo.

La relación entre la religión católica, los grupos de acción social católicos y los mismos personajes eclesiásticos favorecen la posición conservadora en cuanto al papel de la Iglesia en los asuntos del Estado. Esto es fácilmente verificable gracias a que los conservadores avocaban por unas sanas relaciones entre la Iglesia católica y las instituciones estatales. Por el contrario, los liberales estaban en contra de la intervención

directa del clero en los asuntos de estado. El Concordato es un acuerdo en entre la Santa Sede y algún país soberano en el cual se estipulan las relaciones mutuas en puntos de interés de ambas partes. Por muchos años se había intentado revocar el Concordato con la Santa Sede, lo cual ha producido resquemores entre los partidos políticos en Colombia. Particularmente los conservadores han tenido una posición más favorable con respecto al Concordato, e inicialmente los liberales se encontraban totalmente en contra, aunque con el pasar del tiempo su postura dejó de ser tan desfavorable. Aunque no se puede evidentemente catalogar a todos los conservadores como católicos, tampoco es prudente aseverar que todos los conservadores de la época hayan estado de acuerdo con las acciones paramilitares de los grupos al margen de la ley. Es por este motivo que el autor nos muestra a unas personas importantes de la sociedad local, rural, de Tuluá que se muestran preocupadas por los hechos de violencia desenfadada, salvaje, que se han presentado en los alrededores de la ciudad. De alguna manera pretenden que se eviten estas acciones violentas en contra de los campesinos de la comarca, o en el mejor de los casos que cesen estos acontecimientos sangrientos que tiñen de sangre a la región y que van claramente en contra de los mismos principios de la religión. Estas personas no son participes directos en este conflicto, aunque muy probablemente estén enterados de quienes son los posibles causantes y por tal motivo se dirigen a quien se supone ser el jefe de estos bandoleros.

Concluimos que la novela nos ofrece una visión casi testimonial de los primeros años de la época de La Violencia, es decir, la época más cruenta en la que se presentaron una mayor cantidad de muertes. Mediante la utilización de semas de rasgos miméticos copiados de la realidad del momento histórico, nos ofrece un gran abanico de temas

directamente relacionadas con las causas y las consecuencias de La Violencia en las zonas rurales del país. También, emplea palabras polisémicas que tienen diversos significados. Es probable, que en condiciones de conflicto se empleen eufemismos para referirse a las atrocidades de los actos violentos, o los actores de un conflicto y sus hechos, a manera de suavizar el impacto semántico que esto puede tener en el receptor del mensaje. También se podría emplear como una manera de escaparse a las consecuencias de verse involucrado en los acontecimientos, o sea como una manera de evitar responsabilidades. Se nombra ese referente que se conoce, pero no se le da su verdadero nombre. Podría tratarse de un mecanismo de defensa que actúa en favor del hablante, o del narrador, en este caso. El autor plantea un aprendizaje dialógico a todo aquel que esté interesado en saber más sobre esta época nefasta de la historia reciente del país. La cualidad de testimonio de la obra, embelesado con mecanismos literarios, sirve para añadir lecturas novedosas que aporten al Nuevo Historicismo. Dichas lecturas pueden contrastarse con las historias oficiales existentes.

5. Conclusiones

El estudio literario de la representación de la época de La Violencia en Colombia nos presenta una sociedad en conflicto en la que la convivencia misma está comprometida por la filiación política de los personajes. Tenemos una gran cantidad de discursos de poder a nivel local y regional que entran en pugna y mimetizan fenómenos de violencia ocurridos en otros lugares. El Bogotazo podría verse como uno de esos hechos de violencia que se mimetizan a través de la geografía nacional. Por un lado, los hechos de esta fatídica fecha traspasan la barrera del tiempo al encontrarse inmersas permanentemente en las páginas de los autores que hacen de la época de La Violencia el cronotopo para sus relatos. No podemos evidentemente decir que se trate de relatos fieles a la realidad de los hechos históricos ocurridos por ese momento. Sin embargo, las personas noveladas, los partidos políticos, los sitios, y la problemática proveniente del conflicto son pertenecientes a la realidad. Los semas de rasgos miméticos empleados por los autores copian exactamente los aspectos relevantes de la época de la Violencia. Sin embargo, los semas diegéticos empleados por los autores obedecen exclusivamente a las necesidades narrativas de los autores, y no son necesariamente copiados de realidad alguna. Los relatos mismos son los filamentos empleados por los autores para conectar las ideas y entrelazar los hechos reales con la ficción de forma tal que formen parte de esa tradición oral, si se quiere, de la época de La Violencia, una época que en lo literario sirvió como fuente de inspiración para la praxis literaria. Un estudio de violencia en la literatura no se puede limitar a encontrar riñas, luchas, o muertes. Es necesario desmenuzar todos los componentes testimoniales miméticos y contrastarlos con los

diegéticos para poder establecer un parangón entre la realidad y la ficción. Este parangón puede ser verificable a la luz de la historia misma. La literatura nos ofrece unos relatos basados en hechos reales que pueden ser analizados y contrastados con los mismos, extractando lo verídico. Con ello se logra que se vislumbre un camino hacia la reparación, y hacia a la creación de una memoria colectiva, puesto que la aceptación de culpas ayuda en el proceso de sanación de las heridas, tan necesario para construir sociedades en las cuales la paz sea posible. El texto literario puede ser analizado minuciosamente de tal manera que se establezca qué pertenece a lo testimonial, y pueda usarse como parte de la memoria colectiva social, y qué pertenece a la fabricación estética del autor. Al extractarse lo testimonial, se podrían crear nuevas lecturas del momento histórico. Estas lecturas neohistoricistas pueden compararse con las narrativas oficiales para dar una perspectiva nueva y menos cegada del fenómeno en cuestión. No podemos olvidar que la creación literaria forma parte de las actividades regulares dentro de una sociedad. La literatura forma parte de ese plano social, y por ende no está inmune a que las problemáticas internas de la misma permeen hasta las plumas de los escritores que hacen de estas narrativas una forma de visualizar lo que no se ve a simple vista y que no se comprende de dicha problemática. No se trata entonces de mostrar solamente que hay muertos por doquier, sino de analizar dentro de la naturaleza de los mismos seres humanos las posibles causas por las cuales ocurren estos hechos. Tampoco podemos hablar de un solo tipo de violencia sino de muchísimos y diversos tipos de ella. A través de la historia hemos vivido guerras, dictaduras, injusticias, conquistas, invasiones, magnicidios, parricidios, etc. Las sociedades no están exentas de que estas situaciones se presenten. Muy por el contrario, la violencia parece ser un tema con ciertos rasgos de

universalidad, comprensible prácticamente en cualquier cultura y cualquier momento histórico. El caso colombiano es tan solo otro más dentro del ramillete de narrativas de violencia que podemos encontrar en varios países de la zona y del mundo. Tampoco representa un problema exclusivo del siglo XX, sino que vemos cómo los hechos de mediados del siglo pasado han influido en el imaginario actual de los colombianos creando una narrativa híbrida entre ficción y realidad que se emplea como elemento de identidad nacional, del cual se hacen producciones para el cine y la televisión, la literatura, la academia y las obras plásticas. Esta estética fundamentada en la violencia debe estudiarse ampliamente para comprenderse los fenómenos subyacentes en la sociedad.

El estudio de la violencia como tal puede constituir una rama de los estudios literarios, culturales y antropológicos que se debe explorar con más detenimiento. No se puede suponer que se trate de un estudio evidente simplemente porque haya fatalidades dentro de una obra de ficción, o en una película, o porque las narrativas aparezcan en torno a hechos bélicos. Se debe comprender la razón de estas manifestaciones, lo que en verdad están representando y las implicaciones que ellas conllevan. Si analizamos detenidamente las estadísticas de muerte por violencia de varios países, podemos ver que ella constituye un problema real que afecta a toda la humanidad, no solamente a Colombia, y que desde los estudios sociales se pueden encontrar los significados de estas problemáticas y las implicaciones de estas narrativas con el fin de sensibilizar a las generaciones futuras, es decir, hacerlas conscientes de que la injusticia causa violencia y que esa violencia conlleva a problemáticas serias para las sociedades. Prácticamente en todas las subculturas que hablan español en el mundo, existen narrativas de violencia

similares en su esencia a la de la época de La Violencia en Colombia, porque han existido Golpes de Estado, derrocamientos, guerras civiles, violencia bipartidista, violencia de género, violencia proveniente de las relaciones económicas entre individuos y naciones, etc. Los autores que hemos analizado han escogido esta época de la historia colombiana para hacer sus creaciones literarias, aunque cada uno de ellos la ha abordado de manera distinta. Sin embargo, los elementos estructurales básicos, es decir, el cronotopo, la tematología y los semas de rasgos miméticos y diegéticos que han empleado son bastante similares, aunque no necesariamente idénticos. El estudio de estos semas en otras producciones literarias de la época de La Violencia nos puede dar un panorama más amplio de la narrativa característica del periodo.

Los conceptos teóricos sugeridos en este trabajo encasan bien en el estudio de las obras que hemos analizado. El poder como objeto de deseo tal cual lo plantea Foucault constituye un elemento esencial, y generador de violencia en general. Al interior de las sociedades, de los grupos humanos, de los estamentos públicos, zonas urbanas y rurales, etc., existen individuos y grupos en pugna cuyo interés primordial es tener poder y controlar a otros. Este deseo desmesurado algunas veces hace que se den actos de violencia, que unido con otros componentes sociales generadores de violencia actúan como catalizadores que generan más violencia, de tal manera que ella se auto propaga, como lo sugiere Girard.

Las zonas rurales remotas son las empleadas por los autores en sus narrativas. El olvido por parte de las instituciones estatales es también una forma de violencia que se debe analizar. No es una casualidad que se presenten imágenes recurrentes como la de los

campesinos que sufren a causa de las injusticias que les suceden diariamente. En la historia podemos ver la idea de progreso como el desarrollo del campo y del movimiento del campo a la ciudad, pero en algunas sociedades, aunque se ha presentado un progreso rápido y evidente, no se debe olvidar que gran parte de ese flujo migratorio del campo hacia la ciudad ha sido en verdad causado por la violencia, más no por el progreso. La lucha bipartidista deja una gran cantidad de muertos en la realidad y en la ficción, aunque en ella no se puedan hacer estadísticas provechosas. Paradojicamente en la realidad misma algunas veces las estadísticas están basadas en datos ficticios. La exégesis que podemos hacer de estos textos nos arroja un significado real y palpable de estas narrativas de violencia, en las cuales la política y el fanatismo, tanto político como religioso, forman una parte muy importante. Sabemos que es así y parece muy evidente, sin embargo, ese fanatismo político no es muy diferente del que podemos aún observar en el país, y probablemente en otros países en otras latitudes. No se pueden despreciar los estudios de violencia porque sean aparentemente elocuentes por sí mismos. Parecen ser evidentes en la medida en que sabemos que la violencia existe porque está a nuestro alrededor. La vemos en la televisión o leemos sobre ella en la prensa o en una obra literaria. Sin embargo, los aspectos subyacentes de ella no son del conocimiento de todos, y se ocultan en la mayoría de los casos. El trasfondo de estas narrativas es aquello que nos ayuda a comprender la razón y el verdadero significado de esta violencia. Porque no hay enunciación sin enunciado. No se cometen unos hechos sin que estos hechos signifiquen algo para alguien en un contexto determinado. En las relaciones de poder que existen en las relaciones humanas a diversos niveles, tal cual lo sugiere Foucault, dichos discursos son tan arbitrarios como el signo lingüístico mismo. Podríamos ver a la violencia como

un signo extralingüístico. Por ejemplo, si un grupo de bandoleros asesina a unas personas de una finca, está enviando en mensaje directo a otras personas que lo comprenden, como si leyesen el símbolo, es decir, si permanecen en dicho lugar algo similar les puede ocurrir. Es en esta clave semiótica que podemos analizar muchísimas más obras de la época de La Violencia, y probablemente encontremos elementos particulares de dichas narrativas. También podríamos analizar productos estéticos similares de otros autores en situaciones distintas para comprender el significado y el trasfondo de La Violencia representado en la obra. Debemos también aclarar que no puede existir violencia sin existir una sociedad que la produzca. No podemos pretender que los seres humanos son violentos por naturaleza o porque eligieron ser violentos. Algún comportamiento anterior pudo haberles encaminado hacia la violencia o hacerlos propensos a ella. He ahí el carácter mimético de la misma planteado por Girard. Al igual que el signo lingüístico, no podemos aprender una lengua sin que alguien nos la enseñe. Se trata de un comportamiento mimético, como muchos otros que aprendemos y copiamos de los demás. La violencia en sí es también un comportamiento aprendido de un hecho similar anterior, ya sea que éste ocurra en el plano personal o en el entorno vital. Podemos, sin saberlo, ser vectores de violencia en nuestros discursos de poder como padres, políticos, educadores, gobernantes, etc. Es por tal motivo que debemos comprender la esencia que genera violencia, para así evitar repetir esos comportamientos aprendidos de los demás. Podría sonar bastante utópico, pero al menos en el caso de la época de La Violencia en Colombia podríamos comprender mejor esta época histórica mediante la lectura detenida de estas obras seleccionadas. Este entendimiento puede ser probablemente visto como la colaboración que la ficción le hace a la realidad. La aparente simbiosis entre realidad y

ficción es muy compleja y se necesitan esfuerzos mancomunados desde varias ramas del conocimiento para poder describir dicho fenómeno acertadamente. No podemos hablar de una dualidad entre realidad y ficción, porque la idea de dualidad representa una oposición binaria, es decir, entre dos elementos constituyentes. La realidad posee muchísimos elementos constituyentes y es el mismo caso para la ficción. A su vez, el estudio de las obras sugeridas sobre la época de La Violencia puede guiar al lector en este proceso de enseñanza dialógica que hemos sugerido, ya que la posible simbiosis que planteamos entre la realidad y la ficción es particularmente verídica en el caso de la época de La Violencia en Colombia. Por más que pretendamos obviar los elementos constituyentes provenientes de la realidad, siempre estarán allí.

Como sugerimos al inicio de la disertación los autores nos enseñan unas pequeñas partes de un espejo roto. Estas son las partes que conforman la realidad descompuesta que podríamos reconstruir al identificar los componentes y ver cómo encajan unos con otros. Algunos de los componentes son reales y otros ficticios. Esos componentes reales pueden ser tan sólo nombres, sitios, y acontecimientos históricos que no hemos presenciado, pero que tal vez hemos escuchado o leído, o que nos ha contado algún miembro de nuestra familia. Esto es particularmente cierto para muchas personas que no vivieron en la época de La Violencia, pero cuyos padres y abuelos la experimentaron de primera mano. El lector puede asimilar una pequeña parte de su realidad y recomponer el espejo que tiene él o ella tenga de esa realidad. De tal modo, podrá tener una mejor visión de los acontecimientos históricos, echando mano a la ficción literaria, y ¿por qué no? de su propio entorno real presente.

Obras Citadas

- Acosta, Bibiana Paola. *Análisis de las políticas de fomento del cine en Colombia*. Thesis. Universidad del Rosario, 2009. Bogotá: UR, 2009. Print.
- Alape, Arturo. *El bogotazo: memorias del olvido*. Bogotá: Pluma, 1983. Print.
- Aguilar, Paula. "Violencia Y literatura: Acerca de cómo conjurar el pasado traumático latinoamericano (en torno a la narrativa de Roberto Bolaño)". *Alpha (Osorno)* 30 (2010): 157-167. Print.
- Arango L, Manuel Antonio. *Gabriel García Márquez y la novela de la violencia en Colombia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985. Print.
- Arias, Salome. *Memoria de un Sobreviviente de la época de la Violencia de los años Cincuenta*. Cali: Icesi.edu.co, 2009. Print.
- Aronne-Amestoy, Lida. "' La mala hora" de los géneros: Gabriel García Márquez y la génesis de la nueva novela." *Inti* 16/17 (1982): 27-36.
- Avila Rodriguez, Benigno. "El día señalado de M. Mejía Vallejo: cuentos-base y funcionamiento de dos ejes narrativos". *Thesaurus-Boletín del Caro y Cuervo* 31.2 (1976): 358-66. Web. 15 Sept. 2014.
- Bejarano, Jesús Antonio, Ocampo, José Antonio, and Germán Colmenares. *El despegue cafetero (1900-1928)*. *Historia económica de Colombia*. Bogotá, Colombia: FCE, Ediciones Fondo de Cultura Económica SAS, 2015. Print.
- Benjamin, Walter, Eduardo Subirats, and Roberto Blatt. *Para una crítica de la violencia, y, otros ensayos: iluminaciones IV*. Madrid: Taurus, 1998. Print.
- Booth, John A. *Rural violence in Colombia, 1948-1963*. Austin: Institute of Latin American Studies, U of Texas at Austin, 1975. Print.

- Botero, Hernán. "Vigencia de Eduardo Caballero Calderón (con apostillas sobre su novela El arte de vivir sin soñar y su posición ante la problemática de la independencia colombiana)". *Estudios de Literatura Colombiana* 27 (2011): 213-20. Print.
- Braun, Herbert. *Mataron a Gaitán: vida pública y violencia urbana en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Centro Editorial, 1987. Print.
- Builes, Gloria M., and Gilberto Astaiza. "Las migraciones forzadas por la violencia: el caso de Colombia". *Ciência & Saúde Coletiva* 13.5 (2008): 1649-660. Print.
- Caballero, Antonio. "El hombre que inventó un pueblo." *El saqueo de una ilusión*. Bogotá: n.p., 1997. Print.
- Carrillo, Germán. "Crónica de una muerte anunciada de Gabriel García Márquez: reportaje, profecía y recuento". *Literature sin transition: The Many Voices of the Caribbean Area. A symposium*. Ed. Rose S. Mine. Montclair: Hispamerica & Montclair State College, 1982. Print.
- Castro, Jaime. *Del Palacio de Justicia a la Casa de Nariño*. Bogotá, Colombia: Aguilar, 2011. Print.
- Castro, Jorge. *Análisis de El Cristo de Espaldas, Eduardo Caballero Calderón (Colombia)*. Bogotá, Colombia: Voluntad, 1991. Print.
- Campa, Anunciata. "Paremiología y recurso narrativo en El Cristo de espaldas de Eduardo Caballero Calderón". *Paremia* 6 (1997): 147-52. Print.
- Capote, Virginia. "Violencia y apocalipsis en " El día señalado" de Manuel Mejía Vallejo". *Hipertexto* 16 (2012): 16-27. Print.
- Colombia: país de regiones*. Santafé de Bogotá: Cinep, 1998: 312. Print.

- Cóndores no entierran todos los días by Gustavo Álvarez Gardeazábal. Review by: Alicia Betsy Edwards. *Books Abroad*, Vol. 47, No. 2 (Spring, 1973), p. 330. Print.
- Correa, Margarita. *La re-escritura de la violencia en Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón de Albalucía Ángel*. Thesis. Université de Montreal, n.d. Montreal: n.p., 2013. Print.
- Correa, Dairo. "Capítulo 5. el papel social y político del literato ..." Biblioteca virtual Clacso, n.d. Web. 3 July 2015.
- Correa, Dairo. "capítulo 5. el papel social y político del literato ..." N.p., n.d. Web. 3 July 2015.
- Colebrook, Claire. *New literary histories: new historicism and contemporary criticism*. Manchester: Manchester U Press, 1997. Print.
- Cuddon, J. A. *The Penguin dictionary of literary terms and literary theory*. London: Penguin, 1992. Print.
- Dickov, Vesna. "La crítica de la obra narrativa de Gabriel García Márquez". *Verba hispánica: anuario del Departamento de la Lengua y Literatura Españolas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Ljubljana* 22 (2014): 91-104. Print.
- Escobar, Augusto. "Literatura y violencia en la línea de fuego". *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana* (1997): 321-32. Print.
- Edwards, Jennifer Gabrielle. *The flight of the condor: stories of violence and war from Colombia*. Madison, WI: U of Wisconsin Press, 2007. Print.
- Esparza, Aracely. *La vejez como tema en la novelística de Gabriel García Márquez*. Thesis. Texas Tech University, 2009. Lubbock: U, 2009. Print.

- Foucault, Michel. *El orden del discurso*: Buenos Aires: Tusquets, 2005. Print.
- _____. *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXII Ed, 1983. Print.
- Galvis, Silvia. *¡Viva Cristo Rey!* Bogotá, Colombia: Planeta, 1991. Print.
- Galvis, Silvia, and Alberto Donadio. *Colombia Nazi: 1939 - 1945; espionaje alemán, la cacería del FBI, Santos, López y los pactos secretos*. Medellín: Hombre Nuevo Ed., 2002. Print.
- Galvis, Silvia, and Alberto Donadio. *El jefe supremo: Rojas Pinilla, en la violencia y el poder*. Bogotá, D.E.: Planeta, 1988. Print.
- Galvis, Silvia. *Vida mía*. Santafé de Bogotá, D.C., Colombia: Planeta Colombiana, 1993. Print.
- Gilard, Jacques. "La mala hora de Gabriel García Márquez: l'écrivain et la politique". *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien* 17 (1971): 57-85. *Jstor*. Web. 10 June 2014.
- Gilard, Jacques. "García Márquez, le groupe de Barranquilla, et Faulkner". *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien* 27.1 (1976): 159-70. Web. 12 Nov. 2013
- Gardeazábal, Gustavo Alvarez. *La novelística de la violencia en Colombia*. Thesis. 1970. N.p.: Universidad del Valle, n.d. Print.
- Gardeazábal, Gustavo Alvarez. *Cóndores no entierran todos los días*. Bogotá Colombia: Plaza & Janes, 1985. Print.
- Gardeazábal, Gustavo Álvarez. *La novela colombiana: entre la verdad y la mentira*. Bogotá, D.C., Colombia: Plaza & Janés, 2000. Print.
- Girard, René. *Violence and the sacred*. Baltimore: Johns Hopkins U Press, 1977. Print.

- González Rodas, Pablo. *Colombia: novela y violencia*. Manizales, Colombia: Secretaría de Cultura de Caldas, 2003. Print.
- González, Fernán H. "El Concordato De 1887: Los Antecedentes, Las Negociaciones Y El Contenido Del Tratado Con La Santa Sede". *Banrepcultural.org*. Banco de la República, 2010. Web. 12 nov. 2013.
- Gutiérrez, Milcíades Vizcaíno. *Universidad y medios masivos: del estado de bienestar al mercado*. Bogotá: Universidad Cooperativa de Colombia, Centro de Investigaciones, 2006. Print.
- Haas, Nadine. "Representaciones De La Violencia En La Literatura Centroamericana". *SSRN Electronic Journal* (n.d.): n. pag. Web. 12 nov. 2013
- Hazera, Lydia D. *Estructura y temática de "La mala hora" de Gabriel García Márquez*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1973. Print.
- Herman, Judith Lewis. *Trauma and recovery*. New York: Basic, 1997. Print.
- Hernández, Esperanza. *América Latina: conflicto, violencia y paz en el siglo XXI*. Buenos Aires: Libros en Red, 2003. Print.
- Herrera, Ernesto León. *Lo que el cielo no perdona: novela histórica*. Bogotá: Editorial Argra, 1954. Print.
- Hoyos, Héctor. "García Márquez's Sublime Violence and the Eclipse of Colombian Literature". *Chasqui* 35.2 (2006): 3-20. Web. 13 Nov. 2013.
- Huhn, Sebastian, Anika Oettler, and Peter Peetz. *Iberoamericana: América latina, España, Portugal*. Madrid: Iberoamericana, 2007: 188-193. Print.
- _____. "La construcción de realidades inseguras. Reflexiones acerca de la violencia en Centro- américa". *Revista Ciencias Sociales* 2007: 73-89. Print.
- Ibañez Londoño, Ana M. "El desplazamiento forzoso en Colombia: un camino sin

retorno hacia la pobreza". *Cuadernos Geográficos* 48.1 (2011): 301-03. Print.

Isaza, Alberto. "El 'radioperiódico noticias y comentarios' de la 'voz del valle.'" *Historia y Espacio* 34 (2012): n. pag. Print.

Jaramillo, María Mercedes, Betty Osorio De Negret, and Ángela Inés Robledo. *Literatura y cultura: narrativa colombiana del siglo XX*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Cultura, 2000. Print.

Kalmanovitz, Salomon. *Economía y nación: una breve historia de Colombia*. Mexico: Siglo Veintiuno Editores, 1986. Print.

Kirsner, Robert. "La Soledad En La Obra De Caballero Calderon". *South Atlantic Bulletin* 40.4 (1975): 34. Web. 14 Oct. 2014.

Kirsner, Robert. "Four Colombian Novels of "La Violencia". *Hispania* 49.1 (1966): 70-74. Web. 13 nov. 2013.

"La Prensa en Colombia | banrepcultural.org." N.p., n.d. Web. 13 Aug. 2015.

Llano Isaza, Rodrigo. "Historia resumida del partido liberal colombiano". Bogotá: *Partido Liberal colombiano*, 2009. Print.

López, Javier Ocampo. *Historia básica de Colombia*. Bogotá, Colombia, Plaza & Janés Editores Colombia, 1984. Print.

Luchting, Wolfgang A. "Lamponing Literature: La mala hora". *Books Abroad* 47.3 (1973): 471-78. Web. 14 Dec. 2015.

Marín, Paula. "La narrativa de Gabriel García Márquez vista por Ángel Rama y la recepción de su crítica en Colombia (The Gabriel García Márquez's Work Revised by Ángel Rama and the Reception of his Criticism in Colombia)". *Estudios de*

Literatura Colombiana 30 (2012): 109-28. Print.

Marquez, Gabriel Garcia. *La mala hora*. Barcelona: Guada, 1977. Print.

Márquez, Gabriel García. *Crónica de una muerte anunciada*. Barcelona: Debolsillo, 2009. Print.

Mena, Lucina Ines. "Bibliografía anotada sobre el ciclo de la violencia en la literatura colombiana". *Latin American Research Review* (1978): 95-107. Print.

Mendoza, Apuleyo Plinio. *Gabriel García Márquez: conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza: el olor de la guayaba*. Bogotá: La Oveja Negra, 1982. Print.

Monroy, Erick Daniel Granados. "Ciencia, ficción y realidad." *Razón y palabra* 83 (2013): 625-657. Print.

Montaño, Maritza. "Cóndores no entierran todos los días de Gustavo Álvarez Gardeazábal". *Una Crítica espectacular*. Cali: Univalle, 2010. Print.

Obregón, María Emma Wills. "Cincuenta años del sufragio femenino en Colombia 1954: por la conquista del voto. 2004: por la ampliación de la ciudadanía de las mujeres." *Análisis Político* 18.53 (2005): 39-57. Print

Ocampo Lopez, Javier. *La independencia de Colombia*. Colección bicentenarios de América. Bogotá, Fica. 2009. Pp. 34-37. Print

Ochoa, Bernardo. "Gaitán y el populismo: ¿otros dos fantasmas colombianos?" *Universitas Humanística* 62 2006: 337-61. Print.

Ogden, C. K., I. A. Richards, Bronislaw Malinowski, F. G. Crookshank, and J. P. Postgate. *The meaning of meaning; a study of the influence of language upon thought and of the science of symbolism*. New York: Harcourt, Brace & World, (1946): 256-260. Print.

- Olaya, María. "El léxico de la Violencia en Colombia en algunas obras de la literatura de violencia". Bogotá: *Instituto Caro y Cuervo*, 2007: 1-25. Print.
- Osorio, Óscar. "Siete estudios sobre la novela de la violencia en Colombia, una evaluación crítica y una nueva perspectiva". *Poligramas. Universidad del Valle* 2006: 85-108. Print.
- Ospina, Claudia, and Susan Carvalho. *Representación de la violencia en la novela del narcotráfico y el cine colombiano contemporáneo*. Thesis. University of Kentucky, n.d. Lexington: U of Kentucky, 2010. Print.
- Paganelli, Pía. "Iglesia y Violencia Política en la Novela El cristo de espaldas (1952) de Eduardo Caballero Calderón". *Abehache* (2011): 141-55. Print.
- Paniagua Rivas, Rafael. "Interpretación de las luchas políticas de Hispano-América". *Revista de estudios políticos* 25 (1946): 209-30. Print.
- Pecaut, Daniel. *Pasado, presente, futuro de la violencia*. Santafe de Bogota, D.C: Universidad Nacional de Colombia, *Desarrollo Económico* (1997): 891-930. Print.
- Pécaut, Daniel. "Memoria imposible, historia imposible, olvido imposible". *Memorias en conflicto. Aspectos de la violencia política contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional (2004): 87-103. Print.
- Pérez, Felipe. *Geografía general física y política de los estados unidos de Colombia y geografía particular de la ciudad de Bogotá*. Bogotá: Imprenta de Echeverría hermanos, 1883. Print.
- Pardo, Alberto Pardo. *Geografía económica y humana de Colombia*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1972. Print.

Pineda Botero, Alvaro. "Narrativa de los años sesenta". *Gran Enciclopedia de Colombia. Santafé de Bogotá: Círculo de Lectores* 4 (1992): 275-292. Print.

Quintero, Gina. *Temporalidad y representación de las violencias privadas en tres novelas colombianas cóndores no entierran todos los días (1971) de Gustavo Álvarez Gardeazábal, estaba la pájara pinta sentada en el verde limón (1975) de Albalucía Ángel y Los ejércitos (2007) de Evelio José Rosero*. Thesis. Universidad Nacional de Colombia, 2010. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Centro Editorial, 2010. Print.

Rama, Angel. "La literatura es una altanera fatalidad" sobre *Crónica de una muerte anunciada*. Bogotá: Círculo de Lectores, 1988. Print.

Rama, Ángel. (1987). *García Márquez: edificación de un arte nacional y popular*. Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias. Print.

Rama, Ángel, and John Charles Chasteen. *The lettered city*. Durham, NC: Duke U Press, 1996. Print.

Ramírez, Hugo Méndez. "La reinterpretación paródica del código de honor en *Crónica de una muerte anunciada*". *Hispania* 73.4 (1990): 934-942. Print.

Ramírez, Juan Carlos, and Horacio Osorio. *Escalafón de la competitividad de los departamentos en Colombia*. Vol. 16. United Nations Publications, 2007.

Rondón, Gerardo Suárez. *La novela sobre la violencia en Colombia*. Bogotá: L.F. Serrano A., 1966. Print.

Restrepo, Jorge, and David Aponte. *Guerra y violencias en Colombia: herramientas e interpretaciones*. Bogotá, D.C.: Pontificia Universidad Javeriana-Bogotá, 2009. Print.

- Restrepo, Laura. "Niveles de realidad en la literatura de la violencia colombiana". *Ideología y sociedad* 17.18. Bogotá: UN (1976): 7-35. Print.
- Rincón, Luis. *Configuraciones estéticas del campesino en Tipacoque y siervo sin tierra de Eduardo caballero Calderón*. Thesis. Universidad Javeriana, 2013. Bogotá: PUJ, 2013. Print.
- Rincón, Omar. "Narco estética y narco cultura en Narcolombia". *Nueva Sociedad* 222 (2009): 147-63. Print.
- Sanín, Francisco Gutiérrez, Wills O. María Emma, and Gonzalo Sánchez G. *Nuestra guerra sin nombre: transformaciones del conflicto en Colombia*. Bogotá: Grupo Editorial Norma (2006): 267-312. Print.
- Sánchez, Gonzalo and Donny Meertens. *Bandits, peasants, and politics: the case of "La Violencia" in Colombia*. Austin: U of Texas Press, 2001. Print.
- Solarte, Ruth. *Representaciones De La Mujer En La Literatura De Violencia: El Universo Narco-Sicaresco De Rosario Tijeras De Jorge Franco*. Thesis. University of Wisconsin, 2013. Milwaukee: U of Wisconsin, 2013. Print.
- Sorela, Pedro. *El otro garcia marquez: los años difíciles*. Bogotá: Oveja Negra, 1989. Print.
- Spivak, Gayatri. "¿Puede hablar el subalterno?" *Revista colombiana de antropología* 39 (2003): 297-364. Print.
- Suárez Gómez, Jorge. "La literatura testimonial de las guerras en Colombia: entre la memoria, la cultura, las violencias y la literatura". *Universitas humanística* 72 (2011): 275-96. Print.

Suarez Rendón, Gerardo. *La novela sobre la violencia en Colombia*. Bogotá: L.F. Serrano A., 1966. Print.

Tamés, Román López. *La narrativa actual de la Colombia y su contexto social*. Valladolid, Universidad de Valladolid, Departamento de Lengua y Literatura Españolas, 1975. Print.

Robinson, James, and Miguel Urrutia. *Economía colombiana del siglo XX: un análisis cuantitativo*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2007. Print.

Troncoso, Marino. "De la novela en la violencia a la novela de la violencia: 1959-1960". *Universitas Humanística* 28 (2004): 29-37. Print.

Tenorio, Harold. "La novela colombiana posterior a Cien años de soledad". *Cuadernos para el diálogo* (51) 2010: 6-25. Print.

Tirado Mejía, Álvaro. "Los partidos políticos en Colombia". *Revista de Extensión Cultural* 4 (1978): 26-35. Print.

Todorov, Tzvetan. *Las estructuras narrativas*. São Paulo: Perspectiva, 1979. Print.

Vallejo, Manuel Mejía. *El día señalado*. Vol. 25. Bogotá: Plaza y Janes Editores Colombia sa, 1986. Print.

Vélez, Luis. "Victimización en Colombia. Un análisis exploratorio del caso de la ciudad de Cali". *Y Violencia* 1999: 63. Print.

Williams, Raymond L. "La Novela Colombiana 1960-74: Una bibliografía". *Chasqui* 5.3 (1976): 27-39. *JSTOR*. Web. 24 Feb. 2015. Print.

Williams, Raymond L. "García Márquez y Alvarez Gardeazábal ante Cien años de soledad: un desafío a la interpretación crítica". *Revista Iberoamericana* 47.116 (1981): 165-174. Print.

Zeiderman, Austin, and Laura A. Ramírez Elizalde. "" Apocalipsis anunciado": un viraje en la política de riesgo en Colombia a partir de 1985". *Revista de Ingeniería* 31 (2010): 119-131. Print.